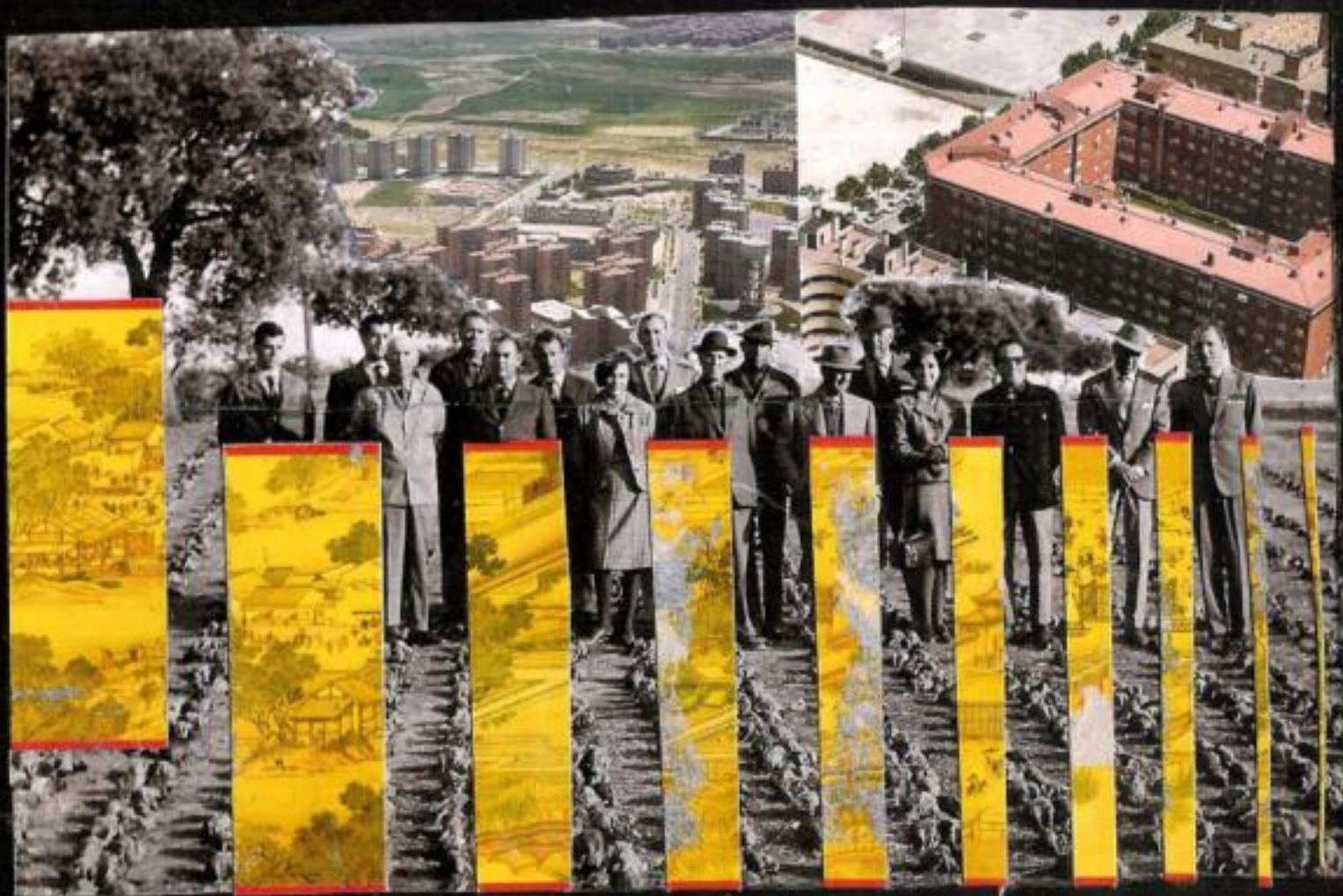


COLECCIÓN METRO 6



CRÓNICA DE UN REPORTERO PROFANO

Federico Ruiz de Lobera



Post:Metropolis:Polis
(Lo que queda) después de

www.postmetropolis.com



Postmetropolis Editorial

Septiembre de 2015

Edición, corrección y maquetación: Pablo Sánchez León

Diseño de la portada: Nicolás Sánchez-Garrido Ruiz de Lobera
Logo de Postmetropolis: Paula García Arizcun

Referencia electrónica:

Federico Ruiz de Lobera, *Crónica de un reportero profano. Veintidós reportajes subjetivos entre el campo y la ciudad*, Madrid, Postmetropolis Editorial, 2015.

Puesto en línea el 15 de septiembre de 2015.

<<http://www.postmetropolis.com/textos/metro/MET0006>>

DOI: en proceso

A mis padres

CRÓNICA DE UN REPORTERO PROFANO

**Veintidós reportajes entre el campo y la
ciudad**

FEDERICO RUIZ DE LOBERA

POSTMETROPOLIS EDITORIAL

2015

ÍNDICE

Introducción.....	1
-------------------	---

PARTE I. LA MENTIRA DEL CAMPO

El Estado contra el Alto Aragón. <i>Crónica de una investigación</i>	7
Okupación rural. Otra vuelta al campo.....	49
Sasé. Desalojo y reokupación de un pueblo.....	61
Domeño.....	83
Navalquejigo. El pueblo durmiente okupado.....	93
Foxo, Vilar y Vilausín y otros nueve.....	103
El Éxodo rural y el Banco Mundial.....	107

PARTE II. EL TRÁNSITO

WOMAD 1998.....	115
La muerte de un cerdo.....	123
<i>Burrotour</i>	131

PARTE III. BAJO LA PIEL DE LA CIUDAD

El sitio invisible.....	135
Diario de un cocainómano.....	139
Show Girls. Monólogo a la entrepiera.....	145
“ <i>Dogging</i> ”, sexo sin identidad.....	149
La otra cara de los <i>hooligans</i>	157
Armas en la calle.....	163
Mágicas Palas del Blues.....	173
Corrupción en Pamplona.....	177
El viaje del <i>éxtasis</i>	183
La Cienciología, tu alma y tu bolsillo.....	193

PARTE IV. EL PUEBLO EN LA CIUDAD

Fin de milenio en Marrakech.....	207
Crónicas de El Cairo.....	213

Introducción

Esta es la historia de un viaje personal y profesional de la ciudad al campo y viceversa, a lo largo de veintidós reportajes, dividido en cuatro partes, que investigan —primero— los efectos asociados al cambio cultural en el medio rural y sobre sus distintos habitantes, en los últimos sesenta años y —luego— los temores, deseos y contradicciones de la cultura urbana, como consecuencia de esa transformación en la identidad del hombre de campo metido en la ciudad. La historia arranca entre las ruinas de tres mil pueblos abandonados, se detiene en algunas comunidades rurales que están re habitando esos pueblos; revisa el contexto histórico del Éxodo Rural, y analiza algunos lugares en concreto para establecer que más que un éxodo deseado fue un exilio provocado, y que supuso una importantísima fractura social, aún muy silenciada.

La historia trata de la construcción de la nueva identidad colectiva, cosmopolita y veloz; de la caída en desgracia de la cultura rural/ancestral y de cómo las personas han conocido o desconocido estos cambios. A través de estos veintitrés focos concretos de la realidad, intento dibujar, más que explicar, mi punto de vista sobre este cambio y algunos efectos que ha producido en nuestra sociedad.

Las drogas, las armas, las sectas, la corrupción, la Cultura del Miedo, la moda y el sexo, ocupan el espacio de los reportajes “urbanos”. La migración forzada, la destrucción de patrimonio histórico, la figura de “el paleta”, la okupación rural, las tradiciones y la investigación histórica sobre el éxodo, se encuentran entre los reportajes sobre el medio rural.

En medio, tres reportajes de transición entre ambos mundos, que lo fueron también a nivel personal. “La muerte de un cerdo” es, seguramente, el que mejor lo explica.

La última parte es un retrato, más literario que periodístico, de dos grandes urbes árabes, El Cairo y Marrakech, para ilustrar el final del libro con dos hipérbolos casi oníricas donde el pueblo entero está metido en la ciudad.

El cuerpo central del libro, su núcleo, es el relato de la investigación sobre el desdoblamiento forzado de Alto Aragón, como botón de muestra de lo que sucedió en muchas otras partes de España, en el contexto del “desarrollismo”, para poder analizar el cambio cultural desde el concepto de identidad colectiva rural/ancestral al sentimiento de pertenencia urbano y, de ahí, a la percepción de “ciudadano del mundo”.

En realidad, la pugna entre estas identidades es el fondo de cada página del libro.

Crónica de un reportero profano es un ensayo periodístico o una “novela de realidad”, según se mire, cuyos capítulos son reportajes y relatos de viajes, acompañados, o intercalados por comentarios en cursiva, al objeto de transportar al lector al tono y a la vivencia emotiva del reportero, normalmente oculta, ante las cosas que también va descubriendo. Aparecen también el artículo de opinión y la crónica de la investigación, a caballo entre el periodismo y la literatura, no por ser original mezclando géneros, ni por vanidad, sino por puro servicio a la mejor narración posible.

Un reportaje tiene el alma de un relato y éste, a su vez, el de una poesía. Cada uno habita en las otras como sucesivas muñecas rusas, siendo la primera, la emoción y/o el compromiso. Al periodismo habitual no le interesan tanto esas muñecas interiores. Le interesa resolver un asunto y quizás esté bien que sea así. Pero, en realidad, dentro de cada reportaje hay un motivo afectivo intentando salir. Yo no he querido ignorar todo esto. Yo prefiero exponerme para asegurar la comunicación, decir quién habla, cómo se han barruntado mis palabras, de qué pie cojeo, cómo es mi miedo, mi idea de la belleza, de la justicia. Que por acción u omisión sea visible para el lector el filtro que supone mi presencia y mi “situación existencial” en la narración de la historia. No creo que un reportaje pueda dejar de ser

una interpretación subjetiva de la realidad. Existe en la medida que existe su autor, por eso yo prefiero decir que, por muy honestos, rigurosos y carentes de prejuicios que sean, estos veintidós reportajes son subjetivos.

Me digo “profano” porque yo también formo parte de la nueva cultura des-sacralizada y no entiendo todas las cosas que veo, ni conozco todos los procedimientos. Pongamos que vengo de muy lejos. Hay una especie de extranjero en el Consejo de Dirección de mi mente, que es el primero que se baja del coche como una lanzadera de mi conciencia, que va y viene como un verso suelto, pero al que mantengo presente hasta la última línea.

A veces pienso que ese extranjero es el verdadero dueño de mi punto de vista.

PARTE I

LA MENTIRA DEL CAMPO

EL ESTADO CONTRA EL ALTO ARAGÓN. CRÓNICA DE UNA INVESTIGACIÓN

El primer hilo de la madeja lo encontré cinco años antes de empezar este reportaje, en el recuerdo de unas declaraciones de Alberto, un habitante del pueblo okupado de Sasé, en el Valle de la Solana, quien me aseguró haber visto militares camuflados y oído disparos por los montes del Alto Aragón, y yo buscaba patrimonio histórico abandonado, expoliado o destruido para un reportaje en la revista Capital que empezó así:

El Cuerpo de Operaciones Especiales, los Geos, la Escuela Militar de Montaña de Jaca y otras unidades de combate de guerrilla del Ejército de Tierra efectúan maniobras militares con fuego real de artillería pesada y ligera en los pueblos deshabitados de los valles pirenaicos de la Solana de Burgasé y la Garcipollera, desde hace cuarenta años.

Como consecuencia de ello, el caserío tradicional medieval y las iglesias románicas —de los siglos XI y XII— de tres pueblos en la Garcipollera (Jaca) —Acín, Larrosa y Yosa de Garcipollera— han quedado completamente destruidos. En el valle de la Solana de Burgasé y alrededores otros tres pueblos más —Giral, Jánovas y Campodarbe— han sufrido ametrallamientos resultando afectados parte del caserío y otras tres iglesias románicas.

El Ejército, tras dos meses negando cualquier vinculación con dicha destrucción ni incluso con la práctica de maniobras militares en pueblos abandonados, finalmente y por boca del General de las Unidades

Pirenaicas, Luis Alejandro, no confirma ni desmiente ninguna de estas acusaciones. Pero deja entrever esta posibilidad asegurando, en un sorprendente mensaje a la ciudadanía, que “si la sociedad pretende tener un ejército movilizadado en veinticuatro horas tiene que asumir que las tropas no pueden entrenarse sobre moqueta”.

El Ejército dispone de polígonos de tiro y viviendas completas para ensayar la guerra casa por casa. Todos los pueblos de montaña del Alto Aragón están declarados Conjunto Histórico. El valle de la Garcipollera, sita a escasos diez kilómetros de Jaca, está declarado Lugar de Interés Cultural. Es, además, Patrimonio Mundial de la Humanidad, por ser lugar de paso del Camino de Santiago. La Solana de Burgasé es espacio protegido tanto a nivel estatal como autonómico y posee varias ZEPAS (Zonas de Especial Protección para las Aves).

El fuego real en las maniobras militares comenzó a principios de los años sesenta cuando el Patrimonio Forestal del Estado forzó —según cuentan antiguos habitantes— la venta de las casas y las tierras de todos los pueblos en ambos valles. La versión ministerial y oficial del abandono y destrucción de los pueblos de ambos valles es otra. El abandono —la migración— se basó en el deseo voluntario de aquellos habitantes de partir en busca de un futuro más próspero, aprovechando el auge de las ciudades y el trabajo en la industria. El Estado, por medio del Ministerio de Agricultura, solo trató de facilitar esa marcha comprándoles sus posesiones. La subsiguiente destrucción de sus casas y pueblos, explican, fue sólo consecuencia del abandono. El propio tiempo transcurrido las llevó abajo. A nivel oficial, nadie destruyó a conciencia los pueblos.

Desde la redacción empecé llamar a diestro y siniestro. El primer día fue ilusionante. Muchas personas y asociaciones reivindicativas de la zona con las que hablé me corroboraron la utilización de pueblos abandonados por el ejército para sus maniobras, pero ninguna acertaba a decir dónde.

Me dirigí inocentemente al Ministerio de Defensa para pedir una relación de pueblos deshabitados en los que hacían prácticas con fuego

real y llegué a un trato cordial, por lo frecuente de las llamadas, con el periodista militar del gabinete de prensa. Tipo educado donde los haya. A pesar de sus intentos, durante un mes no conseguimos rascar ni un peldaño más arriba y nadie llamó para atender mi extraña petición. Sí, en cambio, me marearon bastante entre un departamento y otro.

Al cabo de una semana, no tenía nada, ninguna pista más allá de que mucha gente sabía que existían esas maniobras. Las instituciones encargadas de la zona, la Diputación General de Aragón (en adelante, DGA), el Ministerio de Agricultura y el de Defensa no abrían el pico. Al lunes siguiente, con la obligación de echar imaginación, retomé uno de los doscientos post-it pegados en mi mesa: un tal José Luis Acín, funcionario de la DGA, que no había localizado la semana anterior y en quien no albergaba gran esperanza porque él trabaja en la misma institución que no me había dado más que la versión oficial: no hay maniobras militares en pueblos deshabitados. Lo contacté tras algunos intentos y comencé a preguntarle con un miedo exquisito.

Para mi sorpresa, al poco, ya no se sabía quién tenía más entusiasmo si yo en preguntar o él en hablar, porque el Sr. Acín, altoaragonés, dolido por el abandono institucional de la zona, quería hablar y denunciar. Estuvimos dos horas al teléfono. Se abrió la primera gran puerta. Me reveló el nombre de tres pueblos deshabitados atacados con fuego real por el Ejército: Yosa y Larrosa en el valle de la Garcipollera (Jaca), y Giral en La Solana de Burgasé

Valle de la Garcipollera, Jaca

Todos los pueblos de la Garcipollera (Jaca) fueron comprados por el Patrimonio Forestal del Estado entre 1959 y 1964, casa por casa. En la mayoría de los casos, según me contaron en persona antiguos habitantes, bajo amenazas y coacciones después de presentar a los vecinos el Plan Hidrológico y de Reforestación que tenía el Estado para ellos. La vida allí iba a ser imposible.

Los ingenieros que llevaron a cabo la *reforestación de pinos* explican que había que contener los arrastres tormentosos creando masa vegetal y

evitar así el enlodamiento del vaso del pantano de Yesa, a sesenta kilómetros del valle. Sin embargo, el arquitecto Amador Ortiz, Consejero Delegado de la DGA, admite hoy que dicha expropiación “no tendría sentido para contener arrastres al pantano de Yesa. Hay una distancia demasiado larga como para que la reforestación sirva de algo”. Antiguos habitantes entrevistados declaran incluso que no conocieron dichos motivos. Al parecer, nunca se les explicó que la compra y la posterior reforestación habrían de servir para contener la escorrentía de las tormentas. Tampoco tiene lógica aparente la necesaria salida de la población. Los mismos ingenieros de montes estiman útil la presencia de población por su labor de desbroce y cuidado del monte.

No resulta fácil entender, entonces, cuál era el interés público de una extensión de 14.000 hectáreas para plantar 14 millones de pinos y, sobre todo, por qué la necesidad de acabar con el último rastro humano en la zona tras siglos de asentamiento adaptado.

Los pinos son utilizados para crear suelo en zonas de fuerte erosión y para contener arrastres tormentosos, es cierto, pero es necesario cuidar la plantación, desbrozar, entresacar árboles pasados unos años para que se abran paso las especies autóctonas; cumplir, en suma, una serie de episodios para que un monocultivo de pinos acabe en un bosque autóctono.

Desde 1970, el monocultivo está abandonado y hoy esos pinos no han crecido más de tres metros porque no se entresacaron ejemplares, están infestados de nidos de gusanos “procesionaria”, y nunca se les ha sacado rendimiento alguno. Hoy en día los arrastres tormentosos y la erosión son más fuertes que antes de la reforestación en ambos valles, que son un desierto de hombres.

Luego habría de percatarme de que José Luis Acín no me dijo todo lo que sabía. No me habló de los pueblos derribados por la propia DGA: Cenarbe y Bescós, los cuales están pegados a Yosa y Larrosa, y necesariamente él debía saber su historia. Creo que sería comprometido para él figurar después de las comillas en esa acusación, por eso creo que

prefirió darme los nombres de otras personas y que yo mismo lo averiguase por otro lado.

Algunos nombres no me llevaron a ningún lado. Él no estaba especialmente interesado en las prácticas militares, sino en la pérdida humana, en las historias de sus padres, las suyas propias, y en sus viajes por esos pueblos. Su libro Viaje a los pueblos deshabitados del Alto Aragón rescata de entre las zarzas la intrahistoria de cientos de pueblos, aunque sean siete apuntes de cada uno para que, al menos, quede algo que llevarse a la boca de la memoria. Ese es el tono casi desesperado de su libro, en el que la ausencia de grandes denuncias es superada por los datos etnográficos, dejando un poso de batalla perdida, pero también un reducto de esperanza.

Esa primera charla con Acín me llevó hasta M^a Victoria Trigo, una de las cabezas visibles de la lucha por la Garcipollera, que, a su vez, me condujo al último cura del valle, Mosén Alastuey y a Pedro María Marín, secretario de paz en Castiello (próximo a Cénarbe), miembro de un órgano consultivo de la DGA, y bastante crítico con ella. Tampoco me dio todos los datos, pero calculo que contaba con que yo iba a dar con ellos. Era evidente que si viajaba a la zona me iba a enterar. No hay más que pasarse por Castiello y preguntar a la gente qué pasó con Cénarbe, cómo se vendieron las casas, qué pasó con la madera del bosque autóctono, con las desaparecidas escrituras de las casas, con las piedras y la losa, con qué excusa tiraron las casas.

“Los pinos fueron la excusa para que el Estado consumara una monumental estafa contra veintidós pueblos y pusiera todo el terreno a su nombre” explica María Victoria Trigo, miembro de COAGRET (Coordinadora de Afectados por Grandes Embalses y Trasvases) “aprovechando —sobre todo— que se necesitaba mano de obra en las ciudades para abastecer el deseado motor industrial”.

Sólo en Huesca el Patrimonio Forestal del Estado adquirió con similares técnicas unos cien pueblos para una reforestación que ha sufrido el mismo abandono. A nivel estatal, según fuentes del ICONA, el 80 por ciento de las repoblaciones forestales se encuentran también abandonadas.

Arturo San Juan, de la asociación ARBA (Asociación para la Recuperación de Bosque Autóctono) explica que

las reforestaciones de pinos han sido un desastre medioambiental enorme, además de un continuo negocio para el ICONA, cuyos principales responsables han sido y son directivos de los principales consorcios madereros. En este país no hay un solo terreno de reforestación, mantenido y que hoy haya derivado en un bosque autóctono. Los monocultivos de pinos —al igual que de eucaliptos—, sin cuidados, acidifican hasta la infertilidad el terreno, el aterrazamiento con maquinaria pesada (como se hizo en los valles en cuestión) destruye el matorral autóctono y, desde luego, provocan mucha más erosión que la que se pretende evitar. La mayoría de la fauna huye de los monocultivos por ser una forma ajena al ecosistema, sin biodiversidad.

En la misma línea, Federico Fillat, del Instituto Pirenaico de la Ecología en Jaca, habla de “una reforestación horrible, por decreto, sin consultar a ningún organismo y mucho menos a los afectados y sin ningún cuidado”.

Esto sucedía en plena dictadura y era de esperar que no vieran la luz muchas quejas ni reclamaciones contra la actuación institucional dada la lógica militar de aquel entonces. Sin embargo, y esto duele más, con la llegada de la democracia las cosas no solo no cambiaron sino que se afianzaron y legitimaron. El citado Instituto Pirenaico de la Ecología abandonó, en 1993, en bloque, su estudio sobre la Garcipollera y sus científicos se marcharon a Almería, hastiados e impotentes tras denunciar el ocultamiento y la obstrucción informativa del ICONA sobre las repoblaciones de pinos.

Exceptuando algunas casas de Villanovilla y Bescós, el valle de la Garcipollera quedó completamente desierto. A los pocos años, finales de los sesenta, empezaron las maniobras militares en casi todos los pueblos del valle.

En Acín, Bescós y Yosa, los GEOS (Grupos Especiales de Operaciones) y la Escuela Militar de Montaña entraron con artillería pesada de morteros y obuses. Santiago Marraco, presidente de la DGA de Aragón en 1985, no sólo confirma las maniobras militares en estos tres pueblos, sino que asegura que “se protestó de manera oficial al Ejército por el ataque a los pueblos de la Garcipollera”.

Pedro María Marín, el Secretario de Paz en Castiello, me habló de Santiago Marraco, el ingeniero de montes que fue director de aquellas reforestaciones en el Alto Aragón, luego trabajó para Patrimonio Forestal y en 1983 llegó a ser Presidente de la DGA. Es un personaje imprescindible para entender la historia del conflicto, las dos caras de la moneda. Vivió in situ todo el proceso. Ahora trabaja en Madrid, por lo que me fue sencillo acudir a él en repetidas ocasiones para contrastar las acusaciones. Le vi antes de salir de viaje a la zona y después. Al comienzo, mostró mucho interés en el tema y no le importó extenderse todo lo que yo quise. Me dio claves emotivas de la cultura alto aragonesa, me dijo cómo era la relación entre los ingenieros y la gente del campo, cómo fue, “en general” la compra-venta de los inmuebles y las tierras, me habló con entusiasmo de cómo fueron las repoblaciones de las miles de hectáreas, de cómo se abrían paso imponentes los bulldóceres... La versión oficial desde el lado humano.

Santiago es un hombre hábil y rápido con la palabra y con las ideas. Me armó un buen barullo en la cabeza, bien aliñado con datos precisos, reuniones políticas concretas: una versión oficial plausible que, en teoría, cuadraba por todos lados. El problema fue la práctica.

Mosén Ignacio Alastuey, último cura del valle de la Garcipollera antes del despoblamiento habla de “una expropiación absolutamente innecesaria”; también confirma la destrucción militar y señala que “hubo expolio de todo tipo. Las campanas de la iglesia de Larrosa se las llevaron en helicópteros” aunque no sabe quién ni adónde.

Desde el Arzobispado de Jaca, Pepe Ramírez, responsable de Patrimonio, asegura que “hubo maniobras y las sigue habiendo”. Preguntado por la destrucción de las iglesias, aclara con visible resquemor que no han denunciado los ataques porque “no queremos saber nada del Estado”. Aun así, la Diócesis de Jaca, con un presupuesto anual que ronda el millón y medio de euros (260 millones de pesetas de entonces), no ha invertido ni uno de los 156.000 euros que tiene destinados a “Conservación

y rehabilitación del Patrimonio” a ninguna de las iglesias que quedan en pie en la Garcipollera.

José Luis Acín certifica en su libro: “los militares derribaron los pueblos de Acín y Yosa. De la iglesia de este último sólo queda el ábside”. El arquitecto de la DGA, Ángel Jarne, explica que “hay ametrallamientos fruto de maniobras, probablemente, en todos los pueblos de la Garcipollera y la Solana. Además, los GEOS suelen dejar basura por donde pasan: el año pasado se encontraron unas cincuenta vestimentas de camuflaje tiradas después de las maniobras”.

La Escuela Militar de Montaña de Jaca aparece señalada en casi todas las acciones de destrucción. Un teniente de dicha escuela, desconociendo probablemente que el Ministerio de Defensa lo negaba, reconoció a este reportero que ellos mismos “hacen maniobras militares en los pueblos deshabitados de la zona”. En una ocasión, para dar credibilidad al juego de la guerra, los Cuerpos de Operaciones Especiales (COE) retuvieron durante unas horas a un guarda forestal para que no informase al otro comando que venía detrás. Otra vez, la práctica de los COE consistió en tomar el pueblo habitado de Abay, en las proximidades de Jaca. Contra la pared de una casa dispusieron a un puñado de personas entre ellas al alcalde y las fusilaron. Pocos sabían que las balas eran de fogeo. El susto de muerte y la indignación se tradujeron en diferentes denuncias contra los militares. Sucedió el 6 de junio de 1984. *El País* recogió la noticia:

http://elpais.com/diario/1984/06/13/espana/455925628_850215.html.

La titularidad de todo el valle pasó, en 1985, a la Comunidad Autónoma de Aragón. Lejos de reparar el daño y la expropiación, la DGA siguió y sigue haciendo la vista gorda con la persistente destrucción militar, no ha habilitado ningún mecanismo para devolver las tierras a sus antiguos habitantes, no ha entresacado pino ni introducido nuevas especies autóctonas en los montes. Ni siquiera ha contestado a las sucesivas peticiones de sus mismos órganos consultivos para revitalizar el valle. “La Garcipollera sigue abandonada por la DGA. No hay ningún plan de gestión de recursos naturales: yo mismo presenté uno y la DGA ni siquiera ha contestado”, explica Pedro María Marín, secretario de paz en Villanúa y miembro de la Junta Consultiva de la Reserva de la Garcipollera,

dependiente de la DGA. No es la única petición a la que ha hecho oídos sordos el Gobierno de Aragón. “Muchas casas de la Garcipollera ni siquiera se compraron: bastó con obligarles a vender las tierras para acabar con su medio de vida y echarles. Hemos pedido varias veces las escrituras de compra de todas las casas y nadie sabe dónde están. Eso sí, lo han puesto todo a su nombre en el registro, incluso zonas que nunca fueron compradas por el Patrimonio Forestal”, sigue contando Marín y añade: “Fue comprado a la fuerza y no directamente expropiado para evitar la reversión a los antiguos habitantes. No hay pinos plantados dentro de las casas”.

Fue comprado y no expropiado para evitar la reversión...

Salí de viaje hacia Boltaña (Huesca) con un fotógrafo y un sociólogo argentino, ambos buenos amigos, a lomos de un flamante 4x4.

4x4, imprescindible para transitar por pistas de montaña en desuso, y flamante porque la compañía de alquiler se demoró en la entrega y lo compensó con el mejor de los vehículos y yo con la mejor de mis sonrisas. Ascendí limpiamente por la rampa del garaje del hotel Villamagna, tras departir en recepción, cinco o seis segundos, con una prostituta de lujo que también esperaba una entrega, y me deshice de las calles apretadas de la ciudad hasta la salida como un topo por entre una maraña de raíces. La vida no era como en los anuncios pero lo parecía. Cinco días holgados de presupuesto por adelantado para engrasar mis movimientos sin tapujos y los contactos principales ya citados a una hora y un día. Sin duda alguna era el apoyo logístico más perfecto del que nunca había dispuesto, conocía la materia del reportaje y lo tenía preparado como nunca; sin embargo, no me podía imaginar lo que todos esos datos, hechos, relaciones significaban en la realidad tangible.

Al pisar el terreno, tocar las casas rotas, escuchar los ojos secos, lo estaba viendo y aún no lo podía creer. El daño inútil es muy difícil de concebir.

La gravedad de los hechos, las preguntas, el grado de injusticia empezaban a superar el objeto inicial del reportaje. La destrucción física de ese patrimonio: las casas, las iglesias, era sólo la superficie de la verdadera destrucción social, la movilización forzada, la pérdida de

identidad colectiva, la fractura social que fui viendo cómo se repetía en otros valles, en decenas de pueblos. A partir de entonces, además de documentar toda la destrucción en el plano físico, empecé también a averiguar por qué había tantos pueblos abandonados para que se hubiese producido el ataque militar y el expolio.

Avenida de América-Guadalajara-Zaragoza-Huesca y... en seguida las montañas y los pueblos silenciosos y fríos en invierno y agitados, por el turismo, en verano, pero siempre preciosos, con sus sobrias casonas de tejados gris azulado, al abrigo de los Pirineos.

Es otoño, a partir de las seis de la tarde ya no se ve casi gente por la calle. Las primeras entrevistas locales improvisadas me recuerdan el escepticismo y la frialdad con que se recibe aquí a un forastero que viene haciendo preguntas.

Los pueblos de la Garcipollera, despojados de sus habitantes, no tocaron fondo con la destrucción militar. Bescós, capital del valle, fue completamente demolido por el Patrimonio Forestal del Estado en 1964 “porque sus casas amenazaban ruina”, según afirma la versión oficial y reconoce Santiago Marraco. Sin embargo, hacía sólo dos años que el Estado había adquirido el pueblo en perfecto estado. Unas cuarenta casas tradicionales de tres y cuatro plantas —como la mayoría en todo el valle— fueron reducidas a escombros y con parte de esas piedras construyeron un centro de explotación e investigación ganadera y unas casas para sus operarios, que hoy sigue funcionando.

Mariano, antiguo habitante de Bescós, que hoy vive en el barrio de la estación en Jaca al igual que otros muchos ex habitantes de la Garcipollera, cuenta, además, que tardaron diez años en pagar y por mucho menos dinero del que ofrecieron. Tuerce el gesto a mi pregunta sobre si fue una compra o una expropiación: “nos obligaron a vender, nos amenazaron con cortarnos la luz, con multas gordísimas si alguna cabra se comía un solo pinito de repoblación; no construyeron las pistas que llevábamos pidiendo años. Cuando nos echaron a todos hicieron las malditas pistas”. Mariano, al igual que otros antiguos vecinos de la Garcipollera rehúsa prestar su

rostro para fotografiarlo. Cuarenta años después aún queda miedo o vergüenza o impotencia, o las tres cosas. Esas pistas que pedían los lugareños eran vitales en la España rural de esa época cuando llegó la mecanización al campo, y más aún en la Garcipollera dada la proximidad con Jaca.

Extrañamente, en el valle oscense de la Garcipollera, desde 1960, son más importantes los pinos que las personas.

¿Por qué obligar a vender y no directamente expropiar?

En buena lógica, si la zona había sido declarada como “polígono de reforestación obligatorio” la ley que habría que aplicar sería la de expropiación forzosa.

Marraco me dijo que no se hizo así precisamente para beneficiar a los afectados y ofrecerles más dinero. Sin embargo, sobre el terreno, a mí no me dijeron eso, sino lo contrario. Que ofrecieron muy poco y que, finalmente, además, pagaron la mitad. Esta fue una de las primeras razones de Marraco que se venía abajo. Había leído los papeles oficiales de la “compra-venta” de la Solana de Burgasé, los precios con su desglose según los inmuebles y los distintos tipos de tierras, y de ninguna manera salían beneficiados los afectados. Lo que sí sucedía es que los vecinos eran advertidos: “vende por las buenas que si no vendrá la expropiación y te darán menos”. Tal vez ese sea el beneficio que creyó otorgar el ex Presidente de la DGA e ingeniero del Patrimonio Forestal a los lugareños.

Fue Pedro María Marín, de Castiello, quien me explicó por qué la compra y no la expropiación. Alguien podría reclamar las casas en el futuro, por legítimo derecho de reversión de la cosa expropiada de probado no-interés público. No hay pinos dentro de las casas. Pero la venta “voluntaria” sella la pérdida `ad eternum`.

Este es un uno de los factores más poderosos para explicar que el despoblamiento de la Solana fue planeado desde el inicio para que no se pudiera volver. De hecho, lo consiguieron. Nunca han dejado volver. Ni siquiera con la llegada de la democracia se ha revisado el fraude, no se ha comenzado ningún lógico proceso de restitución. ¡Más al contrario! Los

sucesivos gobiernos (socialistas, populares, regionalistas en coaliciones...) han añadido una capa más de tierra al agravio y al olvido.

Antiguamente, para destruir el futuro de los pueblos, se sembraba la tierra de sal.

En el Alto Aragón sembraron pinos.

Larrosa tenía una iglesia del siglo XII de la que hoy casi no queda nada. Aunque ha sido objeto de una pequeña reparación por la asociación de recuperación de patrimonio “Sancho Ramírez”, el paso de la milicia ha sido definitivo. Un miembro de esta asociación que prefiere no dar su nombre ratifica la destrucción del citado templo por los militares.

Julio Giménez, que lleva veintisiete años a cargo del cuidado de la ermita de Santa María de Iguácel, antiguo feudo espiritual de los pueblos de la Garcipollera, lugar de celebración de las fiestas patronales y la romería cada 2 de Julio, y que está incluido en todas las guías turísticas de la ruta Jacobea, no tiene ninguna duda: “Larrosa fue parcialmente destruido por los militares de Jaca, quienes se llevaron —además— muchas piedras para construir parte de la Escuela Militar de Montaña de Jaca”.

De las sobrias casas de Larrosa, de tejados de losa pesada, queda sólo el esqueleto, ningún tejado y boquetes semiesféricos de unos tres metros de diámetro en diferentes paredes que indican por donde podría haber entrado un proyectil de gran tamaño. Este reportero encontró unas piedras pequeñas, al pie de diferentes viviendas, en donde aparecían pintados de azul unos números, rodeados a su vez por una línea que terminaba en flecha. Casualidad o no, todas las flechas apuntaban a esos boquetes semiesféricos. El aspecto de Larrosa es desolador, no obstante, queda una pequeña casa pequeña tipo cabaña en perfecto estado, con su tradicional tejado apoyado en traviesas de madera, que es utilizada por algunos excursionistas, a juzgar por las pintadas. El Ejército continúa efectuando maniobras con fuego real por lo que queda del pueblo.

Villanovilla es el único pueblo en este valle que no fue comprado totalmente por el Patrimonio Forestal del Estado. Resistieron dos casas,

motivo por el cual hoy es también el único con dos casas vivas. El albergue es acogedor, no tanto sus regentes, de mirada huidiza y conversación desapegada. Pude saber, con pinzas, que el Ayuntamiento de Jaca no les concede licencias de obra para reparar la iglesia del pueblo, y la misma institución eclesiástica tampoco da su permiso. De ahí quizás su hosca relación con el exterior. O quizás solamente no tenían un buen día, o yo les inspiré desconfianza, o cualquier otra veleidad, que supone una valoración subjetiva del reportero y que siempre le separan del imposible punto de vista objetivo.

Después de una apacible noche en el albergue, salimos por la mañana hacia Acín y Bescós, que se encuentran al pie de la pista que lleva a Santa María de Iguácel. La ermita está próxima al pueblo de Larrosa, que es una pequeña belleza rodeada de árboles y silencio y una gran pradera con arroyo, que pasa por una fuente. Algunas mesas de piedra bajo los árboles traen a la imaginación sus romerías cada 2 de julio.

El aislamiento aquí es de todo punto ficticio. Estamos a seis minutos en coche de Jaca, donde viven y trabajan muchos ex habitantes de la Garcipollera.

¿Alguien en su sano juicio piensa que no podían vivir en sus pueblos y seguir trabajando en Jaca, a diez minutos todo lo más? Pero es que aquí las amenazas, las mentiras y la destrucción fueron peores que en la Solana. La injusticia es más sangrante y el daño más inútil. Son cuatro las iglesias románicas bajadas a bombazos por el Ejército, más una centena de casas tradicionales. Todo reducido a escombros.

Marraco dice que protestaron oficialmente al Ejército y Pedro María Marín que fue el ministerio de Agricultura el que pidió ayuda al cuerpo militar para demoler esos pueblos. *Yo me inclino por esta segunda manera.* En la Solana también hay maniobras militares pero no este nivel de destrucción, no parece lógico cargarse el decorado por completo si quieres seguir con los juegos de guerra. Sí parece más lógico pensar en la petición de Agricultura, que ya había forzado el abandono de la población y sólo le quedaba eliminar físicamente la posibilidad de retorno, posibilidad muy tentadora si pensamos en la proximidad con Jaca. Todo

apunta a que el plan era borrar esos pueblos de la Historia para siempre, como me dijo por teléfono un funcionario de la DGA: “Para mí no existen los pueblos, sólo existe el monte”.

Yosa de Garcipollera es una ruina total, llena de escombros y maleza. “La iglesia románica del siglo XIII, al igual que las otras treinta construcciones tradicionales del pueblo, fueron destruidas a bombazos durante unas maniobras militares en los años setenta”, aclara José Luis Acín.

Juan Reiné, actual alguacil del Ayuntamiento de Castiello, nacido en Yosa, también lo confirma. De la iglesia solo queda en pie parte del ábside, el resto de los muros y la cubierta es un montón de piedra desparramada en el suelo. No hay ninguna vivienda reconocible ni ningún resto de muro más alto del metro y medio, por lo que es probable que ya no se hagan más maniobras en Yosa. Queda una sola cabaña de piedra, bien mantenida como refugio, al igual que en Larrosa, algo apartada del núcleo.

Continuando por la pista que construyó el Patrimonio Forestal cuando logró echar al último vecino se llega, cuatro kilómetros después, a lo que fue Cenarbe. Sobre la loma de un brazo de montaña en suave pendiente, curiosamente exenta de pinos, sólo queda la iglesia semiderruida. Apenas un montoncito de escombros encima de cada una de las ochenta casas que había. No están la mayoría de las piedras. Cenarbe tenía más de doscientos frutales entre perales, manzanos, melocotoneros, cerezos, membrillos, vides, etc.; una amplia zona boscosa compuesta por especie autóctona como abetos, robles, chopos, carrascas, quejigos, boj, encinas alternada con terreno para el pasto de ganado vacuno y bovino; y más de doscientos habitantes cuando llegó la venta forzosa. Había incluso línea de ferrocarril con apeadero a unos tres kilómetros. Pedro Marín, secretario de paz en Villanúa, explica: “No tenía ningún problema de escorrentía porque el terreno ya tenía cierta masa boscosa, y además acumulaba una labor secular de aterrazamiento en las laderas anterior incluso al periodo árabe. Lo incluyó el Patrimonio en la compra para la reforestación porque era apetecible, tenía la tierra más fértil y había mucha madera”.

Leoncia vivió treinta años en Cenarbe. Recuerda con impotencia: “Me obligaron a vender las tierras. Las casas no las compraron. Ni a mí ni a nadie. He seguido incluso pagando la contribución por ella durante años. Todo el pueblo se tiró abajo con excavadoras hará unos quince años (*es decir, hacia 1986*). Fue la DGA porque decían que se les metían las vacas en las casas en ruinas buscando el fresco y alguna vez se le había caído una casa encima a una vaca”.

Esta explicación circula por todo el valle. Juan Reiné, alguacil de Castiello, también lo cuenta así pero añade que “tiraron el pueblo para coger la piedra y la losa”, lo que vendría a explicar la ausencia de la mayoría de la piedra.

El hecho cierto es que los antiguos vecinos de Cenarbe se quedaron sin sus tierras por repoblar un monte que ya tenía bosque autóctono (José Lara, del ICONA reconoce esta práctica); luego vieron cómo se talaba y subastaba toda esa madera, “que era muchísima” según cuenta Leoncia, y finalmente vieron cómo sus casas —que nadie les había comprado— eran derribadas por la DGA.

“Esa gente (por la del Patrimonio Forestal y la de la DGA) merecería la horca”, termina indignada Leoncia.

Pepe Ramírez, encargado de Patrimonio en la Diócesis de Jaca confirma también que fue la DGA quien tiró el pueblo de Cenarbe “por lo de las vacas de Bescós, aunque, claro, ellos lo negarán”. También asegura que “sigue habiendo muchas maniobras militares por la zona”.

Santiago Marraco, presidente del gobierno regional de Aragón en esos años, admite (para otro pueblo) la misma excusa: “Puede que los operarios de la explotación vacuna de la DGA en Bescós tiraran las casas para evitar el problema del ganado que se metía dentro”. Lo que no aclara el ex político aragonés es que no suelen ser los operarios quienes toman esas decisiones. La responsabilidad es, obviamente, de la DGA.

¿Demoler siete siglos de cultura para que no se le caigan a una vaca?: ¿y el invento ese de la valla para que no pase el ganado? ¿Nos toman por gilipollas? ¿Es acaso un hindú infiltrado en el Gobierno de

Aragón el responsable de tanta protección a los pacíficos astados? He aquí la mentira más estúpida convertida en verdad a fuerza de repetirla.

Las sinrazones campan por sus respetos en la destruida comarca de la Garcipollera.

Al frente va la mentira: desmaquillada, sucia y desnuda, pero da igual.

Con los años, los vecinos se han acostumbrado a su reina-puta.

Sigue ganando la batalla y eso que se ríe y no dejan de aparecerle muertos por entre los dientes.

Habla y el aliento le sabe a pan podrido por todos los hornos destruidos.

Sujeta un AK-47 en una mano y en la otra la Ley de Franco, más vigente que nunca. Lleva un fornido chaleco anti balas, marca del Estado.

Bajo su paraguas, dos millones de gusanos procesionaria están organizando su picnic de pino para mañana.

A seis kilómetros, los expropiados se afanan en el olvido, único reducto.

Subimos por la pista a Yosa de Garcipollera y no se ve el pueblo por ningún lado. Ni con la brújula sobre el estupendo mapa militar, ni contando las curvas del camino, ni subiendo, ni bajando, ni ganando perspectiva. No está. Intento contactar, desesperado, con Mosén Alastuey, el último cura del valle y, tras un jugueteo nervioso con los distintos modos y posiciones del teléfono móvil para conseguir eso tan arbitrario de “la cobertura”, oigo su voz, que me parece verdaderamente celestial: “pero, ¿dónde está Yosa?”, le digo. Hay que adentrarse por la maraña de broza, en algún lugar entre el laberinto de pinos, fuera de la pista, ya que ésta no pasa por los pueblos, claro: “para mí no existen los pueblos” me resuena como un eco...

Pero, de pronto, aparecen las primeras ruinas. Dos metros antes no se veía nada. Dada la destrucción, sospecho que no se trata del pueblo, sino de estancias de ganado caídas, aledañas al núcleo. Pero no. Es el mismo núcleo. Y no queda nada. Por no haber, no hay ni vista, de tanto árbol en medio.

Santi no encuentra una sola foto que evoque el concepto de pueblo, ni de casa. Todo es una inmensa negación. De retirada, nos cruzamos con la única casa que dejan viva en cada pueblo, su “único testigo”. *Parece un fantasma huérfano, un espejismo en el desierto de pinos. No sé qué se pretende con eso.*

Casi lo mismo pasa en el pueblo de Larrosa, adonde tampoco llega la pista, enterrado en coníferas y con un grado menor de destrucción. Es visible desde el camino unos doscientos metros antes, estando muy atento porque también es un pueblo escondido. Ubicado en la ladera, con la parte baja regada por el arroyo y las praderas aterrazadas, uno sí puede imaginar cómo era la vida aquí.

Casualmente nos encontramos un grupo numeroso de turistas franceses que cantan y hacen corros en la ribera del arroyo, como si surgiesen de mi pensamiento. Hay varios niños que corretean entre las ruinas bombardeadas y le alegran la muerte al pueblo. No imaginan quiénes han destruido el pueblo, ni que pasó con sus pobladores. Vienen por aquí a menudo, pero nadie se lo ha contado. Cambian el rostro a pálido cuando les desvelo. Es muy fácil entender la historia *in situ*.

Nos separamos y me vuelvo a las ruinas con el efecto revulsivo de mi propio relato. Me faltan testigos de la destrucción. Sólo habría soldados, algunos animales y los pinos. Si estas piedras hablasen... *“Disculpe señora: ¿Cómo se rompió usted? ¿Fue acaso un bombazo, o fue el tiempo, no más?”*. Me acerco al boquete de una pared para revisar el arco dentado de sus piedras y pienso, en un alarde de osadía científica, que las piedras pueden hablar si averiguo de qué manera se rompieron.

Tal vez la estructura interna de la roca pueda revelar si sufrió un impacto violento (un proyectil balístico) o no (derrumbe natural). ¿Tendrán las piedras, como los árboles, recogido en su interior parte de su pasado? Tomo unas cuantas piedras de la dentadura del boquete, fascinado por la posibilidad de hacer hablar al único testigo y principal víctima. Si, científicamente, estas piedras están rotas a causa de un gran impacto, la maltrecha hipótesis del derrumbamiento natural se iría naturalmente al garete. Nadie podría rebatir la confesión de las piedras: fueron las bombas.

El domingo por la mañana, último día del trabajo de campo, asisto en Jaca a una charla sobre protección de patrimonio histórico y cultural,

organizada por la asociación Sancho Ramírez. Intervienen miembros de las asociaciones locales más importantes del ramo y el comisario europeo de la misma materia. Ambiente estereotípico de protocolo: azafatas, botellitas de agua sostenidas a media altura en las charlas de pasillo, etc.

El debate se centra en la reparación de una fuente, a la entrada de Jaca, a la que le faltan unas piedras. Es un punto de paso del Camino de Santiago y se considera muy grave el desperfecto.

Un poco antes, el comisario europeo habla con sapiencia sobre el concepto amplio de la protección del patrimonio cultural. No es sólo el signo lo que ha de protegerse sino, básicamente, la comunidad local, de la que emana, en quien se deposita y de la que depende la pervivencia del sentido del signo. Resalta también, en el capítulo del Camino de Santiago, la importancia de las vías menores que llevaban a la principal: los ramales en donde se producían los primeros encuentros, que revitalizaban las pequeñas zonas de paso. Santa María de Iguácel, patrona de la Garcipollera, que aparece en todas las guías del Camino, es sin duda un hito de uno de esos ramales.

Con todo el apoyo inesperado del comisario cubriéndome las espaldas, no encontré impedimentos en expresar mi extrañeza por el interés de cuatro piedras ausentes de una fuente habiendo, a seis kilómetros, cinco iglesias románicas y cientos de casas tradicionales ruinosas. Aproveché para introducir el asunto del desalojo de todos esos pueblos en la Garcipollera y alrededores que eran el soporte humano de esa cultura, que constituía, además, uno de esos importantes ramales de la ruta Jacobea.

El comentario había ido cogiendo cuerpo a medida que transcurría la conferencia y la destrucción de la Garcipollera no salía por ningún lado. Yo venía de demasiada destrucción y daño inútil, demasiadas injusticias.

¿Qué fuente? Esa fuente no existe si hablamos de protección local de patrimonio cultural. No faltan cuatro piedras, faltan cuatro mil toneladas. La parsimonia de los reunidos allí me iba calentando la sangre; aun así, expuse mi comentario en el tono general pausado.

El hombre que más fe había puesto en la defensa de la fuente fue el primero en romper el consenso diplomático de la charla sin pasión y saltó como un resorte: “¡En esos pueblos no quería vivir nadie!”. Se notaba que el tema le afectaba personalmente y no deseaba removerlo, sino zanjar una cuestión zanjada hacía tiempo.

Le trasladé, entonces, mis impresiones como reportero sobre el abandono forzoso no reparado. Lo que averigüé en Madrid y lo que comprobé *in situ*. La pacífica charla se dinamitó. El hombre se encendió más y contó lo horrible que era el invierno en los pueblos de la montaña. Pero de las filas posteriores comenzaron a negarle y a relatar, en primera persona, lo que había pasado con sus pueblos: el expolio, la destrucción. El guirigay terminó con la charla y con las afines en el pasillo, en grupetes, azuzando el calor del debate. A toda velocidad fui grabando a unos y otros: más pueblos arrasados, otros valles forzados al abandono. Casi todos con el pantano de Yesa como denominador común.

Cogimos el coche en Jaca, con la mitad de la historia en la grabadora y la cámara y, después de cien kilómetros por una carretera como una culebra vieja y angosta, llegábamos a Jaca, al corazón de la Solana de Burgasé, en la comarca del Sobrarbe.

Valle de la Solana de Burgasé

Los trece pueblos de este valle fueron comprados entre los años 1959 y 1964, también bajo coacciones, según antiguos habitantes, por el Patrimonio Forestal del Estado para repoblarlo con pinos y contener los arrastres tormentosos al pantano de Jánovas que iba a construirse, pero que nunca se construyó. En febrero del año 2003, el Ministerio de Medio Ambiente lo descartó definitivamente por los problemas medioambientales que suponía.

Igual que en la Garcipollera, una vez echado el último vecino se construyeron las pistas que la población venía demandando desde hacía

años. También se arrancó bosque autóctono y se destruyó todo el matorral al aterrizar el terreno con Buldóceres.

Aquí los pinos han crecido algo más, pero también están siendo víctimas de la plaga de la procesionaria.

Jánovas fue comprado casa por casa por Iberduero. Vivían unas doscientas personas. Fue declarado de interés público ya que se lo habrían de tragar las aguas del pantano, pero de nuevo no se aplicó la expropiación. El 90 por ciento de las propiedades figura como venta voluntaria.

El septuagenario matrimonio Garcés, último resistente del malogrado pueblo hasta 1985 aclara lo de “voluntaria” con viva indignación: “Iberduero nos estuvo machacando para que nos fuésemos. Arrasaron los huertos, las cosechas, las acequias de riego y los muros de las lindes con tractores y luego empezaron a dinamitar las viviendas. Ponían ¡130 cargas de dinamita! en cada casa. Sacaron a los niños a puntapiés de la escuela y acto seguido la volaron. Así con casi todas las casas de los que iban vendiendo. Aquello fue un crimen, un robo, terrorismo de Estado. No me callé ni me callo ahora, porque con la dictadura nos quisieron echar, pero ¡fue en democracia cuando lo consiguieron!”, continúa diciendo desde la única casa habitada de Campodarbe, a siete kilómetros de Boltaña.

La iglesia románica del siglo XIV de este pueblo también se ha visto afectada por maniobras militares, según cuenta el matrimonio Garcés Buisán. En algún momento de la pasada década, la campana de la torre debió de sonar estridente cuando recibió los, hoy, visibles impactos de lo que parece una ráfaga de metralla.

Jánovas también fue atacado con metralla y tal vez con otro tipo de armas. Los impactos han dejado su huella en algunas paredes. Enrique, de la asociación “MSR Sobrarbe”, apunta a las maniobras militares con fuego real como las causantes de ese deterioro, la profanación de las tumbas del cementerio y parte del que presenta la iglesia románica de San Miguel, del siglo XIII, que aún mantiene parte de los frescos anónimos que conmemoran la Pasión de Cristo, realizados a principios del siglo XVIII.

Frente a ellos, en la nave, no se recogen espiritualmente los feligreses sino las vacas del alcalde de Fiscal.

Las maniobras en Jánovas fueron seguro después de 1984. El matrimonio Garcés no tiene constancia de ellas mientras vivían en su pueblo.

“El pantano de Jánovas nunca se realizó porque la empresa Iberduero no quiso. No le salía rentable compartir la suelta de aguas con las comunidades regantes río abajo, para quienes también estaba destinado el embalsamiento. A las centrales eléctricas, como empresas privadas, les interesa soltar todo el agua posible en los momentos punta del día, cuando el precio de la energía es más caro. Durante las horas bajas cierran casi completamente. Esto no es compatible con los regantes que necesitan una suelta constante y regular, ni tampoco es bueno para el curso natural de ningún río”, explica Santiago Marraco, quien sabía desde principios de los setenta, momento de la reivindicación de los regantes, que a Iberduero no le interesaba el proyecto y, a pesar de ello, el Ministerio nunca retiró la cesión de caudales.

Finalmente Iberduero vendió en 1997 a Endesa todos los activos de Jánovas por 1.500 millones de pesetas de entonces (unos 9 millones de euros). Había pagado por ellos 5 millones de pesetas (poco más de 30.000 euros). El Gobierno central del PP indemnizó a las centrales hidroeléctricas con 12 millones de euros del erario público cuando se produjo el nuevo reparto energético. Por el contrario, “en todo el valle no se ha visto un duro de los Fondos de Restitución que habían prometido desde el gobierno central”, denuncia Ramón Laplana del PSOE aragonés.

Desde que se planteó la presa hasta su jubilación, J. M. fue el rostro de la empresa en tierra firme. “Ese es un hijo de puta” —exclama acalorada por el recuerdo Francisca Buisán—: “amenazó a mi hijo y a otros niños con una escopeta si tocaban algo de nuestra cosecha, la que nosotros habíamos plantado. Yo le dije que me disparase a mí si tenía cojones”. Hoy J. M. es el único que tiene una vivienda en el término de Jánovas, un poco alejada del núcleo. Vive en Boltaña y se sintió muy molesto al ser contactado por la prensa. “Te habrán contado muchas mentiras” —me dice a través de la ranura de la puerta de su casa en los únicos treinta segundos que me concede—: “el 95 por ciento de la población se fue voluntariamente. Sólo dinamitamos dos o tres casas”.

Dieciséis familias de antiguos vecinos de Jánovas, entre ellos Carmelo Muñoz y María Buisán, volvieron a sembrar en el pueblo para reivindicar sus tierras.

El Ara, es el único río virgen —sin grandes transformaciones por el hombre— que queda en todo el Pirineo. Nace entre los glaciares de Viñamala, a 3.298 metros de altura, pasa por Jánovas y Boltaña hasta desembocar en el río Cinca, junto al pueblo de Ainsa. Está protegido por sus valores singulares por la UNESCO, es también Lugar de Interés Comunitario (LIC).

José María Santos, presidente de la Asociación Río Ara, explica que sigue habiendo maniobras militares con fuego real en todos los pueblos de la Solana, “pero fueron más pronunciados durante la década de los ochenta”, matiza.

El estado de los pueblos de la Solana es malo pero no calamitoso como en la Garcipollera: la mayoría de las edificaciones se mantiene en pie, eso sí, con los tejados parcial o totalmente hundidos. Las zarzas niegan los intersticios del pueblo, los recovecos, los antiguos usos, las esquinas rebajadas para el paso de carretas, los itinerarios bonitos. El aire está envejecido, lleno de moscas aburridas y chicharras estridentes extendiendo este maldito silencio de pinos. Tengo los ojos saturados de tanta carencia, los tobillos dudosos por el claqueteo de piedras sueltas. Todo es una misma mata de zarza, piedra rota y gusano de pino, por empeño institucional.

Jánovas fue la excusa para aislar los trece pueblos de la Solana de Burgasé. Sin el acceso a la carretera Jánovas-Fiscal se asfixiarían. Sin las pistas entre pueblos se apañaban, pero lo estaban pasando mal. Hoy da mucha rabia transitar por esas pistas finalmente construidas para los pinos y no para las personas, que no aprovecha nadie porque la mayoría están cerradas con barreras y candados.

Jánovas se llevó la peor parte de la intimidación, las amenazas y la destrucción de todos los pueblos de la Solana. De su suerte dependía la del resto. Patrimonio Forestal lo debió de comprender así, de ahí que Iberduero operase con manga ancha para conseguir la venta y no su expropiación. Los primeros bombazos en Jánovas empezaron a amedrentar, monte arriba, a muchos vecinos de los otros trece pueblos, que estaban declarados “polígono de reforestación obligatoria”.

José María Santos me habló de los sucesivos planes hidrológicos y de reforestación que han ahogado la región, y de los pueblos de Lacort y Lavelilla, que también derribaron los operarios de Iberduero, pero sobre todo de los hábitos y costumbres de los ex habitantes de La Solana. Que si los de Burgasé eran gente muy religiosa y tenían la iglesia más bonita, llena de adornos, que luego fue expoliado sin piedad; que en Jánovas se hacían unos zapatos excelentes. No le interesaban verdaderamente las maniobras militares. Para él, eso era un asunto menor. El daño gordo ya estaba hecho.

Los pueblos de la Solana son: Giral, Burgasé, Sasé, Semolué, Cámpol, Cájol, Gere, San Felices, Castellar, Ginuábel, Muro, Puyuelo y Villamana.

Giral es el pueblo más afectado por las prácticas militares. Posee quince construcciones entre viviendas y edificios auxiliares. El Patrimonio Forestal pagó la exigua suma de 36.488 pesetas (220 euros) por todos ellos. Por todo el pueblo, incluyendo las tierras se pagaron 760.000 pesetas (4.570 euros), la mitad de lo que prometió el Patrimonio Forestal en un principio. Esto es una tónica general en todos los pueblos de la Solana. Por el que más se pagó fue Burgasé: 3.450.000 pesetas (20.735 euros): tenía 900 hectáreas de terreno entre cultivo de regadío, de secano, pinares, robledales y raso a pastos. Las más de cien construcciones tradicionales fueron adquiridas por 123.000 pesetas de 1965 (740 euros). Suma bajísima si se tiene en cuenta que, en aquel entonces, un camión podía costar tres millones de pesetas.

El aspecto de Giral, atestado de ametrallamientos, evoca los desastres de alguna guerra. Casi todo el mundo en el valle lo sabe. Miguel Ángel Cazcarra, abogado en Barcelona, presidente de la asociación Amigos de la Solana, nacido en el vecino Cámpol, acusa a los GEOS de ser los

responsables de este ataque a mediados de los años noventa. “Los destrozos en la torre de la iglesia románica del siglo XIII son obra suya”. También Carlos Baselga, autor de un exhaustivo trabajo de investigación etnográfica —*La Solana. Vida cotidiana en un valle altoaragonés*— tiene escrito en una de sus páginas, con foto incluida: “la torre de Giral ametrallada por los militares en maniobras”. José Luis Acín, de la DGA, también lo confirma.

De vuelta al hotel de Boltaña recibo una impresión novedosa del joven conserje sobre el problema de la zona: “Fue por culpa de la gente que no se quería ir de Jánovas. Se metieron en pleitos y crearon problemas que luego hemos pagado todos. En esos pueblos no quería vivir nadie”.

Sus padres son de Giral, precisamente el pueblo de la Solana de Burgasé más castigado por la metralla militar; sin embargo, él ha tomado partido por sus destructores, sus enemigos biológicos, en un acto que se inscribe en el “si no puedes contra tu enemigo, únete a él”. A fuerza de no tomar partido por las injusticias que estaban sucediendo en los pueblos vecinos, o en sus mismos pueblos, por insolidaridad, por recelos, o por supervivencia, muchas personas se montaron en el caballo ganador de la versión oficial. Reconocen el abandono y la destrucción real, pero “esos pueblos no merecían la pena y mucho menos sus gentes, que se querían ir”.

En el marco de la pugna de identidades culturales en convivencia, se explica que integrantes de la cultura débil o sometida (en este caso, la rural altoaragonesa) adquieran los valores de la cultura dominante (la urbana) para así ganarse su favor. Sucede cuando la cultura dominante impone a la otra, para coexistir, la asimilación; cuando la niega. Que es lo que sucedió y sigue sucediendo en el Alto Aragón, rural en donde la presión a los valores culturales (sometidos) se hizo con multas, coacciones y dinamita.

Cuanto mayor es el hostigamiento, mayor también es el citado efecto de asimilación; de ahí que un joven —cuyos padres fueron forzados a malvender la casa y la tierra de sus ancestros viera cómo el ejército ametrallaba todo el pueblo, y asistiera a la reiterada negativa de la DGA a devolver o a hacer algo con sus pueblos— hoy declare, con necesidad, que aquello estuvo muy bien hecho y que la culpa fue de los que resistieron.

Giral, precisamente.

Que parece un muerto acribillado, que le faltan los dientes, los ojos, los oídos y las manos.

Que no hay edificio sin el vómito de los agujeros de metralla.

Que por las ráfagas se ve que los enemigos imaginarios resistieron duro y hubo que provocar una ensalada de tiros.

Uno de los imaginarios se escondió en el cuarto de baño o tal vez estaba cagándose de miedo. El hecho cierto es que murió como un cobarde.

En el lugar de la taza hay un ensañamiento de balazos. Faltan los casquillos, los cadáveres y su sangre. Por lo demás, todo se refiere a una masacre, diez años después.

La hiedra de la iglesia no se está comiendo su torre. Le está ocultando la vergüenza de los disparos.

Giral, precisamente.

Sasé es el único pueblo rehabilitado de la Solana desde 1995. El siguiente capítulo de este libro trata extensamente de su okupación, desalojo y reokupación.

La asociación Colores, tras presentar un proyecto de repoblación y restauración del pueblo a la DGA, y que este organismo lo denegara, ocupó el núcleo rural en 1995. Fueron brutalmente desalojados en septiembre de 1997, tapiadas las casas con hormigón y escritas sobre ellas la misma falsa leyenda que aparece en las puertas de Cámpol: “Propiedad privada. No tocar”. La torre de la iglesia de Sasé fue asaltada por la Guardia Civil durante el desalojo destruyendo parte de ella para entrar a por los ocupantes que allí se refugiaban. Los nuevos pobladores eran familias con hijos y fueron dejados en las calles de Boltaña sin que ninguna organización asistencial prestara apoyo. En enero del 98 convocaron a nivel estatal un encuentro entre todo tipo de colectivos afines al Movimiento de Okupación Rural para derribar los muros de puertas y ventanas y reokupar el pueblo. Trescientas personas dibujaron un perfil insólito en el valle despoblado ascendiendo hasta Sasé y tiraron esos muros. Hoy siguen viviendo allí.

La DGA, en cuyo seno conviven diferentes opiniones con relación a los okupas rurales, ha asumido que no les puede echar. Algunos les ven con buenos ojos aunque no acepten “formalmente” su modelo de relación con el Estado. Otros, como Julio Serrano, director general de conservación de Medio Ambiente de la DGA en Huesca, desprecian su misma esencia como colectivo: “No podemos permitir que se nos llene el monte de los deshechos de las ciudades”, dijo en referencia a los okupas. Este reportero publicó la noticia del desalojo (17-10-97, *El País*, sección Domingo).

Llegar al Sasé okupado, entonces, parece un espejismo. Huele a pan. Las vigas de madera están nuevas. Se ve el sudor de cada remate, las esquinas rebajados, las originalísimas chimeneas, las huertas, los animales. El ambiente está renovado en el pueblo. Se ve más gente joven, más casas rehabilitadas, que ofrecen esa solemnidad y aplomo en contraste con el resto de casas en ruinas de la zona, inútilmente descuidadas.

Los fantasmas de la Solana, aturdidos de tanta destrucción, llegan a Sasé los días en los que les puede la melancolía y recuerdan su vida en los movimientos de los nuevos pobladores, porque son casi los mismos. El tiempo no ha podido con Sasé. Como un estandarte, en la parte más alta del valle, resiste. Los causantes del milagro, contra todo pronóstico, no son favorecidos por ninguna institución.

Tras el desalojo hubo muchos afectados, entre neumonías, bronquitis e incluso dos brotes esquizofrénicos. Boltaña vivió muy de cerca toda su tragedia, aunque sus habitantes no empatizaron mucho con su causa. Baste decir que las ayudas que recibieron, excepcionalmente, de vecinos del pueblo (mantas, colchones, comida...) se produjeron, más que de noche, de madrugada, por un único motivo: “lo que pudieran decir los demás”. En general, no son bien vistos los nuevos repobladores rurales, ni los de Sasé, ni sus amigos de otros pueblos de la zona. La diferencia estética y de modo de vida abismal entre unos y otros impide una relación fluida. Ciertamente, para un señor de campo, ver a un individuo con una cresta naranja como toda cabellera y seis imperdibles hincados en una

ceja supone casi un encuentro alienígena, aunque el de la cresta es igual a él, cultiva la tierra, cría ganado, envasa para el invierno y le necesita como a un vecino más, en una zona en donde no hay mucha gente.

Otra distancia añadida supone que los repobladores están viviendo en las casas malvendidas por los antiguos vecinos que ven cómo a ellos les echaron y otros están ahora allí. Quizá la relación se esté destensando, pero la desconexión en ocasiones llega a puntos hilarantes. Una señora, en mis primeros viajes a la zona, me dijo que los okupas le habían robado una vaca entera y se la habían comido. Harto improbable porque casi todos son vegetarianos. O la historia de los presuntos ritos satánicos en la iglesia que no eran más que ensayos de teatro y danza. O el amor libre y la cópula pública, que no era sino, simplemente, nudismo. Mitos y leyendas que se engrandecen en proporción directa a la distancia que media entre ambos grupos.

Curiosamente, lo único que no compró el Estado en toda la Solana de Burgasé fue la casa monasterio de San Martín, que descansa en medio del valle deshabitado y hoy es un hotel rural de lujo en donde la habitación doble cuesta 200 euros. El brasileño que lo regenta no deja entrar a nadie sin previa reserva. “Ni curiosos, ni reporteros, ni posibles clientes. Las reservas se hacen por Internet y nos inundan de peticiones para venir”. El dato no deja de sorprender, en un lugar donde la excusa oficial del despoblamiento es que la gente se quería marchar y, justo cien metros más arriba de la Casa San Martín, se encuentra Cámpol, tapiadas sus puertas y ventanas por hormigón, después de que la DGA desalojara a unos nuevos pobladores que habían ocupado las casas. Sobre el hormigón de las puertas, la DGA ha escrito “No tocar, Propiedad privada”. Pero no es propiedad privada.

El día que inspeccionamos Cámpol hallé algo sorprendente en el interior de una casa. Aventurarse por entre las vigas y los tejados agonizantes, los suelos temblorosos, conlleva una primera sensación de angustia. Parece que falta una brisa para que mueva el centímetro en el

que se apoya la cornisa que sujeta, a su vez, las bases de toda la segunda planta, y que todo se venga abajo. Esa inmovilidad que sugiere el abandono es mentira. Esa fragilidad es más duradera de lo previsible. El centímetro lleva muchas horas aguantando el peso, tal vez meses, o años.

Después de pasar cinco minutos frente a la ruina, de manera temeraria, uno se convence de que el segundo que se tarda en pasar por debajo de la cornisa enclenque no será el terminal. Entro finalmente en la planta baja para evaluar las estancias y doblo por un pasillo de techo en ruinas, en penumbra, con el aliento ligeramente animado. Hay una suerte de caída libre en la siguiente mirada. Me ajusto la linterna frontal para penetrar un cuarto completamente oscuro y, a medida que mi olfato detecta con brusquedad un olor nauseabundo, mi frontal ilumina la esquina del cuarto donde yace, cómodamente recostada, una vaca muerta en avanzado estado de descomposición.

Me fijo en la arquitectura de la vaca, medio vacía. Tiene la cabeza apoyada casi dulcemente sobre las patas y el cuerpo inclinado contra la pared. Quitando la dura expresión de los ojos huecos, se podría decir que esta vaca murió tranquila y que eligió esta casa como cementerio.

Se me acaba el tiempo sin respirar y huyo de la estancia traspasado por la imagen: la casa, que puede matar vacas, derribada por si acaso, ofrece, en realidad, el último reposo para el animal que se muere.

Parece una reivindicación de la vaca en contra de la mentira.

Toda la zona (habitada) es, en realidad, un lugar de turismo caro, bellissimo paraje pre-pirenaico entre los Parques Nacionales de Guara y Ordesa, sitio de paso de esquiadores y otros deportistas de riesgo. No hay menú en los restaurantes de la zona por debajo de los 20 euros, ni habitación por menos de 5.000 pesetas (30 euros, eso era caro en el 2003). Aun así, la DGA no rehabilita ni aprovecha nada. El estado de todas las construcciones está en franco deterioro, después de cuarenta años de abandono institucional, pero no llega ni de lejos a la destrucción que presentan los pueblos de la Garcipollera, lo que desmonta por completo la tesis de que las casas en aquel valle se cayeron por el mismo abandono.

Desde la Casa San Martín, el empresario brasileño cuenta que ve frecuentemente a los soldados de maniobras.

Desde Cámpol, a escasos cien metros ladera abajo uno encuentra, y no da crédito, al brasileño de suave acento que regenta la lujosa casa monasterio San Martín, en medio de la nada pero todo reservado. A un paso de la destrucción: el lujo. No vi ningún cliente, es más, diría que no había nadie. Ningún coche a la entrada, ni un ruido en el interior.

Por supuesto, empecé por querer alquilar una habitación, desde mi cómoda posición de redactor de la revista *Capital*. Quería entrar de inmediato, y él seguro que me facilitaría todo. 80.000 personas podrían sentirse seducidas por su hotel, o no, en función de mis impresiones. Pero estaba todo reservado. “Bueno, quería ver las habitaciones”: “No se puede”. No pude ver ni el interior, “¿Y puedo ver el jardín?”: “No”.

En ese punto la cosa se puso fea porque ya estaba efectivamente en el jardín, y su negativa suponía, tácitamente, que mis siguientes pasos debían ser hacia el coche. Cambié de tercio: “Tú eres de Brasil, ¿no?”: “Sí”. “¿De dónde?”: “De Sao Paulo”. “¡Hombre, Sao Paulo...!”.

Abandoné toda idea de alojarme allí, ver el sitio o preguntar por él y el tipo se relajó, de modo que, sin moverme del único metro cuadrado de jardín que me había ganado, charlamos un rato sobre la zona, el clima: “y maniobras militares, ¿has visto por aquí?”. Claro que sí.

Con tono pausado, como quien comenta una partida de cartas, me va diciendo que serán unos doscientos soldados, en grupos de veinte, con la cara pintada y que salen de Jánovas y suben por las laderas hasta los pueblos de la Solana.

Nos despedimos y pienso que ese es justo el itinerario que siguió el Patrimonio Forestal y luego la DGA para despoblar la comarca. Tomar primero Jánovas y luego incomunicar el resto de pueblos. Los soldados repiten el plan de la Administración. Repiten metafóricamente la caída de la Solana. Juegan a conquistar el territorio vencido.

Los antiguos vecinos de la Solana se reúnen anualmente en alguno de los pueblos y han pedido en repetidas ocasiones que les devuelvan las

tierras, que les dejen introducir ganado y que la DGA acabe con tantos años de injusticia, expolio y destrucción. Por el momento, ni caso.

Enrique Calvera, responsable de Patrimonio del Obispado de Barbastro-Monzón, que engloba la mayoría de los pueblos de la Solana de Burgasé, habla de una “zona triste y expoliada”. Apunta la destrucción de la ermita de Abizanda “hace diez años como consecuencia de maniobras militares” y también la de “un puente medieval importantísimo en la zona” sobre el que prefiere no dar más datos. Conoce los desperfectos de la torre de Sasé por la prensa. El alcalde de Abizanda y Presidente de la Asociación de Municipios de los Pirineos, Pedro Santos Román, también confirma la destrucción de la ermita: “la volaron los militares”.

El Gobierno de Aragón no tiene a bien ponerse al teléfono después de dos meses en el intento. No quiere responder de la destrucción de los pueblos de Cenarbe y Bescós en la Garcipollera, ni de la destrucción militar, ni del estado de abandono de los pueblos, ni de los montes, ni de la ausencia de planes de uso y gestión sobre ninguno de los dos valles de los que es ahora propietario, ni de la idea de devolver las propiedades a los antiguos y engañados vecinos. De los 7.170.075 euros que destinaba en 2003 anualmente a la Protección y Difusión del Patrimonio ni un euro ha ido a parar a los olvidados valles de la Garcipollera y la Solana de Burgasé.

El Arzobispo castrense, José Manuel Estepa, no quiere ni oír hablar de problemas entre la Iglesia y el Ejército por la destrucción de patrimonio eclesiástico. Lo niega todo y acusa a este reportero de “colarse por teléfono en su despacho con preguntas capciosas”. No quiso dar su graduación militar, ni siquiera reconoció que perteneciera a la institución militar. Pude saber, después de que me colgara el teléfono, que además de Arzobispo es General del Ejército.

La Constitución española obliga a los poderes públicos al mantenimiento, conservación y promoción del Patrimonio Histórico de todos los españoles. El vigente código penal, en su artículo 323, sanciona con multas y prisión mayor, y con la obligación de reparar el daño “al que destruyere o causare daños a bienes de valor monumental aunque no estén catalogados en el Inventario de Bienes Culturales del Ministerio de Educación y Cultura”.

La política hidrológica en Aragón, la despoblación forzada de otros muchos pueblos en similares características por “pantanos construidos para interés privado con dinero público”, como denuncia Carlos de Prada, periodista experto en el tema; la destrucción del patrimonio histórico y el silencio oficial que no repara el daño si no que lo aumenta, tienen levantado en pie de guerra a 264 agrupaciones ciudadanas e institucionales, más de treinta ayuntamientos (entre ellos el de Jaca), siete mancomunidades, multitud empresas de turismo de naturaleza y aventura, sindicatos, cooperativas, y miles de adhesiones personales de vecinos de dentro y fuera de las comarcas pirenaicas.

Todos los catedráticos de antropología consultados, conocedores del tema, entre ellos Silvia Carrasco y Juan José Pujadas de la Universidad Central de Barcelona y Gaspar Mairal de la Universidad de Zaragoza, hablan sin género de dudas de “etnocidio”, que significa: destrucción de una cultura local adaptada a su entorno. El trabajo de hormiguita de la inmensa movilización social despertada es el único frente de batalla que está aminorando algo una injusticia continuada e institucional que pesa ya cuarenta años.

De vuelta a Madrid, por lo intenso del viaje, parece que han pasado dos años. El esqueleto de mi información previa se ha llenado de carne y vísceras. He visto las ruinas en los montes y en los ojos de la gente; las ruinas de la versión oficial, que son las que menos se sostienen; he andado las distancias de la incomunicación, y eran mentira; los comentarios despectivos a la cultura agredida; la vuelta del rostro para evitar la foto, que significa tanta vergüenza. Transitar por el otoño altoaragonés, imaginar sus movimientos pasados, e identificar los presentes, releva a un segundo plano, efectivamente, la destrucción física del patrimonio histórico, y eleva al primero la destrucción humana que vino precedida.

Tras hacer las pesquisas oportunas, doy con la persona más competente para analizar las piedras de Larrosa.

En el Museo de Ciencias Naturales, tras cruzar una mirada cómplice con el fantástico dinosaurio de la entrada, me encuentro con el catedrático de Mineralogía y experto, concretamente, en tipos de

fracturas de rocas, Jesús Martínez Frías, quien me confirma que las piedras pueden contener la información que busco.

Un impacto como el de un proyectil transmite unas vibraciones a las piedras anexas y, en función de la proximidad con el impacto, la estructura interna del mineral, compuesta por láminas de cristales superpuestas, se resquebrajará más o menos. Es visible sólo en el microscopio, pero la prueba, en unos días, no dejará lugar a dudas.

Si hay un determinado nivel de resquebrajamiento interno sólo será debido al impacto de un proyectil militar, ya que el derrumbe natural apenas altera la citada superposición de cristales, de modo que le dejo las piedras allí y me marché con la intriga en espera del resultado. Pienso a cámara lenta en la velocidad del obús atravesando el muro de la casa, veo entre el polvo volar los cascotes que ocupan ese lugar, despedidos muy lejos. Las piedras más dañadas son esas y no están cerca del boquete. Buscar esa muestra sería lo idóneo pero es casi imposible dar con ellas treinta años después.

Las piedras que cogí no sufrieron el impacto. Su esqueleto no reveló el ataque. Realmente, era difícil que acertase a tomar justo aquellas afectadas. El muestreo debía haber sido mucho mayor y recogido por algún experto. Fue bonita la pista mientras duró.

La segunda persona que quise entrevistar otra vez en Madrid fue Santiago Marraco. Había visto sus elaboradas teorías sobre el despoblamiento llenas de gusanos de pino, bajo el techo de un casón que falta. Ahora sabía, personalmente, la historia. Mi grabadora estaba llena de gritos.

Acostumbrado a dar la cara, al menos una explicación, tras su dilatado paso por las altas esferas de la política, Santiago me recibió de nuevo en su despacho, enmoquetado y silencioso. Estuvimos debatiendo cortésmente durante dos cintas de sesenta minutos.

Terminó por claudicar en algunos aspectos esenciales, que antes había negado o ignorado: la dinamita de Iberduero en Jánovas, buena parte de la destrucción militar por la que “se protestó al Ejército”, la demolición de Cenarbe “por operarios de la DGA” y la de Bescós, con cuyas piedras se construyó, enfrente, la explotación vacuna de la DGA.

Convino en que si las vacas corren peligro cuando se meten en las casas abandonadas habrá que vallar la casa en vez de tirarla, como mandan dos neuronas puestas en funcionamiento, además de nuestro ordenamiento jurídico. Pero acto seguido, minimizó sus efectos: “Allí no quería vivir nadie”.

Santiago no estuvo cómodo en la entrevista, tampoco muy sincero. Sólo admitía lo que era muy evidente, que yo sabía de primera mano. Y no todo lo evidente, desde luego. Admite, sí, que tiraron Bescós “pero porque amenazaba ruina”. Claro que, si has adquirido un pueblo entero en el que moraban, efectivamente, sus habitantes, es matemáticamente imposible que el transcurso de dos años haya arruinado todas y cada una de las casas, hasta el punto de tener que demolerlas para, al menos, aprovechar sus piedras. Las casas de las Solana, tras cuarenta años deshabitadas fueron perfectamente reparables, como demuestran, sin apenas medios, los okupas rurales.

Y Marraco sabía que esas casas no estaban en ruinas, pero..., pero..., pero..., esa gente se quería ir, ese modo de vida, esa cultura iba a desaparecer, de modo que olvidémoslo...

A mi mesa de trabajo en la redacción iba llegando documentación institucional sobre presupuestos, partidas culturales, folletos de diócesis religiosas, estadísticas y otros informes que había pedido; y también folletos turísticos, de ocio y, uno, repentinamente, sobre protección medioambiental. ¿Quién lo manda? ¡Cielos!: el Ministerio de Defensa.

Se me dibuja una sonrisa cuando entiendo que el citado folleto de divulgación general es toda la respuesta que obtengo tras dos meses preguntando por las maniobras militares, por una voz autorizada para entrevistar, también por el daño medioambiental, ¡por un poquito de caso, hombre!

Animado por el golpe de humor, descuelgo el auricular y acomodo la vista en un punto de la pared, imaginando el rostro del tipo simpático del gabinete de prensa del Ministerio de Defensa. Sé que, si en su mano estuviera, ya habría tenido la charla que pedía con el ministro (en aquel momento Federico Trillo, el que declaró tras el desastre del petrolero

‘Prestige’ aquello de: “Las playas están espléndidas”), pero no le hacían caso, ni a él, ni a mí.

Le dije que me habían mandado el folleto y que no podía ser. Entonces, Félix —creo que se llamaba— tuvo la feliz ocurrencia de intentarlo un peldaño más abajo, con el número 2 de Defensa, que era civil, el Director General de Relaciones Institucionales. A los pocos días, cuando volvía en bicicleta desde la redacción a mi casa, recibí su llamada en el móvil. Gané un poco de tiempo mientras bajaba de la bici y sacaba un cuaderno que tenía en la mochila.

Tras relatarle la brutal destrucción militar, y pedirle que me facilitase una entrevista con algún mando militar de la zona pirenaica, rió amablemente y trató de calmarme: “Vamos, vamos, en España no ocurren esas cosas, esto no es el salvaje Oeste”. Le pregunté que cuánto tiempo llevaba en el cargo y me dijo que dos años. “Entonces” — inquirí— “tal vez, no conozca la peculiaridad del Alto Aragón. Yo acabo de venir de allí y lo sabe todo el mundo: respetables religiosos, políticos, funcionarios, catedráticos...”.

Noté que el hombre me escuchaba como si verdaderamente no supiera nada del asunto, de modo que seguí hablando en concreto de todos los testimonios, las pruebas, la historia de esa región y la conclusión evidente que iba a sacar el lector de la revista, sobre todo, si el Ministerio de Defensa insistía en no querer hablar ni una palabra. Le dije que era mejor dar alguna explicación o excusa, aunque no resultase convincente y quedar, sí, como esquivo pero no como cobarde, que era lo que el silencio dejaba entrever.

Finalmente, le pedí que hiciera un par de llamadas para intentar corroborar mis palabras, ya que a él, desde su Dirección General, le resultaría muy sencillo saber si había algo de verdad, o si se trataba de una película de indios y vaqueros.

El tipo debió de hacer las llamadas con celeridad. Me intriga saber con quién o con quiénes habló, el caso es que averiguó rápido el desastre.

En ese punto, sabiendo que el salvaje Oeste se le había colado en el lujo de su despacho, nuestro hombre tuvo que hacer una recomposición de lugar. Pongamos que paseó por encima de la alfombra de su despacho y,

al pisar algo abrupto, de súbito imaginó seis iglesias románicas hechas añicos, bajo sus pies. Hizo rápidamente examen de conciencia y determinó que el silencio no era una postura digna. Tal vez no fue rápido el examen y, durante alguno de esos momentos imperfectos del día o la noche en los que uno está más a solas que nunca, las imágenes de la barbarie le castigaron más de lo debido.

Habría tenido que sopesar, también, la postura a ofrecer pues, aun aceptando todo ese daño absurdo y trágico, había que salvar la cara del Ministerio y de todo el Cuerpo. Un paso en falso podría terminar con alguna cabeza rodante como respuesta de compensación. No sé si nuestro hombre compartió el tema con su equipo profesional más cercano. Tal vez lo mantuvo en secreto hasta que él mismo tuvo una idea clara del problema y su alcance o, directamente, lo debatieron dos o tres personas desde el principio.

Pero ¿hasta dónde averiguó? ¿Supo que el destrozo se hizo como parte de un plan de evacuación forzosa, pero que pareciera voluntaria, a los ojos de la Historia? ¿Quiso tapar el asunto sin más, o profundizó en él?

El hecho cierto es que a la semana siguiente recibí la llamada a la redacción del general Luis Alejandro para telegrafiarle que “las tropas no pueden entrenarse sobre moqueta”, ni una frase más, sobre el ataque al patrimonio, ni una menos. Ese era el mensaje oficial para la prensa. No quiso abundar, ni profundizar, ni confirmar, ni desmentir nada.

Se molestó, a continuación, por las versiones distorsionadas que hacen los periodistas y terminamos el breve cuestionario, que fue, más bien, interludio. Habría sido fantástico que, tras la frase de la moqueta, hubiese zanjado la ironía con un sabio axioma popular: “A buen entendedor, pocas palabras”. Periodísticamente es terminal.

No hay más que hablar. Pero dejar todo el mensaje colgado de una ironía apoyándose, además, en la bonita metáfora de la moqueta, da para que uno interprete. No se puede abordar sino desde ahí. Si seguimos la lógica semántica de la frase no hallaremos ningún mensaje en el hecho de que las tropas no hacen prácticas reales sobre moqueta. De entrada nos lo imaginamos. Sobre todo por lo costoso del mantenimiento y, en su caso, sustitución, de la citada moqueta. Vaya engorro. Por otro lado, ¿qué tendrá que ver ese hecho perogrullesco con el derribo de arte románico?

Convengamos en que se refiere a que el precio por tener un ejército moderno y seguro es bajarse unos cuantos pueblos reales. No hay otro modo de entenderlo. Luego usted dirá que le malinterpretamos. Yo le agradezco la ironía y la metáfora porque, para el lector, un tipo que vive de símbolos, ahora sí que queda claro que el ejército derribó esos pueblos y esas iglesias. Se ha imaginado claramente a un militar justificando la destrucción con una ironía que, lejos de ser ambigua, clarifica más.

Pienso que al señor Alejandro le cargaron con el mochuelo de ser la cara visible y habló conmigo a desgana, siendo el mensajero de una información prefijada, molesta y comprometida. Su comentario sobre la mala interpretación que hacemos los periodistas suena a pataleta por tener que declarar algo que, obviamente, va a ser interpretado en su descrédito. De otra manera no tiene sentido esa queja tras su explosiva ironía.

Nuestro ex número 2 de Defensa debió de pedir una cierta asunción de responsabilidades, lo que era mejor para mi reportaje y peor para su Ministerio. Creo que cualquier equipo de asesores de Defensa habría aconsejado lo contrario, que no se hiciesen esas declaraciones, precisamente para que la Institución no tenga que asumir responsabilidades.

El reportaje, fotocopiado 80.000 veces, salió publicado en febrero de 2002, de una manera muy resumida, junto con otros casos de ataques al patrimonio histórico, pero muy concluyente. Eran denuncias muy gordas. No sabía hasta qué punto pero estaba segurísimo de que iban a provocar algún revuelo. Que yo sepa, es el mayor ataque militar y estatal al arte románico (aunque sólo sea por las iglesias abatidas) que ha sucedido en este país desde la guerra civil, y era la primera vez que se publicaba.

Sin embargo, el reportaje, que yo sepa, no tuvo absolutamente ninguna trascendencia. Nadie se hizo eco de la información. Ningún tertuliano sacó el tema, no hubo ninguna pregunta parlamentaria, ni nacional, ni autonómica. Nadie tuvo que dar explicaciones: ningún representante militar, ni eclesiástico, ni político. Nadie llamó a la revista,

ni para saber más, ni para quejarse, ni para nada. Ninguna otra publicación quiso adquirir el reportaje o parte de él.

Lo ofrecí a diestro y siniestro, sin poder entender la falta de interés. ¿Seré yo el que está perdiendo el contacto con la realidad y veo algo gravísimo donde sólo hay una estupidez? Algunas revistas sí leyeron el reportaje y lo guardaron en espera del momento óptimo para su publicación. Pero una tras otra rectificaron y optaron por no dar salida a la noticia. De modo que volví a casa con mi reportaje como un padre ofuscado sin plaza de colegio para su chaval, tres meses después.

De manera inaudita, la realidad se había tragado el reportaje con la misma inercia que se lleva tragando el problema cuarenta años. O bien existe una estupenda mano negra, bien ramificada y mejor coordinada, que obstruyó la difusión del reportaje, o bien al ciudadano medio, realmente, no le interesa qué pasa en los pueblos abandonados, y los redactores jefes de todas esas revistas y periódicos, como buenos conocedores de la opinión pública, lo saben.

Como no creo en aquel tipo de mano negra tan bien planeada, pienso que en la gran mayoría de españoles ha calado, consciente o inconscientemente, después de muchos años de machacona reiteración simbólica, la idea de que la cultura rural se murió de vieja, y sus inquilinos espirituales, los paletos, huyeron del fiambre como alma que lleva el diablo.

Es normal que se piense así: es la única interpretación que nos han posibilitado del “éxodo rural”: que el hambre que llevaban en los ojos provenía de la tierra misma que les echó por no saber obtener de ella, apropiadamente, sus frutos. Por no saber vivir en su cultura. Por eso los paletos son incultos. Porque no supieron asimilar la cultura de sus ancestros mantenida durante siglos y tuvieron que emigrar para no morir de hambre.

Si resulta que no sabíamos, ni sabemos, que al hombre de campo no le echó la tierra, sino seis kilómetros de pistas (léase infraestructuras básicas) que no construyó el Estado; que no era inculto, sino que poseía otra cultura; que no era un muerto de hambre sino un agredido por el Sistema, entonces también resulta fácil entender por qué cuernos nos iba a importar lo que pasó en los pueblos de aquellos infelices.

Posiblemente por eso el reportaje no tuvo trascendencia. Porque aún seguimos inmersos en el proceso de cambio cultural, de destrucción cultural, en la fase del olvido y del auto-convencimiento de no mirar atrás porque es algo agotado. El daño ya está hecho pero aún no ha pasado el tiempo. Los paletos siguen existiendo, siguen llegando aunque predominen los nuevos paletos de otros países, que también se les dice incultos e ignorantes.

La concentración urbana y la despoblación rural siguen aumentando. Ahora hay más de tres mil pueblos deshabitados pero, si no hay un giro político de envergadura, en diez años la cifra se doblará o triplicará, debido a los miles de pueblos al borde de la desaparición, habitados por cinco o seis personas mayores de ochenta años.

Haciendo una recomposición de los datos principales de este etnocidio altoaragonés (la llegada del Patrimonio Forestal-hidrológico, la del Ejército, el desprecio a la cultura rural, entendida como “paleta” por estar desubicada, el abandono institucional de los montes, la incomunicación ficticia, el turismo de lujo), se ve claramente la agresión, sus consecuencias. Pero las causas aún parecen confusas. El móvil, como dirían los criminalistas, permanece algo intangible. Aparecen muchos responsables demasiado inconexos, con intereses distintos, distanciados incluso en el tiempo, que han obtenido réditos diferentes, y que probablemente ni se conocen. Tratándose de la apropiación de cientos de valiosas construcciones con varios siglos de antigüedad, de miles de hectáreas de terreno hábiles para el cultivo, parece que la primera motivación lógica sea la económica.

Suponen miles de millones de pesetas de las de ayer la venta de los materiales rústicos, piezas de iglesias románicas, más 14 millones de hectáreas para que rindan con el cultivo, la introducción de ganado, los cotos de caza y todo lo que la imaginación del adquirente de ha lugar. No cabe duda de que en el Alto Aragón, durante la evacuación, se obtuvieron beneficios económicos, pero demasiado pocos y tan pésimamente gestionados que hace poner en evidencia el móvil económico sobre esas tierras. De los catorce millones de hectáreas cultivadas con pinos no se saca ni un céntimo. No hay una sola explotación maderera, ni la ha

habido nunca. Jamás se preocuparon por los pinos. ¿Por qué perder tanto dinero?

Habría bastado con una sencilla labor de entresaca, de mejora, para empezar a explotar, de manera sostenible, todo ese caudal de madera. El material rústico y eclesiástico se entregó a quien quisiera pasar a recogerlo. El pillaje tomó la palabra con el paraguas institucional que mantuvo y mantiene las comarcas negadas a cualquier proyecto de revitalización y aprovechamiento. Eso no lo hace ni el peor gestor económico. ¿Por qué dinamitar, demoler, dejarse robar, esconder entre pinos, abandonar, tanto dinero? Demasiados cientos de casas desperdiciadas.

Es como si un ladrón que entra para robarte coge unas monedas de la mesilla, ignora el maletín con el millón de euros, utiliza tus costosos cuadros como arenero del gato, se suena los mocos con tu traje Armani, desenchufa la luz, inunda la casa y se larga con las llaves, de modo que tú no puedes volver. O bien estamos tratando con un psicópata infantil crudelísimo. O bien el ladrón no entró a por dinero. Luego te das cuenta de que no es el mismo ladrón. Uno es el Patrimonio Forestal, que echó a la gente en 1964, y otro la DGA, que demolió y se llevó las piedras en 1986, de Cenarbe, por ejemplo. No es posible que estuvieran compinchados veintidós años antes. El turismo de lujo proyectado para la zona no da dinero más que a algunos particulares. No ha cuajado, ni tampoco se ha puesto mucho empeño en ello. La lujosa casa monasterio San Martín, toda reservada pero sin clientes, funciona de maravilla mantenida no se sabe cómo, pero es una excepción.

En las tierras de Jánovas, Lacort y Lavelilla, algunos directivos de Iberduero cultivaron trigo y ganaron algo de dinero. Pero, ¿dynamitaron las casas para hacerse con los terrenos de cultivo? No tiene mucho sentido, esos directivos ni siquiera decidieron.

Es cierto que a Iberduero siempre le interesó mantener del Estado la cesión de caudales sobre el proyecto del pantano de Jánovas, incluso cuando ya sabía que no iba a realizar dicho proyecto, como me dijo Marraco. El horario de suelta de aguas no era compatible con las peticiones de los regantes río abajo. Sin embargo, esa cesión del Estado representaba un dinero futurible que Iberduero no pensaba dejar

escapar. Compró los activos de Jánovas por cinco millones de pesetas en 1964 y los vendió por dos mil millones a Endesa en 1996. Es un negocio jugoso pero, en teoría, casi imposible de adivinar. ¿Quién podía asegurar treinta años antes que esos activos no iban a cambiar de manos, que el fin de la dictadura no fuese también el fin del negocio? ¿Quién podía saber que el Estado, en el 96, iba a hacer un reajuste energético que iba a derivar, al fin, en la resolución del negocio? Y aun cuando Iberduero estuviese pensando en un negocio a treinta años vista, aun con todas estas dificultades en medio, ¿por qué le iba a interesar arrastrar al abandono a los trece pueblos vecinos de la Solana de Burgasé? Económicamente no le ha valido para nada, pero a sus antiguos habitantes no les han dejado volver aun cuando sus bienes no son, ni fueron, ni de interés, ni de uso público. De modo que les echan y, en vez de aprovechar la riqueza que poseen, la destruyen.

Como se ve, hay muchas personas y empresas que han ganado dinero con el despoblamiento de La Garcipollera y la Solana, pero no parece posible que fueran su motor. No tenían tanto poder como para dirigir la política territorial de comarcas enteras. Esto, obviamente, sólo recae en manos del Estado, así que estos actores secundarios se parecen más a carroñeros que se aprovechan del cadáver que auténticos protagonistas del crimen.

El móvil principal del abandono y el expolio no parece económico, a menos que la operación fuera de mucha más envergadura y necesitara perder dinero en algunos apartados para recuperarlo en otros. Es decir, que la destrucción cultural, patrimonial, ambiental y humana en el medio rural fuera necesaria para dar unos réditos en el medio urbano. Es decir, si vas a sacar a diez millones de campesinos de su entorno y los vas a meter en una fábrica dieciséis horas al día, más vale que tengas un buen argumento. Por ejemplo que tu pueblo ya no exista, o que te hagan entender que tu cultura ya no es sagrada, sino de ignorantes.

Sólo es explicable si, ambos casos que nos ocupan, se enmarcan en la política general del Estado de los años sesenta que invirtió los datos poblacionales entre el medio rural y el urbano. Pasando, en diez años, de

un 75 por ciento de población rural y un 25 por ciento urbana, a lo contrario.

Parece claro que el Estado necesitaba mano de obra para poner a funcionar la industria y, a la vez, cambiar la cultura de un país. Dejar atrás la ancestral, la del hombre de campo e incorporar la urbana, la moderna, acorde con los tiempos, y apoyarse para ello en el debilitamiento que supone el desarraigo.

Pero la moderna industria que se implantó era obsoleta y deficitaria casi desde su inicio. La reconversión industrial, tan sólo quince años después, la dejó en evidencia y, de paso, en el paro o la prejubilación a cientos de miles de hombres y mujeres de campo que ya no eran útiles. Es un hecho clamoroso que fue una mala planificación. Casi tan mala como la de plantar pinos y olvidarse de ellos.

La única hipótesis válida que queda, entonces, sobre el despoblamiento de la Solana y la Garcipollera, al igual que en otros cientos de regiones, es que la necesidad del Cambio Cultural, y el negocio a corto plazo de la industria para generar “el milagro español” se las llevara por delante, como otros tres mil pueblos en toda España, mas su cultura, sin pararse a razones. No se trata de un caso aislado, ni es sólo uno el responsable.

En este libro se recogen otros casos similares en pueblos de Galicia, Madrid y Valencia, forzados al abandono, para ilustrar un método sistemático y generalizado para sacar gente de los pueblos, sin causa aparente.

Con ello se entenderían las ciento cincuenta excusas oficiales a cuál más inverosímil (las vacas “sagradas”, la falsa escorrentía, las moquetas...), las amenazas para la venta voluntaria, la destrucción de los pueblos, la inhabilitación de las tierras, la no-construcción de las pistas... Daban exactamente igual los argumentos racionales. La decisión ya estaba tomada. Les necesitaban en las fábricas o en los taxis. Pero debilitados, fuera de los pueblos y sin sus símbolos.

Si sólo hubiese sido por mano de obra, ¿por qué se habrían empeñado en mandarles a todos fuera de sus pueblos para siempre? No era necesario echar a los ancianos, que no estaban en edad de trabajar y que, además, no se querían ir (en Sasé algunos abuelos se ataron con

cuerdas a las vigas de las casas). No era necesario acabar con cualquier rastro de vida humana si el objetivo era la mano de obra. No era necesario destruir (o mandar destruir, o dejar que se destruyera) los pueblos, ni sus iglesias, ni candar los caminos, ni negar las fotos antiguas, ni esconderlos entre pinos, si lo que faltaba era personal en las fábricas.

Durante los ochenta del siglo XX, las ciudades vivieron un importantísimo auge cultural debido al fin del régimen y a un nuevo empuje de la construcción. Un ambiente de optimismo y libertad llenaba el ambiente, al tiempo que se forjaba una nueva y despreciada estirpe social: el nuevo rico, es decir, el paleta que medra en la construcción, gana dinero, pero ni con esas es aceptado porque sigue siendo inculto.

La primera década del siglo XXI comenzó con las ciudades más pobladas que nunca, y la cultura rural relegada, no ya al olvido, sino al museo. Paleta ya no es aquel señor de los sesenta sino todo aquel que no tiene cultura, ni dos dedos de frente. El desprecio al paleta es algo tan consensuado que pareciera que ya no hay pugna cultural. La guerra la ganó la ciudad tanto que ahora se permite sentir una pequeña veneración piadosa al preocuparse por algo del patrimonio histórico, habilitar un poco para que el hombre de la ciudad salve con su turismo rural lo poco que queda vivo.

Hay un pueblo abandonado en Guadalajara, llamado Umbralejos, que es todo un botón de muestra sobre el desconcierto de nuestra identidad cultural. Fue reparado por el Estado en los noventa para enseñarlo como museo y, aunque estaba reconstruido al detalle, a la manera “antigua”, no triunfó mucho la atracción. Apenas iba nadie por el pueblo-museo, así que un grupo de personas que necesitaba viviendas reales, lo okupó. Duró muy poco, claro.

Parece mentira que a estas alturas haya que seguir convenciendo a la gente de que en el campo no se puede vivir, que eso es cosa del pasado.

Si se fijan bien, asomados por una rendija de una puerta en Umbralejos, estamos todos expectantes, con corbata y madreñas, sin

Crónica de un reportero profano

dilucidar si el tiempo y la cultura que vivimos son del presente, del pasado, o si todavía no existen...

Suerte.

OKUPACIÓN RURAL. LA OTRA VUELTA AL CAMPO

Para mi sorpresa, la primera vez que entré acompañado de un fotógrafo a un centro okupado, en 1997, cuando hacía el segundo reportaje en mi vida, fui sospechoso de querer tergiversar la realidad. No me conocían ni yo a ellos. Ahí empecé a pensar que el espionaje periodístico gastaba tan buenos disfraces y estaba tan atento al movimiento okupa, como para que, a dos auténticos coleguitas del asfalto, melenas al viento, ropa gastada y coche hecho polvo a la puerta les pudiesen confundir con dos periodistas de La Razón, por ejemplo. Algo interesante se debía de cocer ahí dentro.

Fue en “El Laboratorio II”, la okupa más grande de Europa hasta que la desalojaron y lo demolieron todo para hacer un parque. El lugar era infinito. Daba cabida a una red muy amplia de encuentros y actividades sociales para decenas de colectivos sin recursos y gente del barrio. Era, sin duda, el epicentro del movimiento okupa en Madrid. Para un reportero profano en la materia, husmear entre la ingente marea de “Kontrainformación” que se ofrecía tras la puerta del centro, fue un estupendo primer encuentro. A partir de ahí, en una de las asambleas que empezamos a frecuentar, conocimos el desalojo de Sasé, un pueblo en los Pirineos. Nos enteramos de que existían pueblos abandonados y, al mismo tiempo, que incluso algunos estaban okupados.

El movimiento de okupación rural o neorruralismo parte de la legitimidad de la apropiación usufructuaria de tierras e inmuebles que se encuentran deshabitados. Lugares olvidados —remotos, o no demasiado— que se van descomponiendo según el paso lento de los años, cuyos originarios moradores desecharon, principalmente, por la presión del

antiguo régimen y el Banco Mundial que planificó la industrialización y el masivo traslado de población rural a las ciudades. Los pantanos, las reforestaciones y la ausencia de política para las zonas que se querían despoblar iban a ser pilares esenciales. A través de la expropiación o la venta forzosa, miles de pueblos quedaron inundados o enterrados por pinos, o sin sus tierras de cultivo, o incomunicados aposta.

Jurguen e Ilona, oriundos de Dusseldorf, acudieron a un festival “Rainbow” (encuentro internacional neohippista) en España hace quince años. Cuando se enteraron de la posibilidad de residir en las montañas sin grandes problemas burocráticos, no se lo pensaron dos veces: “Nosotros construimos las casas a partir de la nada, en madera, con aislante de lana de oveja. Pedimos los permisos necesarios y, claro, como esta zona de León está despobladísima, no nos pusieron muchos problemas. En Alemania es imposible optar a algo similar”. De esas personas que se quedaron en León, surgió Matavenero, un pueblo de colores, compuesto casi en su totalidad por europeos (alemanes y franceses, principalmente), que quince años después han conseguido incluso la administración de los alrededores de montaña del pueblo.

A grandes rasgos, teniendo en cuenta la especificidad de cada una de las experiencias —en ocasiones, de divergencia total pero que reivindica y propugna planteamientos iguales a ese ya conocido de “Tierra y Libertad”— se podría decir que *la forma de organización política es la asamblearia*, esto es, la reunión de todos los miembros del grupo para solventar problemas, plantear iniciativas, etc.... Algunas personas y comunidades utilizan o han utilizado el *sistema del palo* —modo de discusión por turno—, pero lo usual es el debate espontáneo. *El modelo económico está basado en la autogestión y el reciclaje*. Los alimentos los procuran las huertas comunales, los frutales, los animales, bien por su aprovechamiento para lácteos y huevos, bien para ser muertos y comidos, siendo esto las menos de las veces. El intercambio económico está basado en el trueque y el dinero. No obstante, este último no es muy operativo en el monte, y su utilización es más reducida. El contacto habitual con los pueblos más cercanos es constante dada la necesidad de ciertas compras y la venta de artesanía y comida. Es recurrente el interés por los juegos circenses, la

acrobacia, la música y el baile, que se traduce en espectáculos en pueblos y en ciudades. En estas también se recicla la comida que no se vende por su aspecto pero que aún es comestible; también se reciclan muebles, cocinas de leña, o estufas. *La organización laboral* parte de la multifunción de sus miembros: todos suelen hacer todo de manera rotativa. La dinámica cotidiana organizada así permite, en verdad, una disposición sobresaliente de tiempo libre. El trueque intercambia trabajo por cosecha recolectada. De esa manera, por ejemplo, la recogida de aceituna trae aceite para todo el año.

Existe una relación fluida con otras comunidades okupas, rurales y urbanas, y el vaivén de personas de un lado a otro, de visita o por algo en concreto, es constante. De esta manera, la información circula con dinamismo. La organización social se parece más a un matriarcado, o al menos se puede adivinar esa tendencia. Los cuidados a la salud se rigen casi invariablemente por la medicina naturista, y se considera la medicina farmacéutica como un negocio cuyas consecuencias son perjudiciales para la salud. Las vacunas son vistas con altísimo escepticismo.

La reconstrucción de las casas en peor estado ocupa buena parte del tiempo. “Ocasionalmente, están en perfecto estado, y sólo es preciso barrer y entrar, como sucedió en Primoud”, comentaba Guayo, uno de los repobladores de dicho pueblo abandonado que finalmente fue desocupado por la presión de los lugareños, que subían “con garrotes y escopetas para amedrentarnos”. El aprendizaje de las técnicas de reconstrucción tradicionales se adquiere con algunos libros, de algunos conocidos sabedores del tema, y sobre la marcha. En muchas ocasiones se dispone de placas solares para la electricidad; excepcionalmente se encuentran generadores de energía eólica e hidráulica.

La tarea de rehabilitación del pueblo comienza con la recuperación de las viviendas en peor estado, luego se acondiciona un espacio para las huertas y otro para los animales; se desbrozan los caminos, se recuperan los manantiales y se canaliza el agua hasta las viviendas.

Desde un punto de vista etnográfico se podrían recoger ciertos ritos que rememoran una cultura indígena: tal es el caso de la llamada a comer con un cuerno o una caracola, las celebraciones espontáneas frente a una hoguera al ritmo perpetuo de unos tambores; la marihuana se fuma en *cylum* y hay un rito sagrado previo que agradece, llamado *Bambulé*. Y también está la sauna india llamada *Inipi*. Los indios norteamericanos y otras culturas también, lo utilizaban para purificarse el espíritu. Se practica por la noche, se enciende una hoguera para calentar unas piedras e introducirlas, una vez al rojo vivo, en un agujero dentro de una cabaña con forma de iglú para hacerse una sauna. Luego, dentro, se derrama agua y romero u otras hierbas sobre esas piedras para provocar el vapor de agua y sudar. Inmediatamente después, uno acude casi en tambaleos hasta el río que está ahí mismo para cambiar la temperatura de su cuerpo por la del agua de las montañas. Se hace en luna llena, previo ayuno.

La dinámica de ocupación de tierras e inmuebles abandonados suele ser similar entre las diferentes experiencias: se reconoce el espacio, se elige uno de los miles de pueblos que se encuentran abandonados en toda España, y se presenta un proyecto de repoblación a la institución que lo administra (si es el caso). La mayor parte de pueblos abandonados cedidos por alguna Administración suele ir a parar a sindicatos políticos, o a negocios de turismo rural. Aunque parezca contradictorio, a tenor de las políticas de repoblamiento que declaran tener todos los gobiernos autonómicos aquejados de despoblamiento, es mucho más fácil acceder a una cesión institucional si lo que se pretende es un negocio que un proyecto de vida estable.

La permisividad de los propietarios legales con relación a la ocupación varía drásticamente de un lugar a otro. En ocasiones se llega a diferentes modalidades de acuerdos como la cesión, el arrendamiento, o incluso la venta. Pero en la mayor parte de los casos, la okupación rural se denuncia aunque no se haya pensado hacer nada en ese lugar. Es ilegal permanecer en el monte público y punto.

Una excepción es Aineto (Huesca), que empezó siendo pueblo okupado para alcanzar más tarde una cesión institucional vitalicia. Teresa,

repobladora de este pueblo desde sus inicios comenta: “Nosotros tuvimos mucha suerte, somos el único pueblo en quince años que cede la Diputación de Aragón como proyecto de vida para una comunidad. Es inadmisibile que siendo esta zona una de las designadas por el ejecutivo como parte de la política activa de recuperación, estén desalojando a gente que quiere repoblarlo, como sucedió en Sasé y Solanilla”

No todos llegan con la vida comunitaria (*communitas*) en mente. Algunas personas arriban para terminar, para huir. El encontronazo con la vida (paro, marginación, cárcel, enfermedad...) les ha dejado sin fuerzas para volver a empezar.

Esto choca con el deseo de otras personas de construir e inventar de nuevo la vida, y aquí el acuerdo, obviamente, se complica. Los pueblos okupados sufren frecuentes abandonos, e incluso expulsiones, pero también nuevas incorporaciones. Son espacios cambiantes. Muchos de ellos coinciden con etapas de la vida de personas que buscan volver a quererse, volver a tener la sensación de que son útiles y capaces al menos, aunque luego su rumbo se dirija hacia otros lugares y proyectos.

Germán, primer habitante del pueblo okupado de Matallana (Guadalajara), lo tuvo claro: “Yo no tengo nada que ver con las ciudades, ni con ese ritmo. No estaba dispuesto a dejarme esclavizar en el trabajo, ni empeñar toda mi vida para adquirir una vivienda. A los dieciséis me marché de casa, estuve recorriendo mundo en un barco pirata panameño y al volver a España me enteré de la existencia de Matallana. Empecé a reconstruir yo sólo una de las casas y, aunque tardé seis años, ahora sí que tengo un techo y en medio de la Naturaleza. No tengo que dar cuentas a nadie”. Dieciséis años después, la casa que reconstruyó le pertenece por derecho.

Mora, antiguo atracador de bancos, también apareció por el pueblo deshabitado buscando un reposo y un contexto amable para el final de su vida: “A mí la vida no me ha dado nada, todo lo he tenido que coger yo, y sólo para poder vivir. Esta casa abandonada que reparé me hace tener un sitio, al menos uno, en el mundo”.

Pude saber hace no mucho que Mora había fallecido en su casa devorado por el SIDA. La única vez que lo vi estaba frente a su vivienda, reparada con tacto. Ya se movía con extrema lentitud y dificultad por lo avanzado de su enfermedad. Mora siempre vivió deprisa, a los cuarenta ya parecía un anciano. Hablaba en un tono casi inaudible. Me invitó a pasar a su casa a conversar, grabadora mediante, y fue desgranando su existencia basada en la heroína, la delincuencia, la cárcel y el SIDA. A Matallana vino a morir dignamente, como una ballena enferma. Se fue a morir cerca de la montaña y del río. A que la vida le regalase un último suspiro de jaras en flor y soledad inocente; a ver crecer sus alimentos, al silencio de la noche, a la cordura de sentirse parte de la tierra, al final al menos. Como Don Quijote, recuperó la sensatez para morir, una vez agotadas las fuerzas, una vez arrasadas las tentaciones. Me invitó a vivir en su casa, a instalarme indefinidamente si lo deseaba. Me dijo que a él no le quedaba mucho tiempo y que después yo podría quedarme con la vivienda. Sé que era completamente sincero. Su bondad y su tragedia me partieron el alma cuando escuchaba su propuesta, sentado en un banco de madera esculpido segundo a segundo, en la penumbra de esa cocina antigua. Un hombre que se muere y ofrece todo lo que tiene a un desconocido, responde brutalmente a la necesidad de trascendencia, al instinto de vida. A prolongarse, aunque sea a través de las últimas hebras sanas de su vida moribunda y que alguien más caliente con leña del mismo monte y cocine en el mismo horno, que sus actos no se pierdan para siempre, entonces. Que algo bonito quede de él.

Algunos pueblos okupados en España

Teniendo en cuenta la movilidad espontánea u obligada (desalojos) entre las comunidades que están re habitando pueblos, se podrían señalar algunos pueblos en situación de ocupación, aunque no se sabe con exactitud cuántos existen, ni si los que ahora se enumeran están todos activos. En cualquier caso:

Pontevedra: La Cavada, La Fraga-Baños, Foxo, Vilar, Vilausín.

León: Anoitña-Sobredo. Matavenero, Poibueno.

Guipúzkoa: Bikunieta, Minas de Arditurri-Oiartzun.

Navarra: Lakabe, Arizcuren.

Huesca: Aineto, Artosilla e Ibort (integrados en la asociación Artiborain. Estuvieron okupados pero luego fueron cedidos oficialmente a sus mismos ocupantes), Sasé, Solanilla, Cámpol, Mipanas, Bergua, Moriello de San Pietro.

Gerona: Masías ocupadas como Mas Molar, Monars.

Soria: Manzanares-Montejo de Tiermes, Abioncillo (pueblo escuela).

Guadalajara: Matallana.

Alicante: La Mariola-Alcoi.

Badajoz: Las Adelfas, Villanueva de la Vera.

Huelva: El Calabacino, Los Molinos.

Málaga: Los Arenalejos-Alozaina.

Además de estos pueblos citados, es seguro que existen otros, e incluso, otras comunidades más pequeñas que estarían ocupando casas de campo o granjas abandonadas para desarrollar un proyecto de similares características.

Okupación rural internacional

Sin querer entrar en el amplísimo universo que representa este epígrafe, son conocidos los “Sin Tierra” en casi toda Latinoamérica, los Seringueiros en Brasil, las invasiones de tierra en Venezuela y Argentina, y en México en los Estados de Oaxaca, Guerrero o Chiapas; en Europa pueden destacarse los *waggenburgs* alemanes, el movimiento *traveller* europeo, las comunidades arbóreas de Gran Bretaña más recientemente y, últimamente, las ocupaciones de tierras en Zimbabwe y otros países africanos. Dicho movimiento es una constante en la historia de las civilizaciones, emprendido por personas que, por diversos motivos,

necesitaron un techo y un pedazo de tierra, que, en diferentes grados, manejaron un proyecto político y social común, y lucharon *de facto* contra unas políticas gubernamentales de las que se sentían excluidos. La desigualdad social en toda Latinoamérica y Brasil ha promovido y promueve, por pura subsistencia, multitud de ocupaciones de tierras: son las favelas, las villas-miseria, los barrios, los cerros, las ciudades de los pobres donde no entran los taxis, ni la policía, ni nadie que no viva allí. Todos esas moradas de uralita fueron levantadas previa okupación del terreno, en muchos casos pegado a las ciudades. No cuentan con servicios públicos básicos como alcantarillado, alumbrado, recogida de basura, ni escuelas, ni centros de salud, amén de la más mínima política cultural o deportiva. La ciudad y la civilización se les acaba justo en las narices. Soportan, encima, el estigma moral más bajo de la sociedad.

Son, lo que en el norte de Suramérica y Centroamérica, se conoce como “el malandrage”, la gente de mal vivir, los delincuentes, el hampa. Curiosamente, este sector de población representa la inmensa mayoría de la sociedad en cada nación. En Venezuela, Colombia, Bolivia, El Salvador, Perú, Ecuador, Guatemala.

Es cierto, al menos, que desde comienzos del siglo XXI, la situación ha cambiado notablemente la suerte de millones de “sin tierra” gracias a la aparición de políticos y gobiernos que han girado la vista hacia ellos, permitiendo asentamientos, legalizando okupaciones o incluso expropiando grandes latifundios para el uso de los más desfavorecidos. Seguramente la Ley de Tierras en la Venezuela de Hugo Chávez en la primera década del 2000 marcó un antes y un después, cuya influencia se ha visto luego reflejada en otros países del entorno, especialmente en Ecuador, Uruguay, Bolivia y Nicaragua.

Lo excepcional del caso español es el enorme número de pueblos deshabitados, algo que no sucede en ningún país de Europa, aun padeciendo también un acusado problema de despoblamiento rural. En Francia, por ejemplo, existen granjas, casas de campo abandonadas, o incluso antiguas estaciones de tren (Le Gout d’Eau, en los Pirineos), que han sido ocupadas, pero no pueblos enteros. Algo similar ocurre en Italia, Alemania e *Inglaterra*.

En este último país no existe despoblamiento, sino masificación y la ordenación del territorio y las políticas de urbanismo están férreamente controladas por el Gobierno. No hay pueblos abandonados ni por asomo.

Existe en Townhead, provincia de Yorkshire, una comunidad que está asentada en unas antiguas casas de trabajadores abandonadas, con apariencia de plazoleta de chalés adosados, que ellos llaman pueblo, aunque nunca fue tal. El resto del movimiento alternativo allí se concentra en casas okupadas en la ciudad, en protestas contra actividades nucleares, o contra la construcción de carreteras, o simplemente viajando. Los conocidos Travellers. Viajeros por obligación, dada la restrictiva ley que opera en Inglaterra.

Como ejemplos significativos, valga señalar que siguen vigentes las leyes de 1994 —Criminal Justice Act— por las que es delito viajar por carretera más de seis vehículos lentos en caravana (Sección 61b), son delito las concentraciones de más de 100 personas en el campo, de noche y con música, sin autorización policial (Sección 63, 1); Se puede detener a dos o más personas si se cree razonablemente que están preparando una fiesta en el campo (*rave*) (Sección 63, 2a); es delito traspasar cualquier tipo de terreno rústico; no se puede acampar en ningún terreno aunque esté desocupado (Sección 77, 1b). E incluso poseyendo un terreno propio, no es posible vivir en él si no está declarado apto a tal efecto. No sólo no se puede construir, que eso también sucede en España, sino que tampoco se puede vivir en una caravana o una tienda, aunque sea tu propia finca.

Esta política fue promovida por Margaret Thatcher después de los sangrientos incidentes de Stonehenge en donde la policía cargó contra más de tres mil personas que celebraban el solsticio celta en el citado enclave prehistórico, con el saldo de tres muertos y centenares de heridos y detenidos. La BBC local emitió imágenes de la refriega dos días después, pero nunca más se han vuelto a ver. Se perdió la cinta misteriosamente. Hoy esa celebración sigue prohibida. El gobierno, la policía y la mayor parte de los medios de comunicación dicen que lo que se celebran son orgías multitudinarias.

Desde Bristol, Ben Wood, activista de muchas batallas anti-sistema (en protestas antinucleares, anti carreteras, etc.) señala: “Lo que persigue el Gobierno es destruir el grupo: si no puedes reunirte, no puedes viajar en comunidad, no puedes celebrar festivales, no puedes organizarlos, entonces no eres. Pero cuando no te dejan hacer eso se llama dictadura”.

Okupación rural y antiglobalización

Este movimiento es, en verdad, un frente más de esa otra lucha global que pretende un modo alternativo de vida y de relación con el medio, y que pelea también contra este nuevo orden mundial, dominado por el *neoliberalismo*, al que se le acusa de ser gobernado por las multinacionales más poderosas del planeta, y en contra de las personas y los países más pobres. Se le acusa del mantenimiento de la pobreza en tres cuartas partes de la población mundial, de la promoción bélica, del neocolonialismo, de que la mitad de la población sobreviva con dos dólares al día, mientras un 0.3 por ciento controla el 40 por ciento de la riqueza mundial. Todo ello sobre la base del control de la información que, también, está en manos de esas mismas multinacionales y, por supuesto, sobre la base del poderío militar de EEUU y la OTAN.

La aparición de Internet en los años noventa posibilitó, por primera vez en la Historia, la identificación de un enemigo común para millones de desfavorecidos a lo largo y ancho de todo el orbe. Posibilitó el inicio de la lucha en común y la interconexión de miles de asociaciones civiles, y las inauditas y masivas movilizaciones que se han dado lugar de manera coordinada en más doscientos países al tiempo, muchas de las veces en las que los integrantes del G-8, G-20, del Banco Mundial o del FMI se reúnen. Hasta entonces, estas reuniones no despertaban ninguna reacción social organizada. Desde entonces, es un problema tal que el mismo ejército del país anfitrión es movilizado para aislar ciudades enteras ante la avalancha de militantes antiglobalización que acuden a protestar.

Política de repoblación rural desde la Administración

La repoblación rural o la manera de atajar el problema desde el Estado no suele contar, ni ver con muy buenos ojos esta otra vuelta al campo. Las ayudas destinadas a este problema suelen ir más enfocadas al turismo rural y al mantenimiento de las personas que ya viven en el medio rural que a nuevas iniciativas.

Existen otros proyectos más sorprendentes como el de los pueblos-escuela, que rehabilitan completamente un pueblo, hasta el detalle en el interior de las casas, pero no al objeto de que sea repoblado sino como lugar donde los niños van en primavera con el colegio para aprender los usos y costumbres de la España rural. Algo así como un museo del *homo sapiens* rural como si ya hubiese desaparecido la especie. Este proyecto está financiado por la Unión Europea, y administrado por las diferentes delegaciones del Ministerio de Educación, Ciencia y Deportes. Algunos pueblos en los que ya se ha llevado a cabo son Bubial (Cáceres), o Umbralejos (Guadalajara).

Este último pueblo fue okupado durante un breve espacio de tiempo por unos repobladores que se encontraron un pueblo reconstruido en perfecto estado, pero que no entendieron que la idea del Ministerio no era la reconstrucción del pueblo para la vida del hombre sino para el aprendizaje de los niños. *Se desconoce si los políticos encargados del proyecto barajaron la opción de mantener a los ocupantes en el pueblo reconstruido para enseñar a los niños; más que la bondad nostálgica del pasado, las exigencias de vida del presente.*

Los okupas rurales en España, en resumen, *sin energía eléctrica, sin agua corriente, sin medios y sin dinero no sólo están desnudando el argumento de que allí no se podía ni se quería vivir. De hecho, subsisten en peores condiciones que en los años sesenta. También reniegan de la cultura sustituta, la urbana y sus valores, desde dentro. Partieron de ella pero optaron por volver a la cultura de la tierra, la renegada, la mal vista. El trayecto de los okupas rurales, de la ciudad al campo, deshace el camino que tantas mentiras y fraudes costó, en los años sesenta, a los*

auspiciantes del Cambio Cultural: “¡La vieja cultura murió! ¡Aférrense todos a la Nueva, o morirán de ignorantes!”.

Pero en la misma trinchera de los repobladores habría que hablar de algunos aspectos de la nueva apuesta cultural

Hay una parte del discurso soterrado que el movimiento okupa rural padece, que se sitúa muy en contra de su propio discurso consciente. En algunos colectivos existe un aroma de exclusivismo y cierto menosprecio hacia los que no comparten su cultura contestataria, que en la práctica resulta poco permeable al otro desconocido. Se mantiene en pie un buen puñado de prejuicios hacia la gente “normal” y que, a veces, se deslizan por el sencillo camino del maniqueísmo. Han de lidiar con grandes contradicciones: por muy arriba en la montaña que se encuentren, tienen que llegar a acuerdos con una sociedad consumista que repudian basada en la acumulación de capital, siendo ellos anarquistas o libertarios; llevar a cabo una revolución de sí mismos y desaprender los valores individualistas y competitivos de una sociedad que les educó así; manejar la existencia de líderes naturales, y deshacerse, también, de una cultura patriarcal y machista, generando, claramente, una sociedad matriarcal, aunque se caigan en algunos desajustes similares (la utilización del plural genérico en su forma femenina en lugar de masculina); el límite a su modelo de sociedad ecológica lo marcará la elección entre una motosierra que ahorra muchísimo tiempo o la pax bucólica del monte y el concepto de “communitas”. Con los coches, lo mismo. La pugna entre lo propio y lo colectivo se remueve cuando los rendimientos de las huertas, los animales, las actuaciones circenses, etc., son para la comunidad y el espacio para lo exclusivo se ha reducido notablemente. Es difícil conseguir que ese cambio cultural no provoque complicaciones.

Una situación por donde, en ocasiones, se filtra alguna de estas contradicciones se da en el simpático caso de “la Palanca”: se denomina “Palanca” a la sustracción unilateral y secreta de una cosa comunitaria, siempre y cuando la cosa abunde en el momento de la sustracción y sea repuesta cuando escasee, para alegría del grupo. La cosa en cuestión suele tratarse de algo poco habitual en el monte: chocolate, tabaco liado, embutidos, velas, etc. “Apalancar” algo es hacer efectivo este proceso. En la práctica, es el ojo de la cerradura por donde se ve el difícil pacto de la

propiedad comunitaria pues, al final, lo “apalancado” no siempre aparece.

Esto supondría un fallo del sistema, sin duda, pero tal vez —y lo que es más importante— sirva de válvula de escape a un mundo repentinamente comunitario. Cuando funciona “la palanca”, el grupo se hace más fuerte en ligero detrimento del individuo, y cuando no funciona, son los individuos los que se refuerzan en ligero detrimento del grupo. Aun así, esta falla puede no ser grave. Son tantos los moldes que están rompiendo para labrarse una nueva identidad cultural —una nueva liturgia, unos nuevos dioses, una nueva estructura y relación social, un profundo re-pensamiento de sí mismos— que no son inaceptables los errores, más al contrario, han de pasar por ellos. Todo se está removiendo. Faltaría verbalizar y hacer conscientes muchas de estas cuestiones para desbrozar el tramo del camino en el que están ubicados.

(En mi opinión).

SASÉ. DESALOJO Y REOKUPACIÓN DE UN PUEBLO

Siete años antes de investigar la emigración forzada del Alto Aragón y la destrucción de su patrimonio cultural, al inicio de mi periplo como reportero freelance, empecé a descubrir que era aquello de “okupación rural”. Sasé fue el origen de ambas ventanas.

El desalojo

Sasé es un pueblo perdido en el espectacular Pirineo, a veinte kilómetros al sur de Ordesa. A bordo de un todo terreno es posible acceder a él, a través de una abrupta pista forestal que no siempre es transitable. A pie, son dos horas por un senderillo de constante y exigente subida desde Fiscal, el pueblo más cercano, a seis kilómetros. A pesar de ser un lugar apto para la vida humana, con abundante agua del deshielo y tierras fértiles para el cultivo y el ganado, Sasé quedó abandonado a mediados de los años sesenta. El Patrimonio Forestal del Estado compró todas las casas y las tierras para plantar pinos. El futuro pantano de Jánovas (que nunca se construyó) debía protegerse con masa boscosa de los arrastres tormentosos. La Administración hizo ver a los habitantes que allí no había futuro.

Sólo en Huesca existen más de doscientos pueblos abandonados.

Saltemos ahora hasta 1995, a la iniciativa de un colectivo llamado "Colores" que pretende el repoblamiento y la rehabilitación del pueblo, cuya propiedad, tras pertenecer al Patrimonio Forestal del Estado, pasa a manos de la Diputación General de Aragón (DGA), a quien el colectivo "Colores" le ofrece su proyecto.

El proyecto parte de la recuperación de los trabajos tradicionales: la artesanía, la herrería, la reconstrucción de las viviendas en peor estado, y para ello, el empleo de los materiales autóctonos. Se plantea el proyecto de una escuela, el desarrollo de una huerta de agricultura biológica y una pequeña compañía de circo, dentro de un plan autogestionado

La DGA desestima su proyecto.

Responde por escrito que el proyecto no sería viable en la práctica, principalmente por las carencias que observa en el modo de financiación. No se confía en que ese modo de vida pueda salir adelante, ni que la venta de artesanía, las actuaciones circenses por los pueblos de la zona y la agricultura les dé para subsistir y, menos, para rehabilitar el pueblo.

Sin embargo, un buen día de enero de 1996, a pesar de la negativa de la DGA, “Colores” llega hasta el olvidado pueblo en lo alto de la montaña y ocupa sus casas. Son cuarenta personas procedentes de diferentes puntos de la geografía española: Andalucía, Castilla, Cataluña, algunos de la misma zona, algunos de otros países. Hay varias parejas con hijos.

Empiezan rehabilitando las casas y la tierra para dar forma a doce huertas comunales donde cultivan patatas, cebollas, remolachas, calabazas, acelgas, pimientos, berenjenas, y un largo etc. según la época. Compran unas gallinas y un caballo, reforman un aula como escuela, recuperan la herrería y un horno de pan.

Funcionan de manera asamblearia. Ah, los niños también participan.

Pasan dos años y las cosas van saliendo adelante. El grupo de circo es contratado en algunas ocasiones por los ayuntamientos de la zona para sus fiestas y carnavales, las huertas dan sus frutos, los animales su alimento y la artesanía variopinta encuentra salida. Las visitas de amigos y conocidos no tardan en llegar.

Sin embargo, la zona —la comarca del Sobrarbe— presenta algunas complicaciones. Estadísticamente, es la más despoblada de Europa; es utilizada, ilegalmente, por el ejército de tierra para realizar prácticas de

guerra con fuego real, y está controlada social y económicamente por un pequeño grupo de empresarios y ganaderos quienes poseen la mayor parte de los negocios de la zona: el camping, el turismo rural, gasolineras, etc.

Los repobladores denuncian este “sistema caciquil” como la causa de la persecución y la presión que se ha ejercido contra ellos hasta su desalojo.

La DGA insta al abandono y ofrece, de manera no oficial, otros lugares monte abajo. Alberto, uno de los integrantes de “Colores” que participó en la negociación con los funcionarios de la DGA, matiza que: “decían que rehacer Sasé era inviable y que esa zona, La Solana, se quería mantener deshabitada para hacer un corredor verde; que no querían asentamientos humanos en la zona, ni dotarla de infraestructuras aunque nosotros les repetimos que no necesitábamos ni pedíamos nada”.

Los lugares que les ofrecieron por medio de la prensa, fueron:

Un grupo de pueblos (Artosilla, Ibort y Aineto) ya habitados, englobados bajo el término “Artiborain”, los cuales nunca tuvieron conocimiento oficial de la propuesta de la DGA. Éstos son los tres únicos pueblos cedidos a asociaciones en los quince últimos años;

el pueblo de Arrés al que tampoco se le comunicó nada y que además estaba —está— en conflicto con la Administración precisamente por el deficiente suministro de agua; y

Rosico, definido por los mismos técnicos de la DGA unos años antes como “un pedregal irrecuperable” ya que no tiene agua, sólo hay una casa y está en bastante mal estado.

Cuando los nuevos habitantes de Sasé rechazaron las tres opciones, la DGA dijo a la prensa que lo que querían los okupas era “un pueblo a la carta”, porque estos exigían condiciones para su nuevo emplazamiento. Esas condiciones, según los moradores de Sasé, se reducían a que existiese agua suficiente y terrenos para cultivar, por lo que decidieron no moverse de Sasé.

A partir de aquí, la historia se precipita. Olvídense ahora de la calma y lo bucólico de ese pueblo perdido en el bellissimo Pirineo oscense. Habla Sara:

“En el verano del 97 llega una sentencia judicial en la que se ordena desalojar [el 8 de agosto]: nos dan tres días para desalojar. Durante esos

días acuden al pueblo casi doscientas personas. Entonces no pueden desalojarnos dado el número de gente concentrada en Sasé”. Esto coincidió con los “II Encuentros contra el Neoliberalismo” que había organizado el Frente Zapatista a escala internacional; mucha gente que estaba en los encuentros subió a Sasé y, también, dos representantes del FZLN [Frente Zapatista de Liberación Nacional]. Entonces se toma contacto con este grupo. “También estaba una actriz mexicana solidaria con los “Sin tierra” de todo el mundo”.

El jueves 23 de octubre de 1997, en vista de la negativa de la gente del pueblo a abandonar las casas, el juzgado de Boltaña (Huesca) ordena el desalojo del pueblo de Sasé. Cien miembros antidisturbios de la unidad de Grupos Rurales de Seguridad de la Guardia civil de Zaragoza ejecutan la orden.

A los entrevistados les tiembla la voz cuando recuerdan el desalojo: “Fueron a la primera casa del pueblo que encontraron, la que nosotros llamábamos de los niños y ahí estábamos algunas personas y madres con sus hijos. Hubo algunos forcejeos, personas que se agarraron a árboles, otros se subieron al tejado. Detuvieron a cinco personas, que fueron llevadas a Boltaña, de las cuales tres estuvieron cinco días encerradas y las otras dos, dos semanas, llevadas a prisión acusadas de atentado contra la autoridad. Yo [Alberto] fui uno de los tres detenidos el primer día. La situación en el cuartelillo era: los hombres en una celda de un metro y medio por dos sin luz natural ni ventilación, y las dos chicas en otra celda de las mismas características. Sólo había un colchón y una manta; hacíamos turnos para dormir, les hicimos constar que éramos vegetarianos y, aun así lo único que nos traían eran bocadillos de salchichón y cosas por el estilo. Sólo comíamos el pan y el agua. El primer día de desalojo tapiaron las casas, aunque hubo mucha gente que resistió en los tejados. Los antidisturbios rurales se retiraron a las seis de la tarde. El segundo día fue el más violento: se puso a los periodistas (locales) fuera del pueblo, quienes contaron que oyeron detonaciones. En esa media hora la Guardia Civil entró violentamente en las casas, golpeó a gente, arrojó a personas desde el balcón. Dispararon cientos de pelotas de goma,

concretamente contra el Itet, que estaba subido a un árbol muy alto, al grito de “Canta, pajarito”.

Fueron detenidas 32 personas, que ingresaron en el cuartelillo de Boltaña, y quienes declararon después que habían pasado quince horas sin alimentación, sin asistencia médica, ni jurídica. Más tarde, fueron trasladados en grupo a la cárcel de Huesca.

Al día siguiente son puestos a disposición judicial en el juzgado de Boltaña, tras lo cual se les deja en libertad menos a los dos que estaban en la cárcel. En la noche del segundo día la gente que logró escapar decidió en asamblea tirar otra vez los muros y resistir en el monte.

En el tercer día de desalojo, todas las brigadillas del COMENA (antes ICONA) tapiaron de vuelta los muros que se habían tirado. Al cuarto día la gente que resistía oculta en el monte decidió bajar para apoyar a los que estaban en Boltaña. Trece personas comenzaron una huelga de hambre.

El Ayuntamiento les ofrece el antiguo cine. Allí pasan las *noches cuarta y quinta* de donde les desalojan porque el equipo de fútbol del pueblo va a realizar una fiesta. Al final no hay tal fiesta pero se tienen que marchar cerca de las tiendas de los huelguistas, en un pequeño recinto escalonado donde permanecen hasta el sábado, día 1 de noviembre.

Los primeros días son especialmente duros para los desalojados. Poco a poco, empieza a llegar ropa y alimentos de otros colectivos de todos los puntos del Estado.

Y me subo yo, incauto urbanita que realizaba un reportaje sobre el centro social okupado “El Laboratorio II”, y no daba crédito a la noticia que transmitía un chico con rastas, desesperadamente. “¡Han desalojado Sasé! Están en la calle, necesitan mantas y comida. Que suba todo el que pueda para ayudar”.

No sabía que existiesen pueblos enteros okupados, ni siquiera sabía que existiesen pueblos abandonados. En ese preciso instante empezó, aún sin yo saberlo, mi trabajo durante los siguientes años: la okupación rural y la España deshabitada. Un exilio voluntario y otro forzado.

Así estaban las cosas ese sábado día 1 de noviembre de 1997 cuando aparecemos The Ibán el fotógrafo, y yo. Sabemos que no les gustan

mucho los periodistas, pero nos sentamos alrededor de la fogata como dos más. La cuestión es que existe poca confianza en que uno hable con su propia voz. Son las dos de la mañana, hace un frío de cortar. Unas veinte personas, la mayoría enroscada en mantas, están en torno a un fuego. Suenan con ritmo varios bongos y una guitarra. Algunos bailan. El vino y algunos canutos circulan por el grupo. Es curioso: parece que el dramatismo que yo presuponía no se da. Más tarde habría de descubrir que a pesar del desalojo, a pesar de la huelga de hambre y del incierto futuro que les aguardaba, el ambiente generalizado no era de derrota. Quiero decir, todo lo contrario. Lo que se respiraba eran ganas de salir adelante, coraje, fuerza para reclamar lo que consideraban justo, convicción de querer llegar hasta el final, cueste lo que cueste. Es bastante increíble, pero el ambiente era festivo. La solidaridad que se había despertado, el apoyo y el afecto recibido a cada rato por gente conocida que llegaba estaba aportando una dosis muy grande de fuerza al grupo. La situación era crudelísima, es evidente, pero lo que estaba madurando era su capacidad de levantarse por sí mismos. Y esa demostración cotidiana a ellos mismos les empujaba hacia arriba.

El domingo por la mañana —*el quinto día*— corrió como la pólvora la noticia de que en Radio 3 les estaban dedicando unas canciones, al tiempo que efectuaban una entrevista a la Ronda de Boltaña. La Ronda de Boltaña es un grupo de música regional de la zona que lucha por la recuperación de las tradiciones, el folklore aragonés y, ahora, por los nuevos pobladores. El programa de Radio 3 tenía un tono casi épico. Los músicos aragoneses se estaban solidarizando con los desalojados. No hablaban de su aspecto, de sus pendientes, ni del color o la longitud de su pelo. Decían que “Aragón necesita gente que vuelva a habitar sus pueblos, que se vuelvan a trabajar las tierras. Qué más da de dónde vengan y qué cultura traigan, pues entre todos, con armonía, tal vez salga una fusión bonita”.

La emoción que se vivió en la camioneta donde —esos que llamaron *desechos urbanos*— escuchaban apelotonados el mensaje de la Ronda de

Boltaña y las canciones de resistencia de la guerra civil que emitieron, no es fácil de olvidar. La solidaridad recibida volvía a llenar de coraje. Y con las mismas, se llegaron a Ainsa, un pueblo mayor cercano, a improvisar unos pasacalles y a decir a voz en grito la injusticia que sentían estaban viviendo. En un cruce céntrico de ese pueblo brotó la fiesta de nuevo: malabares, bongos, flautines, una gaita, fuego al extremo de una antorcha, un diábolo volando por los aires, y un cantautor llamado Borja Blues entonando su voz potentísima y aguardentosa para clamar a favor del deseo de vivir de otra manera. Un perrillo recostado entre la fiesta daba ligazón al ambiente.

Luego leyeron el comunicado ante la presencia de los viandantes, que reflejaban una sorpresa total. Reclamaron la libertad de los dos detenidos, el derecho a okupar un pueblo abandonado, y a vivir de manera autónoma. Los coches, que tenían que circular lento, o incluso detenerse, mostraban una actitud variable.

A las diez de la noche del *sexto día* reciben una orden del Ayuntamiento de Boltaña para desalojar al día siguiente la vía pública, pero al final los desalojados convencen al alcalde, quien ofrece el antiguo vertedero. “Algo muy simbólico”, matiza Luna, una de las dos chicas que pasaron por la cárcel.

Allí se trasladan todos menos los huelguistas, que siguen frente al juzgado de Boltaña, y se convoca una rueda de prensa en la que participan todos los medios de comunicación de Aragón. La noticia del desalojo de Sasé es primera plana en los dos principales periódicos de Huesca. Sin embargo, en el ámbito nacional no aparece nada, tanto en radio (excepto Radio 3), como prensa y televisión.

Por la tarde, de vuelta a Boltaña, el grupo se divide espontáneamente. Unos se quedan con los huelguistas, otros empiezan a montar tiendas y *tipis* con plásticos en la campa de Comisiones Obreras (CCOO), otros redactan los comunicados desde la casa de un amigo del pueblo. El movimiento es frenético. Hay muchas cosas que hacer y ningún tiempo que perder. El ánimo sigue vivo pero preocupado. La huelga de hambre la siguen quince personas, pero en realidad allí pasa hambre todo el mundo.

Como no se para de un lado a otro y dada la situación, parece que la comida es lo de menos.

Ibán y yo nos descolgamos un momento para caer sobre dos estupendísimos bocatas rurales de los que empezamos a dar cuenta al calor del fuegucillo en la campa. Estaba anocheciendo. Un tipo sentado a mi lado me mira y me dice con voz exageradamente anhelante: "un bocata". "Ah, sí, ¿quieres?", contesto educadamente. "No tío, no puedo", me dice. Pienso un instante... "Oye, no serás de los de la huelga de hambre...". Sí lo era. El siguiente mordisco se me metió en el cuerpo con culpa. La escena se mudó cómica, porque un perrillo se clavó también ante nosotros con mirada de huelga de hambre. Me apoyó la patita en el muslo. El huelguista se puso a cuatro patas, imitando al perro, porque efectivamente sentía lo mismo, y la risa se contagió entre el grupo.

Por la noche, asamblea sobre diferentes puntos: manifestaciones, movimientos del exterior, negociaciones con el Ayuntamiento, posturas a mantener, la huelga de hambre (trago saliva), y de repente, una foto que no pasa desapercibida. The Ibán recogiendo el momento asambleario. "Oye perdona, ¿tú por qué has sacado una foto?, ¿De dónde eres?". Al final, explicamos nuestra intención, pero la desconfianza es patente. Se admite que permanezcamos allí pero con nuestra promesa de no sacar esa foto.

El problema que ven es que uno de ellos sale con la cara tapada y eso puede ser tergiversado. El grupo en torno al fuego es multicolor. Ha venido gente de Francia, de Dinamarca, de Alemania, aparte de los otros muchos españoles. Pregunto la procedencia a uno y me dice con acento francés: "Ahora soy español".

Tras la asamblea, la reunión se convierte en un improvisado recital de canción de autor. Primero toca uno que se hace llamar Borja Blues, luego una chica de voz aguda con una mezcla de estilos entre las Grecas y

Extremoduro. Al final de la velada, coge la guitarra un francés con aspecto de veterano de hogueras y enmudece a la parroquia con una voz cálida y susurrante de temas en castellano, en eusquera, en catalán, en portugués, en turco, en yidish, en inglés...

Al día siguiente, lunes ya, emprendemos la obligada visita a Sasé. Pedimos que nos acompañe alguien que conozca el pueblo y sobre todo, el camino, pero no hay suerte. Dicen que si les pilla “la madera” arriba les pueden “colocar el marrón” de todos. Temen ser una cabeza de turco, así que habrá que encontrar el pueblo por las indicaciones.

Llegamos hasta Fiscal, dejamos el coche y, a partir de ahí, una dura ascensión de dos horas hasta Sasé. Lluve densamente. La entrada en el pueblo vacío, entre la neblina y la lluvia, da una medida del desastre. Casas de piedra y tejados de pizarra negra con un vacío flagrante. Todas igual. Todas las puertas tapiadas, con una inscripción "Particular. Prohibido el paso". Una tras otra, prohibido el paso, prohibido el paso... Hay una ventana no muy lejana del suelo por donde accedo. En el piso de arriba escucho pasos, que al oírme se detienen. Son gente de Sasé que al principio se asusta de mí, pero luego me ayuda a desentrañar el pueblo.

Empiezo a recordar el detalle del desalojo que me habían contado por la mañana. La descripción de la actuación de los antidisturbios rurales especiales prefiero ponerla en boca del personal del puesto de guardia de la Casa cuartel de la Guardia Civil de Fiscal, a quien entrevisté. “Sí, ya sabes, como se hace en los campos de fútbol con los ultras”. Pues eso. Batalla campal en todo el término de Sasé.

Según me cuentan los que estaban presentes, que luego fueron detenidos o lograron escapar, la Guardia Civil entró en los huertos y arrasó con ellos. Dicen que les vieron jugar al fútbol con las remolachas. Hay fotos de cómo están los huertos. Las gallinas fueron soltadas al monte. Yo no vi ninguna por el pueblo. El caballo sí que estaba por allí. El interior de la mayoría de las casas quedó destrozado. El aula de la escuela de los niños quedó desvencijada. Las estanterías arrancadas, la mesa patas arriba, las carpetas, crayolas y juguetes de los niños por los suelos, muchos cristales rotos, dicen que a causa de las pelotas de goma.

“Aquí estudiaba mi hija”, me dice nuestro guía, con rabia. En el desván hay unas veinte calabazas colgadas. En el suelo quedan, rajadas, unas cuantas. Hay restos de verduras pisadas y, en mitad de la escalera, un mueble grande de madera, arrojado. Esto es lo que yo vi. Una casa arrasada. Los que allí estaban dicen que fueron los miembros antidisturbios de los Grupos Rurales Especiales (GRE). Estos niegan tal extremo.

La iglesia se encontraba cerrada por dentro con una viga. Los que allí estaban, aseguran que los GRES entraron en la torre. Y dado que en una iglesia propiedad del Obispado no puede entrar la policía sin autorización expresa, presuntamente se cometió un delito. La guardia civil niega tal extremo. En la diócesis de Jaca me colgaron el teléfono cuando llamé para contarles estos hechos, después de mantener un amago de conversación informativa. En la diócesis de Barbastro-Monzón mostraron primero desinterés por la noticia, y finalmente declinaron hacer cualquier tipo de declaración.

El problema humanitario que se produjo en Boltaña con la cincuentena de personas que se encontraba a la intemperie y sin comida, no fue atendida por la Cruz Roja. Cuando llamé a la Cruz Roja de Jaca confesaron que un problema así estaba dentro de sus competencias pero que no se habían enterado. La prensa y radio locales habían informado sobre el suceso.

La Diputación General de Aragón no tiene previsto realizar nada en Sasé tras el desalojo, tal y como me comentó el encargado de prensa de la misma DGA. Simplemente se ha expulsado a unos sujetos que no tenían derecho a permanecer en unas casas que no eran suyas.

No existe ninguna denuncia en toda la zona contra los repobladores de Sasé.

El martes 4 de noviembre de 1997 fueron puestos en libertad los dos presos, y desconvocada la huelga de hambre. Sin embargo, los antiguos moradores de Sasé siguieron en la calle, convocaron una manifestación en Zaragoza para el sábado siguiente, para reclamar la devolución de Sasé, la retirada de cargos que aún pesaba sobre muchos de ellos y la solución de su futuro.

La chispa que se encendió en Sasé iba a seguir dando mucho qué hablar.

Yo me marché a Madrid, indignado, con la cabeza llena de escombros, de huertas pisoteadas, de sofás arrojados con las costillas rotas, ¿por qué? El silencio de un pueblo desalojado es devastador. Se parece a la poda de castigo a un brote impensable de un árbol muerto, cuando ese brote está reviviendo a todo el árbol, cuarenta años después. El silencio de una escuela rota, sin niños por enseñar, el ruido del hormigón gris, sordo, en vez de las puertas lijadas con mimo; las pocas ropas por el suelo con los cuerpos ausentes, las ventanas disparadas. La violación, en suma, de una intimidad reconstruida.

Setenta días en un solar

. Después de la excarcelación de los detenidos, CCOO cedió una campa y ahí se instaló el campamento a la espera de soluciones. La espera, durante el crudo invierno altoaragonés refirió tintes de resistencia épicos: “En ese campamento estuvimos setenta y dos días, entre octubre y enero. Hubo diez días de inundaciones fuertes y varias nevadas. La mayor parte de la gente durante ese tiempo fue cayendo enferma, hubo bronquitis, enfermedades de la piel producidas por la humedad y el frío, más dos brotes psicóticos, que precisaron de tratamiento”, recuerda Alberto.

Sasé en Zaragoza. Diciembre de 1997

Más de mil personas venidas de toda España en la manifestación. Más de cien en la acampada que se realizó por todo el centro urbano. Los desalojados de Sasé encontraron la solidaridad de la comarca de Beceite (Teruel) y la de los pueblos colindantes implicados en la misma lucha contra la DGA. *De nuevo, la risa, la risa, la mezcla, y el cariño. El cariño*

que se manifiesta de improviso, a bocanadas gigantes, impúdicamente sincero.

Sasé desafía

(Texto original del publicado y editado por El Mundo, el 18 de enero 1998 con el triste título de: “Sasé, el paraíso okupa”):

Tras dos meses largos de resistencia en el antiguo vertedero, el grupo se da cuenta de que permanecer ahí le está aniquilando física y emocionalmente. Está perdiendo la batalla entre el frío, las bronquitis y el desánimo, y debe reaccionar. Entonces se plantean atraer hasta ese lejano punto de los Pirineos al mayor número de personas, subir en tropa hasta Sasé y derribar todos los muros que tapiaban puertas y ventanas. Posteriormente, firmar una autoinculpación por la acción realizada que, al ser masiva, desactiva judicialmente la culpa.

La respuesta es la deseada y llegan dos autobuses de Madrid, uno de Barcelona, otro de Andalucía, y el resto, en coches y furgonetas. El solar cedido por CCOO a la salida de Boltaña sirve de campamento base. Allí se montan varios tipis, un puesto de información, otro de cocina para las comidas comunales, unas letrinas, y las decenas de tiendas particulares de los que van llegando para apoyar.

La subida será el domingo al alba. La idea es sólo permanecer el tiempo justo en Sasé para tirar las tapias, recoger los escombros y hacer una pequeña fiesta y/o asamblea. También se aclara que hay gente de la prensa que trabaja como *freelance* para cubrir el evento.

La tarde noche del sábado se desarrolla en calma en previsión del madrugón que toca al día siguiente. Música y baile en torno a los diversos fuegos en el campamento. Se escuchan diferentes acentos, muchas toses entre los que llevan dos meses a la intemperie. En torno al brasero de la tienda-cocina, un grupo descansa, charla o ríe.

3:00 a.m. del domingo 4 de enero. Entre el sueño aparece el sonido de una gaita-despertador. El campamento se despereza rápidamente. Hace un frío de cortar, aún es de noche. Tras un desayuno ajetreado la gente se empieza a distribuir entre los veinticuatro coches, siete furgonetas y un autobús que nos llevarán hasta la base de la pista que llega a Sasé. Nos metemos en una furgoneta con otra mucha gente, y quince minutos más tarde, con la llegada del resto de vehículos, comienza la subida masiva.

Una impresionante hilera de cuatrocientas personas por el sendero zigzagueante dibuja un perfil insólito entre las montañas pirenaicas mientras amanece.

Los perrillos vienen con nosotros. Se les ve subir a su ritmo, más rápido que el nuestro. El caminito está cubierto de agua y lodo y, en los márgenes, se ven a cada rato algunos recuperando el resuello.

La subida es dura y cae algo de agua fina, de cuando en cuando se oyen como diálogos de gritos beréberes desde diferentes puntos de la montaña aportando a la marcha un tono rebelde y festivo. Hora y media después, a las 9:15 a.m. la cabeza de la fila, ya desmembrada, empieza a entrar en Sasé. Desde la llegada, dos escaladores inician la ascensión a la torre de la iglesia para desplegar una pancarta vertical de unos quince metros con la reseña “Sasé Vive” pintada en colores. El resto se concentra para escuchar qué puertas se van a tirar, cómo agrupar los escombros y para averiguar la dinámica del día.

Hay que bajar antes de las cuatro para evitar un peligroso descenso a oscuras. Se advierte a los que participen del derribo que se cubran los rostros pues hay varias cámaras filmando y fotografiando. Los propios organizadores prestan algunos pasamontañas negros que dan a los usuarios aspecto de terrorista. Se hace hincapié en no arrojar colillas al suelo.

Los primeros martillazos al hormigón son festejados con aplausos, vítores y más gritos beréberes. Pronto, los latidos de los martillos y picos empiezan a resonar por todo el pueblo. Hay en el ambiente una mezcla de rabia y euforia, de alegría y serenidad. Derribar un muro es un acto real y un acto simbólico.

Y van cayendo todos aquellos señalados con la cruz verde. Unas andaluzas entusiasmadas cantan “A desalambrar” en una versión más

rápida que la de Víctor Jara mientras uno, que atiza de lo lindo, acompasa su martilleo al ritmo de la canción provocando algunas risas.

Con estiletes improvisados, otras mazas y muchas ganas, se termina de echar abajo hasta el último cascote de hormigón y, justo después, se forman espontáneamente largas filas de personas que van trasladando los escombros en cadena hasta un creciente montón en la plaza del tobogán. Queda así el pueblo enervado de cadenas humanas en donde surge el humor, rulan algunos canutos, o se canta.

Después de la euforia, viene la calma, el hambre, y el recuerdo del cansancio y el frío. La música de una gaita y el ritmo de otro tambor comienzan a oírse de manera esporádica. Aparte de la comida comunal que se prepara, mucha gente trae en su morral víveres propios, que comparte con el resto, y de este modo parece que los víveres se han multiplicado.

Participar en una larga cadena humana es un acto real y un acto simbólico. Una vez que todas las casas están abiertas me empiezo a asomar a las diferentes realidades cotidianas pretéritas. Esta casa se arregló especialmente para la primera niña que iba a nacer en Sasé. El interior está hecho con tacto, aún después del abandono obligado guarda un resto de calidez. La niña nació dos días después del desalojo y la llamaron lluvia por el clima de entonces. Uno se estaba construyendo su casa en lo alto del campanario al que vio cara de payaso. Él es clown. Itet decía: “Mira, ves ese abrigo en lo alto del árbol, es mío. Lo dejé ahí cuando me subí huyendo de la Guardia Civil durante el desalojo. Me dispararon pelotas de goma desde abajo, pero no me cogieron. Esa chupa es una bandera”. Otro que le dicen *El Murias* (uno de los dos que padeció un brote psicótico, ya recuperado) quiso posar para nosotros en el tobogán de la plaza junto con su pareja y madre de su hijo, que también vivió en Sasé. Maldicen la lógica que les ha echado de sus hogares; de que su hijo no pueda seguir en la escuela que ellos habían querido para él; de tener que comer comida de la ciudad y no la de sus huertas; de no poder vivir y trabajar en ese espacio que llevaba abandonado treinta años.

La bajada es lenta. Entre diálogos ocasionales de gritos beréberes, portamos algunos trozos de hormigón al objeto de ir desescombrando el pueblo y como recuerdo.

De vuelta al campamento en Boltaña, la gente va recogiendo sus cosas para irse de nuevo a su lugar de procedencia: Durango, Zarauz, Vitoria, Bilbao, Tarragona, Málaga, Granada, Sevilla, Jaén, Márchena, Zaragoza, Lugo, Santiago, Madrid, etc... El futuro, según ellos, sigue poco claro.

A partir de entonces, algunos desalojados deciden quedarse en el pueblo, el resto, principalmente madres con niños y los más enfermos permanecerán en el campamento de Boltaña.

Reokupación de Sasé

“Ahí comenzó la reokupación del pueblo” —me cuenta Alberto—. “A los tres días de tirar los muros y decidir permanecer, la DGA nos dio un *ultimátum* a través de la prensa para abandonar el pueblo o procederían a desalojar como la primera vez, lo que suponía una amenaza clara de utilizar la violencia.

Decidimos resistir y fue duro y difícil. Estábamos en alerta y vigilancia continua. Lo llamamos “la mili hippy”. Vigilábamos todos los puntos de acceso con prismáticos a todas las horas del día y la noche, por turnos. A los tres días, como dijeron, subieron alrededor de cuarenta guardias civiles, pero les vimos y nos escondimos en el monte. Desde allí vimos cómo registraban el pueblo y causaban algunos daños y tiraban algo de comida que encontraron en las casas. No detuvieron a nadie, no nos vieron. Entonces se retiraron. A la semana de ese intento fallido la DGA nos ofrece el pueblo de Solanilla. Por entonces el tema de Sasé comienza a trascender en el ámbito estatal por medios de comunicación: tu reportaje nos ayudó mucho, y a la DGA no le interesa que se siga hablando del tema y que en Aragón haya una gente que resiste en el monte, que cuando llega la policía se esconden”. Continúa Alberto: “Vistas las fuerzas que quedaban, el estado general de la gente, el cansancio, la debilidad, que se echaba el resto del invierno encima y había que sembrar las huertas en algún lado, pactamos con la DGA la cesión de Solanilla. La DGA ofrecía trasladarse inmediatamente a Solanilla y una vez allí iniciar los trámites legales para la cesión. El pacto fue oral pero público, salió en todos los medios de

comunicación de la zona que se había llegado a un acuerdo. La mayor parte del colectivo se trasladó al pueblo de Solanilla, pero otra se quedó en Sasé, por dos razones: una porque había gente que no aceptaba Solanilla y otra porque en Solanilla sólo hay una casa en pie y no cabíamos todos.”

“La sorpresa fue que a los poco días de haber ocupado Solanilla, llamamos a la DGA para ver cómo iban a ser los trámites para la cesión. Entonces Pablo Munilla, director general del Departamento de Medio Ambiente, nos dijo que éramos unos delincuentes, que habíamos ocupado ilegalmente el pueblo, que teníamos que haber esperado, que no podíamos estar en Solanilla ni en Sasé. Nos dimos cuenta de que no había sido más que una maniobra como la anterior. Una vez fuera de Sasé todos los compromisos se desvanecían. El señor Fuencillas fue personalmente quien nos dijo que no había ningún problema en que nos instaláramos en Solanilla y que arregláramos los papeles después. Parecía que tenía autorización política para resolver el asunto; sin embargo el Munilla, que es jerárquicamente su responsable, desmintió todos los compromisos. Empezamos a oler la trampa; aun así, cumplimos todos los plazos: esperamos a que saliera el concurso que salió en el boletín oficial de Aragón el concurso público. Nos presentamos a ella, presentamos toda la documentación en los plazos adecuados y al mes de aportar dicha documentación, empieza a aparecer en la prensa en el ámbito estatal y regional artículos que difunden una versión de la DGA por la cual no queremos vivir en la Solanilla. “La DGA no encuentra okupas para rehabilitar un pueblo”, decía el titular del periódico. Se decía que los okupas no aceptaban Solanilla, que no se habían cumplido los plazos. Sin embargo, están todos los papeles sellados en su fecha y entregados a tiempo a quien había que entregar. La propia DGA reconoció cuando les llamamos que eran noticias absurdas, que no sabían de qué fuentes habían salido, pero lo cierto es que consiguen su efecto: hacen creer a la gente que Colores es un colectivo poco serio y que no ha presentado bien los trámites. En esas noticias se oculta que ya estamos viviendo en Solanilla. Nosotros entramos en Solanilla en febrero del 98 y nos encontramos un pueblo casi en ruinas; empezamos a currarnos la única casa que había en pie, los huertos y los

canales de riego. Esperamos que para la entrada del invierno ya esté arreglada la otra”.

(Cierto, se terminó).

Desinformación de El País sobre el desalojo en Sasé

(Carta al diario El País que no fue publicada. 20 de abril 1998)

El viernes 10 de abril de 1998 aparecía una noticia en el diario *El País* cuyo título era “El gobierno aragonés no encuentra okupas para rehabilitar un pueblo”, y probablemente la cosa se quedaría en graciosa anécdota si no fuese porque, al día de hoy, unas cincuenta personas llevan más de cinco meses en la calle porque el gobierno aragonés les desalojó de Sasé, el pueblo abandonado que habían okupado. El desarrollo de la noticia expone una serie de imprecisiones extrañas tanto en la forma como en el fondo de la información manejada. Y es tanto más extraño porque este diario ya publicó un reportaje sobre el desalojo en Sasé con la información suministrada por quien suscribe.

Los desalojados de Sasé organizaron una manifestación en Zaragoza, una marcha a pie hasta Sasé y otra hasta Madrid para dar a conocer su situación, pero la DGA no cedió y se mantuvo en la postura de no devolverles el pueblo.

La noticia aparecida en *El País* el pasado viernes 10 de abril dice del colectivo “Colores”: “(...) cuando ocuparon Sasé se les ofreció instalarse con el colectivo “Artiborain”, que lleva tiempo recuperando núcleos; ubicarse con los escasos habitantes de pueblos casi vacíos como Arrés; o instalarse en el abandonado de Rosico. El colectivo rechazó las tres opciones. Exigía más de mil metros de terreno, no querían instalación eléctrica y exigían agua cerca”.

La tozuda realidad es que la DGA nunca realizó estas ofertas de manera oficial, y sobre las condiciones de esas tres opciones: Arrés, Rosico y Artiborain ya se sabe que eran inviables. Pero sobre todo, ¿qué razón existe para buscar un sitio alternativo a Sasé si este pueblo ya reunía esa altitud, el agua suficiente, la ausencia de tendidos eléctricos y llevaba

despoblado más de treinta años allá en la cima de una montaña a dos horas a pie del pueblo más cercano?

Aragón es una de las comunidades españolas con mayor índice de despoblamiento. Parece extraña la actitud de la DGA ante unas personas que estaban repoblando y reconstruyendo el pueblo. Sus razones tendrán. Quién sabe.

Pero más extraño resulta aún esta noticia publicada en *El País*, pues este diario publicó un reportaje sobre Sasé el 16 de noviembre de 1997 a partir de la misma información que ahora expongo.

Dado lo sucedido y dada la información que posee *El País* sobre ello, es desconcertante que este diario avale afirmaciones tan peregrinas y despectivas como que los miembros de “Colores” eran “saltimbanquis y okupas”, que no aclare en qué consistían concretamente las ofertas de la DGA a “Colores”; que tiña sutilmente al colectivo de un barniz inquietante cuando dice: “Nadie supo exactamente cuántos eran, con buen clima llegaron al centenar”. Entre ellos había niños y mujeres embarazadas, eran cuarenta y tres, y con buen clima, pues llegaron amigos y, como cualquier pueblo turístico, en verano duplicaba su población.

No es cierto, tampoco, que el gobierno aragonés haya cedido La Solanilla, pues el concurso no ha sido aún fallado; de hecho, la prensa local estima que finalmente la DGA no concederá dicho pueblo al colectivo Colores. Es imposible, por tanto que el ejecutivo aragonés esté buscando a nadie para comunicarle algo que aún no ha sido decidido. Y si realmente está buscando a algún responsable de “Colores”, no tendría mas que acercarse a La Solanilla pues desde hace ya dos meses, parte del colectivo está viviendo allí por autorización oral de la misma DGA.

Por último, decir que las condiciones del concurso para la concesión del pueblo La Solanilla parecen hechas más para impedir la vida allí que para facilitarla, dado que no se permite la utilización de pastos, ni la recogida de setas (?), no se permite la instalación de tiendas ni antes ni durante ni después de la reconstrucción del pueblo (sólo hay una casa en pie, el resto son ruinas), y sólo ceden dos hectáreas de terreno para su uso y disfrute; el pueblo está invadido de árboles, lo que supone un riesgo para la prevención de incendios; sin embargo, tampoco dejan cortar ni uno

cuando en la zona existe una actividad de tala para la posterior producción de papel.

Una parte del colectivo, unos veinte, sigue en La Solanilla refugiados en la única casa que posee techo a la espera de la adjudicación del concurso, otros están en Sasé de manera clandestina y, mientras, se está empezando a trabajar la tierra para los huertos.

Después de todo lo relatado no se comprende el titular de la noticia: “El gobierno aragonés no encuentra okupas para rehabilitar un pueblo”. Seriedad, señores.

Sasé como símbolo

Desde que conocí la noticia en aquella lúgubre y amplia sala de “El Laboratorio II”, hasta el día de hoy, dieciocho años después, llevo dentro la historia de este grupo de personas. Todo su empeño, su coraje y su fuerza han permitido que, al día de hoy, el pueblo siga okupado. El concurso por Solanilla fue declarado desierto aun cuando sólo se presentó la asociación cultural “Colores”, pero ellos siguen allí. También en Sasé. Finalmente la DGA ha asumido que no les puede echar. Desde hace ya quince años Sasé vive libre de hostigamientos, amenazas y mentiras de la Diputación de Aragón. El número de gente que lo habita ronda, de nuevo, la cuarentena de personas. Las sobrias casas de Sasé cada vez son más fuertes, igual que sus pobladores. Esta historia es una referencia inequívoca del alma inexpugnable de quien lucha por un lugar en el mundo, contra el sin sentido y la verdadera mala uva del aparato burocrático del Estado, que no es ciego, ni mucho menos, pues la DGA tiene nombres, rostros que han aplicado y avalado las denuncias contra este colectivo, contra un pueblo deshabitado, contra el medio ambiente, contra el derecho a la vivienda, el derecho al trabajo, el derecho a ser como se quiera cuando no se está molestando a nadie.

El Estado, que nació para la defensa del individuo, para atender sus intereses, ha sido un dóberman bien adiestrado de esos poderes fácticos pirenaicos, de ese poder caciquil, el que controla los estupendos

negocios turísticos de la zona, la política, los suministros, el empleo, los medios de comunicación locales y el que también favoreció la marcha forzosa de los pobladores autóctonos cuarenta años atrás. Es muy simbólico que se haya intentado destruir una incipiente vida comunitaria de un pueblo deshabitado, perdido en los pirineos, cuando estos repobladores vienen a paliar la desoladora estadística de La Solana como la región más deshabitada de Europa, cuando es más que obvio que la labor de los nuevos habitantes redundará en beneficio del pueblo y del entorno. Sasé se estaba cayendo a pedazos tras cuatro décadas de abandono forzado, al igual que los otros catorce pueblos del valle de la Solana de Burgasé, cuando llegó “Colores” a apuntalar sus esquinas, sus dinteles, sus chimeneas redondeadas, documento etnográfico único por su rareza entre la estirpe de las chimeneas rurales alto aragonesas; cuando recuperó para la tierra los manantiales, desbrozados a arañazos; al fertilizar de nuevo los campos con la presencia de animales, de huertos y acequias.

Los muertos de Sasé debían de removerse de alegría bajo la tierra.

Los desalojados se movieron mucho y muy bien, en distintos frentes y acciones. El colectivo “Colores” pasó a ser una verdadera referencia del movimiento de okupación rural en España. La DGA había provocado con el desalojo justo lo contrario de lo que pretendía: fortalecer al grupo. Ahí aceptó negociar con “Colores”, salió en toda la prensa local el acuerdo de cesión del pueblo de Solanilla, enfocado más bien como un éxito del ejecutivo aragonés por su talante tolerante pero, a la postre, conllevó una futura paz, si no ex lege sí de facto con los desalojados, que pasaron de perder un pueblo a ganar dos. Ambos se encuentran separados por un día y medio de marcha espectacular entre montañas.

Viajar a pie de Sasé a Solanilla tiene el carácter épico de antaño. Hay que hacer noche a medio camino. Se llevan brevísimas provisiones, un saco y, tira millas. Primero se baja desde Sasé hasta el valle donde está Fiscal, se cruza el río Ara y se emprende el estupendo ascenso al monte Cancias, que ocupa todo el día. Esa montaña es un puerto de primera que no termina nunca. Hicimos noche bastante antes de llegar a la cima,

momento en el cual mis huesos eran un baile de ancianos de retirada, y todavía quedaba un día largo para llegar. Comimos unas remolachas y unos cereales raros y nos dispusimos a dormir. Yo me acurruqué en una hendidura, como una alimaña herida, y al cabo de unas pocas horas de intento nulo de sueño reemprendimos la subida con las primeras luces. A los veinte minutos de ascensión claramente no podía más, y mucho menos al paso allegro que Juanra y Alberto marcaban por delante. Esta gente está muy sana. Comen muy bien, están en una forma estupenda y dotados de una mentalidad espartana sin fisuras. No había manera humana de seguir el paso, aunque me había propuesto hacer el trayecto a su manera.

Sufrí los males propios del gordito del grupo. Descansas menos en las pausas porque llegas el último, el sudor no te deja ver bien la cascada acojonante que tienes a tres metros, etc. Pero, no obstante, manejas otras bendiciones. A las cuatro horas, nos cruzamos con unas vacas justo en la cima del Cancias, que aparecieron como fantasmas o deidades entre una niebla espesa y el color inquietante de la mañana. Mis piernas maniobraban por sí solas, mi mente hiperoxigenada de altura y de agotamiento flotaba en un dulce estado narcótico, similar tal vez al del que va a morir por congelación. La cumbre para el rezagado tiene mucho más mérito y se saborea más.

Descendimos en travesía una larga ladera y abordamos un par de colinas más hasta que nos paramos a comer junto a un pueblito en ruinas abandonado. Dos chapatis frotados con ajo y atún y una manzana era el menú. Yo estaba como para comerme una vaca. Las últimas cuatro horas se hicieron eternas, y al anochecer entrábamos en Solanilla, ellos como si tal cosa y yo, con la heroica sonrisa del gordo y, en mente, la imagen celestial de una cama.

El desalojo de un pueblo entero, con sus niños y sus trabajadores es, a escala, el desalojo de una sociedad entera. Dado que Sasé está incomunicado en la montaña y no se pretendía hacer nada allí (como en otras okupaciones urbanas, cuyos propietarios pugnan por ello), el daño gratuito resulta más cruel y más estúpido. ¿Por qué iban a querer echarles? Entonces no lo entendí, ni lo entendió nadie. Se hablaba del proyecto de un corredor verde entre los parques nacionales de Guara y Ordesa, en el que los okupas no estaban incluidos; se habló de la presión

de los ganaderos y los caciques del lugar. Quince años y treinta reportajes después, estoy seguro que Sasé fue desalojado por su valor simbólico. Por representar la supervivencia de la cultura rural a la que ya creían muerta y enterrada, despreciada por antigua y por paleta. La nueva vida en Sasé es para esta cultura rural lo que un retoño para un árbol talado y quemado y, para sus detractores, la maldita prueba de que estaban equivocados: claro que es posible y deseable vivir en el monte, y mucho más ahora con las comodidades de vida y comunicación que presta la tecnología.

Los okupas, sin energía eléctrica, sin agua corriente, sin medios y sin dinero no sólo están desnudando la flagrante estupidez de que allí no se podía ni se quería vivir. De hecho, subsisten en peores condiciones que en los años sesenta. También reniegan de la cultura sustituta, la urbana y sus valores, desde dentro. Partieron de ella pero optaron por volver a la cultura de la tierra, la renegada, la mal vista. El trayecto de los okupas rurales, de la ciudad al campo, deshace el camino que tantas mentiras y fraudes costó, en los años sesenta, a los auspiciantes del Cambio Cultural: “¡La vieja cultura murió! ¡Aférrense todos a la Nueva, o morirán de ignorantes!”.

El desalojo de Sasé fue una necesidad cultural. La versión oficial del abandono rural altoaragonés (se marcharon por no saber vivir en la tierra) se pudre si treinta años después hay nuevos pobladores. En Sasé no eran ellos mismos y su vidita perdida en la montaña el problema. Era lo que todo ello significaba, significa. De ninguna manera podrían salvarse del acoso y derribo que sucede en la zona desde hace cuarenta años. Se trata de otro episodio dentro del mismo ataque a la cultura rural. Es la misma guerra. Ahora contra el rebrote imprevisto que se manifiesta en Sasé.

Pero Sasé sigue. No han podido con él. Al empeño institucional de “que os marchéis por mis cojones”, le siguió, para su sorpresa, el “nos quedamos por los nuestros”. Sé que en los mentideros suboficiales de la DGA dan la batalla por perdida. No importa las veces que les quieran echar. Siempre retoñan. Todavía están. Sasé vive, cabrones.

Cuando les conocí, en noviembre del 97, unos días después del primer desalojo, en aquella placita gélida de Boltaña, alrededor de una fogata, malviviendo unas sonrisas y algo de esperanza, aún no sabía todo lo que estos héroes desarrapados estaban removiendo en mi cabeza. Cubrimos parte de su periplo contra la DGA compartiendo algunas de las durísimas circunstancias que soportaron, y nos hicimos de su causa. Cada una de sus victorias parciales las he celebrado como propias. También dentro de la pugna que mantengo entre lo posible y lo utópico, su gesta forma parte ya de mi territorio mítico.

Hay algo innumerable, de una potencia inaudita, en el acto de luchar por una causa noble. Las fuerzas se multiplican, surge lo mejor de cada uno. Les he visto tan fuertes.... No podía concebir de donde sacaban tal coraje, tanta fe, con las pocas perspectivas que asomaban.

El día que subieron a Sasé trescientas personas, venidas de todo el país, para quitar de las puertas y ventanas el hormigón institucional, marcó el principio del triunfo. Tumbiar a martillazos los muros y las tapias fue un acto puro de protección al patrimonio histórico. Los mismos que pusieron el hormigón lo prohíben taxativamente para cualquier reconstrucción rural.

En la mesa de mi escritorio, como seña atávica, se sitúa un fragmento de aquel muro de hormigón derribado. Para no olvidar la hazaña libertaria de un puñado de almas, invadidos de euforia y optimismo como jamás he visto.

DOMEÑO

En muchos reportajes, como en este, uno no halla finalmente la causa que motivó la investigación, el hecho. Descubre el ocultamiento, los intereses, efectos secundarios, pero no siempre la madre del cordero.

Aquí vi la terrible negligencia en la protección, no solo de un conjunto de monumentos y caseríos tradicionales, sino —sobre todo— de un conjunto de personas involucradas espiritual y ancestralmente en un lugar, y arrancadas de él, en otro ejemplo del exilio cultural, más que éxodo, sucedido en este país.

En la comarca de Camp del Turia, a sesenta kilómetros de Valencia, ya no existe el pueblo de Domeño Viejo.

Durante el mes de marzo de 2002, la Confederación Hidrográfica del Júcar (CHJ), en representación del Estado, demolió y redujo a escombros las trescientas casas y construcciones, incluyendo la iglesia románica de Santa Catalina.

El relato de lo que sigue intenta explicar el extraño y desgraciado final de un pueblo con más de 2500 años de historia y más de 1000 habitantes en 1954 cuando se decretó su expropiación forzosa.

Domeño (*dominium*) fue el nombre con el que los romanos llamaron a este estratégico pueblo, situado sobre la pendiente de un cerro desde el que se domina una amplia zona de la fértil vega del Turia y, coronando el cerro, el castillo.

Debido a la excelente calidad de sus aguas, los romanos construyeron en el término unos baños termales en donde hoy, continuando la costumbre, se encuentra el balneario de Verche. Existen vestigios de la civilización íbera en el malogrado pueblo. Por aquí pasaron, también, nueve siglos de cultura árabe (siete musulmanes y dos mozárabes) y, tras la conquista cristiana, Domeño quedó integrado en el Señorío de Chelva, siendo los duques de Villahermosa sus últimos propietarios.

Durante los siglos XVII y XVIII siguió siendo un pueblo de gran importancia en la serranía dando servicio médico y administrativo a los núcleos limítrofes. A mediados del siglo XX, sin embargo, las cosas empiezan a torcerse. España comienza a acondicionarse para la verdadera llegada de la Revolución Industrial.

El 3 de octubre de 1954, Domeño recibe la sentencia de muerte. Por decreto, se declara la urgencia de las obras para la construcción de la presa del pantano de Loriguilla, y se decreta la expropiación forzosa de todas las viviendas a las 250 familias residentes: el agua habría de cubrir — explicaron entonces—, no el núcleo urbano, sino parte de los terrenos de cultivo (147 de las 6000 hectáreas municipales), base económica de una población contraria al desalojo de sus viviendas porque —entre otras cosas— el Estado aún no había construido el nuevo Domeño (según determina la ley de 16/1954 de expropiación forzosa).

Nueve años de incertidumbre después, en 1963, el Instituto Nacional de Colonización insta al traslado inmediato del pueblo. Al año siguiente, el Consejo de Ministros acuerda el traslado, aunque no ofrece un sólo lugar para alojar juntos a sus habitantes, sino dos: unos barracones en Marines Nuevo, o unos barracones en La Masía del Carril (Liria).

Sin embargo, no es hasta 1978 cuando se conceden los créditos para la compra de fincas en la Masía del Carril, y debido a la incertidumbre 45 familias optan por Marines. Otros muchos habían empezado a emigrar antes a poblaciones cercanas cuando se aprobó la expropiación y otra parte, finalmente, se va a La Masía. El resto resiste en el sentenciado Domeño hasta 1981, momento en el que vivían 97 vecinos.

En 1983, se cambia el nombre de la Masía del Carril por la de Domeño del Rey y hoy se le conoce como Domeño Nuevo. En el mapa, incluso, se le nombra como Domeño, a secas.

Uno de esos vecinos, que prefiere mantenerse en el anonimato, recuerda con desgarro: “Si el Estado inunda mis huertas por el bien de España, que me dé España otro trabajo por mi bien; pero además, ¿me proponen irme debajo de un tejado de uralita? Claro que aguanté, lo que pude. Nunca debimos irnos”.

La propia alcaldesa de Domeño hace cuarenta años, María Teresa Huerta, en una entrevista para la prensa local (por ser la primera mujer en Valencia al frente de una alcaldía) declaraba: “No es necesario el traslado de la población. Si la huerta va a ser anegada, nosotros podríamos vivir sólo con que nos hicieran un par de fábricas de cemento. Tenemos una gran riqueza en yeso, caolín, arcilla y cemento. Además, con el pantano al lado, la montaña, el valle... podría ser un centro turístico extraordinario”.

Palabras que no tuvieron eco, pero que revelan una lógica coherente. Si ya en 1971 el Estado podría haber buscado una solución laboral fuera de la huerta, hoy en día —cuando se ha demolido el pueblo—, en plena civilización del ocio y las tecnologías, las posibilidades se multiplican. No se entiende la necesidad de despojar a la población de sus casas y destruirlas si el agua nunca iba a llegar hasta ellas.

Veinticinco años después de que se declarase la urgencia de las obras se termina el embalse, en 1983, y del millar de personas que habitaban Domeño ya sólo queda una: el pastor Francisco Blasco, único y permanente testigo, cuya casa no fue expropiada por encontrarse fuera del núcleo, en el monte de enfrente. Este paisano, junto con otros ex habitantes, como el alcalde del nuevo Domeño Vicente Madrid, se movilizaron para rescatar el pueblo viejo y solicitaron que se declarase Conjunto Histórico Artístico, pero tanto las autoridades para la Protección del Patrimonio de la Consellería de Medio Ambiente de la Generalidad valenciana como las del Ministerio de Medio Ambiente denegaron tal declaración por no merecer su interés.

Aparte del castillo árabe que aún conserva su recinto amurallado, los basamentos de su torre principal y algunos elementos auxiliares, y que está

declarado Bien de Interés Cultural, existía en Domeño una iglesia románica de más de diecisiete metros de altura, coronada con una gran bóveda azul, del siglo XV.

El pueblo se quedó hueco y la iglesia románica de Santa Catalina no tardó en padecer un acusado expolio. Una ex vecina, hoy residente en Marines, con más resignación que rabia narra: “Un día apareció una amiga diciéndome que se había llevado el confesionario de la iglesia. Yo me callé porque, si no era ella, iba a ser cualquier otro el que lo sustrajese, pero sentí muchísima pena”.

No acabaría ahí el expolio al pueblo. Una vez despojado de sus bienes rústicos, diferentes cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, autorizados por la CHJ, abrieron fuego real contra él durante repetidas maniobras militares, dejando el abigarrado núcleo asolado por los bombardeos.

La actuación del Arzobispado de Valencia, en representación de la Iglesia Española en este caso, también ha sido muy cuestionada. A pesar de que era público y notorio desde hacía casi cincuenta años que la iglesia de Santa Catalina de Domeño iba a ser derribada, la institución eclesiástica no hizo nada para evitarlo.

Jaime Sancho, presidente de la Comisión Diocesana de Patrimonio del Arzobispado de Valencia, que mueve más de seis millones de euros anuales para la conservación del patrimonio religioso, preguntado sobre la suerte que ha corrido la iglesia de Santa Catalina, intenta difícilmente navegar en dos aguas, justificando por una parte la demolición ya que el dinero obtenido por la expropiación ha servido para construir otras dos iglesias, y por otra, califica el derribo como “atentado contra el Patrimonio” y “falta de sensibilidad”.

Ni un céntimo de los 72 millones de euros que lleva invertido el Arzobispado en los últimos ocho años fue destinada a salvar esa joya románica.

La Confederación Hidrográfica del Júcar subastó bajo cuerda por la irrisoria cifra de 800.000 pesetas (4.800 euros) todo el material rústico que contenía el pueblo, presunto hecho delictivo pues eran bienes de dominio público cuya titularidad y capacidad de enajenación corresponde exclusivamente a Patrimonio del Estado. La CHJ niega, por supuesto, esta

subasta pero en la zona se sabe que fue así. Se sabe que el beneficiado fue un guarda forestal que hoy vive en Chulilla, a poca distancia de Domeño.

El pastor Francisco Blasco, amigo personal del guarda, detalla a este reportero que, entre otras cosas, “sacaron entre él y su cuadrilla doscientas mil tejas antiguas y se las llevaron a Francia en camiones”. Cada teja en el mercado cuesta medio euro, por lo que sólo este material valía dieciséis millones de pesetas (96.000 euros). Se dice, incluso, que este guarda forestal no vio un céntimo de la venta, pues la persona encargada de la operación en Francia desapareció con las tejas y el dinero.

Una pareja de Guardias Civiles de la zona, que retuvo en Ademuz a este reportero hasta identificarlo concienzudamente “por ser de fuera”, ratifica la retirada de las tejas y el resto del material rústico de Domeño. “Nosotros supervisamos cada obra, y el guarda forestal de Chulilla tenía todas las licencias pertinentes”. ¿Es posible que la CHJ siga diciendo que nunca se subastó nada?

Durante los meses de marzo y junio de 2002, la empresa de demoliciones Vicesa, contratada por la CHJ, derribó todas y cada una de las construcciones y viviendas de Domeño, incluida la iglesia de Santa Catalina. Tamaño despropósito histórico se multiplicó, además, cuando las excavadoras de Vicesa sacaron al descubierto al menos veinte enterramientos que se encontraban bajo la iglesia.

El *Diario de Levante* (31-3-01) recoge el hecho y denuncia: “El malestar entre los vecinos de Domeño por el trato denigrante que la CHJ ha dado a los restos humanos de sus antepasados se ha visto agudizado, además, por la pasividad de la Dirección General de Patrimonio de la Consellería de Medio Ambiente para intervenir en el problema”. Tuvieron que ser el propio alcalde, Vicente Madrid, algunos miembros de su equipo de gobierno, y el párroco del pueblo quienes, después de rezar un responso por los muertos, recogieran dos bolsas de huesos —cráneos, maxilares y fémures, principalmente— y las trasladaran al cementerio del pueblo nuevo.

“Es increíble, inaudito. Era lo que le faltaba a este pueblo”, se quejaba impotente un vecino. El alcalde explicó que la CHJ no ha reconocido la existencia de los huesos, “está haciendo lo que le viene en gana, para ahorrar dinero y para evitarse problemas, como con los escombros que los

está tirando en terrenos inundables del embalse, lo que puede generar problemas de arrastre ante un aumento de caudal”.

El edil decretó la paralización del desescombro por la presunta ilegalidad de los vertidos; no obstante, la empresa de demoliciones Vicesa, como señala el *Diario de Levante* (27-3-01), “además de desoír la orden de paralización, ha ocultado a la Consellería de Cultura los numerosos enterramientos que han aparecido (...). Lejos de notificar a Patrimonio el hallazgo de los restos óseos, los operarios de la empresa han dispersado los cráneos y esqueletos en un talud de tierra y escombros”.

Probablemente el hecho más insólito de esta ristra de desgracias, consecuencia de todas las demás, es la decisión de la CHJ, en representación del Estado, de tirar abajo todo un pueblo, una vez expropiado para la realización de un embalse que nunca iba a cubrir sus casas. ¿Por qué? Repasemos otra vez la historia.

En 1954 se contempla la demolición. Treinta años después, en 1985, se adjudica la obra y, otros diecisiete años más tarde, en el 2002, se lleva a cabo.

La población de Domeño se pudo haber reorientado laboralmente — como sugería aquella alcaldesa en 1971— hacia la industria y/o el turismo a pesar de ver anegado su medio de sustento, en vez de obligarla a abandonar su terruño. La CHJ no responde por qué se planificó demoler Domeño, por qué la tardanza —*¿sería cargo de conciencia?*—. Sólo repara en que el pueblo se ha derribado por razones de seguridad: “alguien podría meterse en esas casas y sufrir un accidente por el estado de ruina” y ser la Confederación quien tuviese que indemnizar, claro.

Si ese era el problema, “habría bastado con vallar o cerrar el núcleo”, como apunta el alcalde de Domeño nuevo, Vicente Madrid. En ese supuesto, la responsabilidad en caso de accidente sería, exclusivamente, de las personas que infringiesen la propiedad.

De nuevo, como en el caso de Cenarbe, en el valle de La Garcipollera (Jaca), se acaba con el problema de la protección al Patrimonio

derribando el propio patrimonio, no vaya a ser que se meta alguien y tengamos una desgracia. Allí eran las vacas y aquí, las personas. Vaya.

La ley de los procesos expropiatorios del Estado especifica que los antiguos propietarios tienen derecho a la reversión de sus bienes si estos, finalmente, no van a ser de utilidad pública. Los ex habitantes de Domeño, según esto, podrían reclamar una indemnización por la destrucción de sus bienes.

Durante la investigación, este reportero se encontró con la opacidad, la desinformación y el obstáculo reiterativo de la Confederación Hidrográfica del Júcar, a la hora de esclarecer los hechos.

En primer lugar, la CHJ tiene prohibido a cualquier de sus técnicos hablar directamente con periodistas. Toda la información ha de ser solicitada al gabinete de prensa y es ella misma quien realiza la investigación y luego entrega las conclusiones.

En el informe remitido para este reportaje, la CHJ oculta que la población de Domeño viejo fue separada y, parte, trasladada a barracones prefabricados en Marines diez años antes de que construyesen el nuevo pueblo; oculta el hallazgo de los cadáveres aparecidos durante la demolición, así como el hecho del vertido de los escombros en zona anegable.

Por último y más grave, es mentira, y no sólo falso, que el pueblo de Domeño esté en cota inundable de máxima crecida de las aguas, como ahora asegura la CHJ, en su informe a este reportero. El dato no es cierto porque la misma CHJ explicó, en su día, que el agua lo que cubriría serían sólo los terrenos de cultivo.

La alcaldesa de Domeño planteó la posibilidad de otra ocupación laboral en lugar de la huerta, para no tener que abandonar el lugar. Si el agua fuese a cubrir el pueblo entero, ¿qué sentido tendría estar buscando otro medio de sustento allí mismo?

El dato no es cierto porque Domeño estaba encaramado a un cerro en la cola del pantano y, a continuación, se extiende un amplio valle hasta

Ademuz, por lo que no existe cuenca natural suficiente para que pueda subir el agua.

Y, sobre todo, no es cierto porque a la CHJ se le olvidó prohibir al doctor ingeniero Don Francisco Perelló Morales (como hace con todos sus técnicos), representante de la Administración del Estado para el Pantano de Loriguilla en 1966, hablar con la prensa en el año 2002.

Localicé al primer ingeniero del pantano treinta y cinco años después con la fortuna de que, el hoy respetable anciano, en un alarde de memoria, recordase minuciosamente aquella obra.

“No, el agua nunca podría cubrir el pueblo, la máxima crecida de las aguas se ubicaba justamente al pie de las casas más bajas. El resto del caserío, en continua subida a lo largo del monte, siempre quedaría exento”.

La información remitida por la CHJ es falsa, porque es imposible que la institución estatal desconozca estos datos que obran en su poder.

Realmente, esta mentira es la única justificación que tiene la CHJ para explicar por qué ha arrasado un pueblo hasta borrarlo del mapa, una iglesia del siglo XV y trescientas casas tradicionales.

A los habitantes de Domeño y a su patrimonio histórico y simbólico, el Estado, ese ente creado para la protección del individuo, se les ha venido encima —nunca mejor dicho— como una apisonadora.

Del reportaje publicado en la revista *Capital* en febrero de 2002:

... constaté el sin sentido de este largo y agónico contencioso de una comunidad con los representantes del Estado, pero en realidad nunca supe por qué lo hicieron, por qué expropiaron y derribaron el pueblo sabiendo que no estaba en cota inundable, que la gente no se quería ir. Parece claro que querían sacar a la gente de allí, pero ¿por qué? No lo sé. Nadie con quien hablé lo sabe.

Tampoco se sabe por qué lo han demolido cuarenta años después, ahora que, encima, hay cien posibilidades de vivir en un pueblo, o habitarlo esporádicamente, sin necesidad de acudir a la mejor zona de huertas, que es lo único anegado y no siempre.

No se entiende tampoco la pasividad y el consentimiento del Arzobispado de Valencia, dejando derruir la iglesia de bóveda colosal, raro ejemplo del estilo de la zona. Luego gastaron el dinero por la compensación en reparar otra iglesia ruinosas. ¿No valdría más la pena obtener el dinero para la reparación de iglesias en otra cosa que no fuese la destrucción de iglesias?

La conversación telefónica que mantuve con el responsable de patrimonio eclesiástico fue inquietante. Se le notaba acostumbrado a hablar de grandes cantidades de dinero con una frivolidad más propia de un banquero o un político que de un hombre de Dios. Su discurso, por momentos, no era coherente. No es coherente denunciar como “atentado contra el patrimonio” la pérdida de un valioso monumento si fuiste el que decidió lo que iba a recuperarse o no. Él pudo haberme dicho que, finalmente, no fue competencia suya, que recayó en cualquier otro organismo, pero asumió la decisión: no luchar por esa iglesia.

Es difícil entender por qué Domeño cayó en tal desgracia. No tuvo mucho sentido su expropiación y ninguna lógica su demolición. No se ve un motivo económico, porque nadie se quedó con el pueblo ni aprovechó sus tierras. El material rústico sí fue un pellizco pero se parece más al aprovechamiento que los carroñeros hacen de un cadáver y, además, cuarenta años después de muerto. No parece un ajuste regional de población para fomentar el desarrollo de otra zona, porque no se canalizó de ninguna manera el potencial humano de Domeño, más al contrario, se les dividió y se les puso a vivir a cincuenta kilómetros debajo de techos de uralita en un pueblo, Marines Nuevo, recientemente construido.

Y después, ¿por qué dejar que el tiempo lo vaya convirtiendo en algo inservible mientras se archivan todos los proyectos destinados a su rehabilitación? ¿Cómo ha faltado voluntad durante tantos años para salvar un pueblo antiquísimo, con una iglesia monumental, con un pantano a sus pies y unas termas más allá, en un paraje espectacular? ¿Por qué nadie pudo cambiar su suerte? Habría bastado con que un nuevo director de la CHJ con ganas de marcar una distancia respecto de la gestión franquista hubiera declarado la reversión de los bienes de

Domeño (porque fue expropiada y finalmente no es de interés público); o un nuevo arzobispo en la zona que quedara encantado con el templo y moviera los hilos para salvarlo. Pero nadie quiso, o no pudo, hacer nada.

El agua nunca podría cubrir la iglesia ni el pueblo, pero lo arrasaron, removieron sus muertos, separaron a sus habitantes... ¿por qué tanto desprecio? Uno investiga, y halla, pero a cada luz le siguen siete sombras que merecerían una investigación aparte, de donde saldrían nuevas preguntas que, posiblemente, llevasen a la citada madre del cordero, al desencadenante que arrastró esa batería de leyes, hechos y tragedias.

Esta historia tan extraña de acoso y derribo a un pueblo sin motivación aparente se repite en otros entornos rurales de España, como en el Alto Aragón, Madrid o Galicia (recogidos en este libro) y se enmarca en los Planes de Estabilización y Desarrollo de la época que precisaban de la población del campo para poner en marcha la industria en la ciudad. Esta política trajo consigo el desprecio a la cultura rural para desvalorizarla en sí misma ante los ojos de quienes la poseen y de quienes se espera que adopten la Nueva Cultura de la Ciudad. A falta de motivos concretos, ésta es la única explicación genérica que ilustra la caída en desgracia de este pueblo valenciano.

In situ es muy fácil entender que el pantano nunca podría cubrir Domeño. La mayor parte del tiempo, de hecho, el agua sólo circula por su antiguo cauce, dejando así más patente la absurda soledad y la destrucción gratuita.

En lugar de todo el núcleo, hoy sólo se yergue un monolito de piedra pequeño, que asoma entre el romero, la retama y la pradera, como la única idea triunfante, como la punta del iceberg, de todas las tumbas de Domeño.

NAVALQUEJIGO. EL PUEBLO DURMIENTE OKUPADO

Navalquejigo, en la provincia de Madrid, a escasos kilómetros de El Escorial, es un pueblo de historia peculiarísima, de ilustre pasado, cuyas constantes vitales han permanecido aletargadas —por interés y por desinterés— durante el último siglo y medio, pasando a morar en él, después de todo ello, un puñado de idealistas con el presente continuo como tiempo de acción, que se encontraron unas casas abandonadas y empezaron a generar cosas a partir de ese techo.

Oscar y Sergio lo llamaban “el pueblo fantasma” cuando transitaban por él en bicicleta siendo niños, entre el miedo y la fascinación. Diez años después, en desconexión creciente con las posibilidades que ofrecía el Sistema, decidieron vivir con los fantasmas y con quien quisiera acompañarles.

“Hace dos años y medio” —cuenta Oscar— “yo pasé de todo, me fui de casa de mis padres y nos metimos en esta casa de aquí arriba. Pero duré poco, no me entendía con la gente” —y se ríe mientras recuerda—: “es que eran unos cerdos. Yo no soy un maniático de la limpieza pero me gusta cenar enfrente de la chimenea, aunque sea en el suelo, pero a gusto y limpio. Pero la peña que estaba pasaba de todo: había una fiesta, pues venga, a destrozar el marco de la puerta o la ventana; y limpiar ni de coña”.

Esa casa al final se quemó, o la prendió fuego uno de los toxicómanos medio loco que allí vivía, nunca se supo; luego pasaron por otra casa del pueblo que, desafortunadamente para ellos, comenzó a adolecer casi de los mismos problemas. “La historia” —explica Sergio— “es complicada porque todo es nuevo, las relaciones son más tolerantes y permisivas pero llega un momento en que tienes que plantarte por tu propia supervivencia. Lo que acaba por destruir muchas ocupaciones es el “punky-costreo” y los yonquis,

que no tienen ningún proyecto de vida más que el destrozar y el cagarse en todo”.

‘Punky-costra’: dicese, en terminología actual, de aquel individuo que confundiendo los principios del anarquismo, pero identificándose con él, se dedica al vandalismo gratuito y a la pasividad como normas de vida.

En el caso de los toxicómanos, la desesperación cotidiana por la dosis y la violencia resultante hacen cualquier ambiente compartido irrespirable.

No obstante, es bueno recordar que no siempre es así. Precisamente en Navalquejigo, vivió una pareja de heroinómanos durante siete años — unos de los primeros ocupantes— hasta que se rehabilitaron y se marcharon a las Baleares a continuar su vida.

Actualmente, Oscar y Sergio viven en otra casa —la tercera— con Almudena, quien después de probar suerte con su pareja y no poder pagar el alquiler, empezó a ayudar a sus dos amigos en la rehabilitación del inmueble, para más tarde compartir la casa con ellos. Las habitaciones están separadas por unas telas de colores, el suelo está enmoquetado, hay una estufa de leña y, sin estar todo en perfecto orden de revista, el ambiente es acogedor. Casi todas las cosas están recuperadas de la basura y del desuso de otras gentes, como las mismas viviendas.

La comida se obtiene del reciclaje de mercados y grandes superficies. Nunca falta de nada dado el ingente volumen de comida en buen estado que se tira todos los días a la basura, especialmente en los hipermercados. Hacia las once y media de la noche, estos establecimientos sacan a la calle, perfectamente envasados, los alimentos que van a caducar el día siguiente. Ellos los cogen antes de que se mezclen con la demás basura, congelan lo más perecedero y lo consumen cuando quieren. Carne de añejo de primera, quesos,

gambas, langostinos, fruta, verdura, yogures, leche, aceite. “Como todo tiene que caducar según este sistema, pues lo tiran, pero hay cosas que no caducan de un día para otro. Están tirando toneladas de comida todos los días y aquí al lado hay gente muriéndose de hambre, es increíble”, comenta Oscar, que bisbisea a causa de sus dos pendientes en el labio.

La luz se capta de un poste próximo y el agua del pilón público centenario. El terreno es fértil, apto para la huerta que están labrando, donde habrá lechugas, tomates, melones y pimientos.

Hay cinco casas okupadas, que organizan su funcionamiento independientemente de las demás, una nave donde se organizan conciertos y una iglesia pequeña que se está cayendo, a la que no han entrado “por respeto”.

Así pues, satisfechas las necesidades de comida, techo, agua y luz, los jóvenes ocupantes de Navalquejigo tienen el resto del tiempo para cambiar el mundo, al menos el suyo: ir reparando poco a poco las casas, ganar terreno a la maleza para ampliar la huerta; dar vida al futuro centro cultural de Navalquejigo en el que pretenden dar cabida a un bar (“que cerrará prontito, a eso de las diez, para que no se nos llene de borrachos”), talleres de fotografía, de energías renovables, de música, teatro, danza y todo lo que pueda surgir, si hay ánimo entre los participantes, pues no son ellos los que llevarán todos los talleres sino la gente que quiera aprovechar un espacio y unas infraestructuras —pequeñas— y desarrollar allí sus proyectos.

“También” —comenta Almudena— “tenemos intención de que participen vecinos y gente de paso; por aquí vienen ciclistas, turistas de fin de semana, gente a caballo del picadero, otros que preguntan qué es esto...”. La interrelación con los vecinos es aún escasa pese a que el pueblo está pegado a la urbanización “Los Arroyos”, y casi todo el mundo conoce a los `okupas`. Su opinión se sitúa entre la extrañeza y la indiferencia. La única molestia que destacan es la presencia hostil de los perros sueltos. No obstante, los okupas llegaron sin perros, los que ahora cuidan son los abandonados por los mismos vecinos que ladran a los vecinos al identificar una estética similar.

Por otro lado, sí hay vecinos que mantienen buenas relaciones con los habitantes de Navalquejigo. “En alguna ocasión, nos regalan comida, precisamente, para los perros, o algún sofá viejo que van a tirar”, apunta Mario que se marcha ahora a Barcelona para asistir a un encuentro entre okupación urbana y rural.

Manuel, un prejubilado habitual del único bar del centro comercial que surte a dichas urbanizaciones colindantes, con el rostro aniñado y envejecido, se disgusta cuando piensa en su vida con relación a la de los `okupas´: “¿Yo por qué he tenido que trabajar como un cabrón y estos no pagan ni alquiler, ni luz, ni agua, ni comida? ¿eso no es injusto? Si yo también he sido muy `jipi´ y me ha gustado la fiesta y ser libre”, y luego afirma con una solvencia aterradora: “Pero la libertad no existe”.

Se notaba que a este Manuel no le sentaba bien mi presencia. Según entré en aquel bar y le pregunté abiertamente su opinión sobre los okupas me dijo, para mi total incredulidad: “No tienes derecho a preguntarme eso en un local comercial”. Estuve a punto de decirle que si prefería se lo preguntaba fuera del local, pero temí que lo interpretase como un desafío. Eso de “vamos fuera” suena a prelude de una bronca.

Opté por indicarle que yo tenía tanto derecho a preguntarle, como él hacer caso omiso a mis palabras. Manuel recibió mal el impacto dulce de mis argumentos.

Acto seguido, una vez que la clientela dejó sus cosas para instalarse cómodamente en la escena del derecho o no del chaval de la melena a preguntar, tuve que dirigirme al presunto dueño del garito a ver qué opinaba de todo esto y él autorizó mis preguntas, a quien quisiera responder.

Una vez aclarados mis derechos, se creó un vacío en la escena de la que, recién, salía fortalecido, de modo que extraje mi grabadora de su funda adosada al cinturón, pero lo hice despacio porque al fin y al cabo es un arma y le di al “on”. Manuel recogió el guante. Enlazó perfectamente

el mismo tono de la discusión previa para contestar a la primera pregunta y para contrarrestar mi cómoda y armada presencia en el local. Fue haciendo más evidente y de manera más visceral su crítica hacia los okupas, a ver si yo abandonaba mi aséptica postura de reportero.

¿Qué tienen estos okupas que remueven tanto a Manuel? Quizá él no pueda aceptar que no fue necesario renunciar a su libertad, ni que existan otras vidas que funcionan sin haber tenido que desprenderse de sus tesoros como él hizo con los suyos. Y si fue necesario desprenderse de aquello por causa mayor, ¿por qué escupir en el sueño y el intento de los otros?

Quizá en la medida en que esas vidas no puedan existir, Manuel se sentirá más tranquilo.

Severino, dueño de ese mismo bar, disimula mal su desacuerdo con los `okupas`, pero prefiere decir: “Yo no tengo nada contra nadie. Todo el mundo me parece bien. Eso sí, yo trabajo catorce horas al día, ¿eh?”

A diferencia de otras okupaciones de pueblos, normalmente aislados o de difícil acceso —motivo éste de su abandono—, Navalquejigo está cómodamente instalado a orillas del pantano de Valmayor junto a la estación de tren de “Las Zorreras” y, como lo demuestra la presencia de las urbanizaciones vecinas, es un lugar perfectamente habitable.

Pero a este pueblo le abandonó la suerte ya en los primeros días de junio de 1596 cuando el rey Felipe II obligó emigrar a sus habitantes, por hallarse frente a sus Bosques Reales, y cerró la pequeña iglesia-fortaleza que data del siglo XVIII, construida en el mismo pueblo tras el paso de la Reconquista.

El duque del Infantado, de la casa de los Mendoza, a quien pertenecía el término de Navalquejigo, no se enfrentó al entonces más poderoso rey de la Tierra por un puñado de campesinos. Estos, por su parte, nunca abandonaron completamente el pueblo, y así, siglo y medio más tarde, en 1748, después de una lenta revitalización semi-clandestina, vieron recompensado su esfuerzo con el nombramiento de Navalquejigo como Villa, y la instalación de horca y picota, símbolos de administración autónoma de jurisdicción criminal.

A mediados del siglo siguiente, con la desamortización de Mendizabal, y tras una época de auge y actividad perenne, el pueblo pasó de ser parte del Real de Manzanares a agregarse al término de Galapagar, unión que habría de durar apenas cuarenta años, pues en 1896 el alcalde pedáneo Félix Ruiz acordó la agregación a El Escorial por entender que sería favorable a los intereses de Navalquejigo.

Mala idea, a casi todas luces. En ciento cinco años, hasta nuestros días, el pueblo no ha sido objeto de mejora alguna, sino más bien dejado de lado a la espera de su descomposición.

Excepto las casas de algunos guardeses, el resto de inmuebles se ha ido viniendo abajo, del antiguo ayuntamiento sólo queda la primera base de piedras, la iglesia se está desmoronando y la otrora temible picota no es más que un extraño monolito, hoy referente de nada.

Tras la guerra civil ya no consta ningún acto administrativo de este municipio, y veinte años después se marchó el último habitante, un tal Fermín, pasando a ser declarado todo el término terreno rústico, es decir, campo. A mediados de los sesenta, en cambio, esa zona —excepto Navalquejigo y su término, curiosamente— volvió a ser declarada apta para la construcción y así nacieron las cinco urbanizaciones que hoy lindan con el pueblo en ruinas: Montencinar, Las Suertes, Santa Teresa, San Ignacio y Los Arroyos.

En 1997 se decretó un PERI (Plan Especial de Reforma Interior) que tampoco incluyó todo lo que fue Navalquejigo, pero que planeaba la recalificación del pueblo para su urbanismo. Hasta la fecha no se ha movido una sola piedra, el Ayuntamiento aún baraja los dos proyectos que se le han presentado.

José Luis Martín, uno de los cuatro propietarios de lo que queda de Navalquejigo, ex concejal del PP en El Escorial durante la pasada legislatura, en la que organizó las únicas cuatro fiestas patronales de Navalquejigo, y presidente de la Asociación de Vecinos y Amigos del mismo pueblo, tiene una visión contundente sobre la suerte del que siente su pueblo: “El Escorial quiere acabar con Navalquejigo, como lo ha estado haciendo durante todo este siglo. Quiere borrarlo de la Historia para apropiarse para siempre de todo su término, y está dejando que se caiga la

iglesia y el resto de las casas, porque no nos dan licencia de obras para su mejora dada su condición de no urbanizable”.

Esta tesis vendría a explicar la extrañeza de que Navalquejigo no sea urbanizable estando literalmente pegado a un lugar urbano sin existir ninguna diferencia medioambiental entre ellos. Por otro lado, sí existe una sensibilidad segregacionista en las urbanizaciones que componen parte de Navalquejigo respecto de El Escorial.

Julio López Carvallo, probablemente máximo representante de esta sensibilidad secesionista, ex concejal también del Ayuntamiento de El Escorial por la Agrupación de Electores de Navalquejigo (agrupación que se ha transformado en el partido político ADN, Asociación por la Defensa de la Naturaleza), lo explica de la siguiente manera: “Queremos recuperar el pueblo que ya existió, contando con los vecinos actuales, segregarse de El Escorial y constituirse como término independiente. Hemos hecho nuestros cálculos y sabemos que sí que sería posible funcionar de manera autónoma, máxime cuando en El Escorial no se ocupan de nosotros, ni les importamos lo más mínimo excepto para cobrar los impuestos municipales, que es una buena tajada. Para cualquier trámite hay que desplazarse catorce kilómetros y hacer un montón de colas porque allí tú no eres primo de nadie, ni conoces a nadie, como pasa en todos los pueblos, y no estás integrado, y por lo tanto lo único que haces es el primo. Navalquejigo tiene además una idiosincrasia diferente. Aquí casi todos somos de fuera, vamos a trabajar a Madrid, y siempre seremos los de fuera, los que no estamos integrados porque no somos parte de ninguna familia así que nos independizamos, formamos nuestra propia familia y solucionamos nuestros problemas solos que ya somos mayorcitos”.

El concejal de urbanismo (PP) en el Ayuntamiento de El Escorial, Alfonso Bosch —que no aceptó la grabadora para la entrevista— dijo no temer una posible segregación de Navalquejigo, además de ser absolutamente inviable; reconoció que faltan algunos servicios municipales por cumplir en esa zona “como nos pasa en otros lados”, y que el desmoronamiento progresivo de la iglesia no se ha podido paliar debido a que es muy caro.

Sobre la no-urbanibilidad del pueblo y sí de lo inmediatamente próximo, el concejal arguyó una necesaria mesura y prudencia para que no

se urbanice a lo loco pero que, en cualquier caso, ya está estudiando los dos proyectos para hacerlo urbanizable en esta legislatura. La idea que más le gusta es la de recrear Navalquejigo tal como era, con el antiguo ayuntamiento y una plaza porticada, pero como recuerdo de lo que fue, sin dotarlo efectivamente de capacidad administrativa ni política. Un cascarón sin nuez. Existe un último problema, además, para que los propietarios de lo que queda de Navalquejigo puedan impulsar la revitalización del pueblo, y es que uno de ellos no se da a conocer. Nadie sabe quién es. En el Registro de la Propiedad no figura el nombre del último comprador, que es además el poseedor de la mayor parte del pueblo, incluyendo la iglesia y las casas que están okupadas.

Se dice que se trata de un comisario de la Policía Nacional, testaferro a su vez del propietario real en la sombra. Este extremo es compartido por diversas fuentes, entre ellas José Luis Martín, de la Asociación de Vecinos y Amigos de Navalquejigo, Julio López Carvallo, de ADN, y un policía local de El Escorial que prefirió no decir su nombre. Se estima que el propietario fantasma pagó unos 300.000 euros por el terreno cuando aún estaba declarado rústico, justo dos años antes de la aparición del PERI sobre la zona para convertirlo en urbanizable, y todo apunta a que saldrá a la luz — si no él, su intermediario— cuando se pueda construir y ese mismo suelo, según la tasación por metro cuadrado, haya multiplicado por diez su valor.

Este personaje habría de ser alguien que conociese las intenciones municipales (si no el impulsor) sobre la zona dos años antes, y con un nombre suficientemente público como para tener que ocultarlo y no aparecer implicado en lo que se vislumbra como un claro ejemplo de especulación del suelo.

José Luis Martín fue concejal de urbanismo durante esa época. A este reportero le dejó claro que “podría decir muchas cosas pero que no es el momento”. Quién sabe qué cosas y por qué guarda silencio.

Mientras tanto, los ocupantes de Navalquejigo, ajenos a la desdichada somnolencia histórica del pueblo, favorecidos por la no aparición del propietario fantasma —en tanto que nadie sino él podría echarles— reconstruyen para sí mismos las casas que habitan, alimentando ese presente continuo con grandes dosis de ilusión y optimismo. Además,

gozan de la buena opinión de Julio López Carvallo, quién estima que gracias a ellos el pueblo no está ya totalmente derruido; del respeto de José Luis Martín, para quién son el menor de los problemas; de la Policía local, si no es por las cuatro fiestas que han montado, una de ellas motivo de denuncia; y del concejal de urbanismo, que los considera “invitados” del dueño desconocido.

Así pues, esta pequeña comunidad que ahora está entretejiendo lazos con otros colectivos de la zona de similares inquietudes, continúa su andadura y organizando alguna que otra fiesta medieval con mercado de artesanía, conciertos y un aquelarre de disfraces alrededor de la picota en el que “en vez de quemar a las brujas, las invocamos”, dice Sergio sonriendo.

FOXO, VILAR, VILAU SÍN Y OTROS NUEVE

Llegamos al valle del pantano de Salime, Orense, entre la bruma cerrada y el frío, por la pista que, ahora sí, cruza el pantano y deja en evidencia el único argumento de la despoblación semi-forzada de los trece núcleos rurales que quedaban al otro lado del pantano.

No fue un Éxodo, no fue voluntario.

Foxo, Vilar y Vilausín eran tres pueblos fértiles y frondosos, con cerca de trescientos habitantes ocupados en el cultivo de vides, cereales, frutales, entre un bosque húmedo de castaños, violeteado de brezo e intensos verdes, en donde la vida discurría cotidiana y placentera hasta que el gobierno de Franco decidió construir una presa y un embalse anegando cuatro pueblos y decidió no construir un puente, aislando así nueve más, entre ellos Foxo, Vilar y Vilausín.

A los habitantes de los pueblos incomunicados se les ofrecieron unas tierras en el término de Villalba, y en pocos meses recogieron toda la herencia disponible y se marcharon para siempre. Todos menos un hombre de 37 años, soltero, Benjamín por nombre, que decidió permanecer, y hoy, a la edad de ochenta sigue morando él solo en su casa de siempre, en Foxo, y conviviendo en armonía con los actuales vecinos. Sus ojos pequeños y alegres son los únicos testigos continuos de la historia de estos pueblos. Dieciocho años de soledad y casas ausentes como penas constatadas; una barquita para cruzar el pantano y obtener en Negueira algo de civilización o compañía; y en casa, con luz de velas y agua no corriente, transcurrir en solitario y en soltería, haciendo lo de siempre: pisar uvas en una artesa,

arar, sembrar, cuidar el huerto, vender avellanas —hoy ya a 2 euros el kilo—, hablar con los animales, con algunos *trasgos* que se cuelan de Asturias y con las *meigas*, que no existen, pero haberlas haylas. Cuenta Benjamín: “Primero vino un chico de Pontevedra que se llamaba Siro. Pidió prestada una cabaña a un paisano y empezó a vivir aquí con dos amigos. Al poco tiempo llegó mucha más gente, extranjeros y todo, como *hippies*, y montaron una *comuña*, que le llamaba yo así, estaban desnudos por el monte, no hacían mal a nadie, y trabajaban la tierra”, y ríe un poco, como acordándose del resto, que fue que aquel sueño de amor libre y comunitarismo no cuajó, unos dicen que por el egocentrismo de sus líderes, otros, por tanta diversidad de ideas, entendimientos, nacionalidades. Pero no en balde pasaron cuatro años en los pueblos llegando a contar cien habitantes, algunos de los cuales se quedaron, con Benjamín, desencantados de *A Comuña*, pero ilusionados aún con la vida en el monte.

La experiencia de *A Comuña*, fue recogida en 2012 en la película “Vilamor”, del realizador Ignacio Vilar.

Balbino y Luisa, con sus dieciséis años de habitación entre Foxo, Vilar y Vilausín son, probablemente, la pareja más duradera. Entre los tres pueblos se cuentan hoy cerca de cuarenta habitantes, con ocho niños. Todas las mañanas, algún adulto cruza en barca a los niños para llevarles al colegio en Negueira, que se ve ahí mismo, al otro lado del pantano. En el pueblo, Isabel Mosteirín, de la farmacia más antigua, afirma: “No tenemos ningún problema con los de *a comuña*, siempre pagan todo lo que deben y no se meten con nadie”.

María, madrileña de unos treinta años, lleva once entre Vilar y Vilausín; apoyada en la bonita cocina de leña de su casa, rememora: “Aquí he aprendido a vivir, a saber estar sola para poder estar también acompañada, a valorar mi esfuerzo cotidiano. Cuando vuelvo a Madrid a casa de mis padres, muy de vez en cuando, no aguanto mucho, enseguida quiero volver aquí”. Su casa, como casi todas, es una reliquia centenaria de piedra y pizarra, reconstruida con tacto, grande, con una cuadra abajo y un hórreo cerca. A pesar de todo, en ocasiones echa de menos la vida en la ciudad. La casa de al lado acaba de ser deshabitada. Vivía un francés que estuvo dos años en el pueblo y luego se marchó con una chica.

Existe lo que se denomina población flotante o, más concretamente, fases experimentales e iniciáticas de personas empezando a descubrir y a descubrirse que, al poco tiempo, reorientan su vida en otra dirección. Existen huertos comunales pero cada uno labra su parte, metáfora de una alta cooperación vecinal, pero no un colectivismo como antaño.

Roy, alemán, cuarenta y cinco años, vive en Foxo, antes lo hacía en Vilar en una casa más pequeña pero cuando decidió vivir en pareja se trasladó. Tiempo después su pareja se marchó y ahora habita, él solo, la casa del desencuentro. Produce unos trescientos litros de vino al año, que son para autoconsumo y amistades. Benjamín produce unos ochocientos litros, de los que vende la mayor parte.

Ana, de Vilar, recoge fruta desde hace once años; cereza durante un mes, tomate, otro y durante otros dos, uva. Es el único ingreso económico en todo el año, suficiente si se acompaña de la comida del huerto y los animales. “Aquí con cuatro *cosinas* te preparas algo de comer; el pan te lo haces: con un saco de harina tienes pan para un mes”, explica mientras mete a las cabras en el establo. Muchas casas cuentan con placas solares, y en un arroyo próximo a Vilar se instaló una turbina hidráulica con el tambor de una lavadora y unas cazuelas que recogían el agua. Funciona.

Ana, en Vilar, acaba de decidir volver a comprar cinco pollos. “Tuve veinte gallinas pero, una detrás de otra, se las comió el zorro. No hay manera, si te descuidas un poco y las dejas que coman cuatro gusanos por el pueblo, al oscurecer ya te puedes despedir de un par de ellas”.

Pepe, habitante de Foxo, llegó con su novia, hoy su mujer, hace ocho años, tiene dos hijos y un tercero en camino. La Xunta de Galicia les otorga una ayuda social por carga familiar. “Me escapé de Madrid, del ruido y de la explotación laboral, y aquí estoy feliz de la vida”. De cuando en cuando consigue algún trabajo desbrozando el monte u otros menesteres para el Ayuntamiento de Negueira de Muñiz. “El alcalde es un tipo majete, pero si en lugar de contratarnos una o dos veces al año, lo hiciera por temporadas, todos saldríamos ganando. ¿Quién mejor que nosotros para mantener esto, que buena falta le hace?”, se pregunta Pepe con un gesto de buena intención infinita, que no tuvo mayor inconveniente en alojar a dos reporteros auto-enviados por ahí una noche gallega de lluvia, niebla cerrada y brujas.

Existen en la zona más de veinte casas en muy buen estado para entrar a vivir tras un pequeño trabajo de acondicionamiento, y otras tantas con un poco más de esfuerzo y algunas nociones de reconstrucción tradicional. Hay unas inmejorables vistas al azul turquesa del pantano de Salime, buenos pastos, tierra fértil, una cómoda y húmeda altitud a 500 metros sobre el nivel del mar, y unos vecinos deseando que llegue gente nueva y que dé más vida a los pueblos.

No obstante, muchos antiguos moradores están volviendo a reclamar sus casas. Hace dos meses se ha construido la carretera que comunica —cuarenta años después— Foxo, Vilar y Vilausín con la civilización, invalidando *de facto* el motivo de abandono. La pista llega ya hasta Foxo y, en breve, lo hará también hasta Vilar y Vilausín. Se plantea, entonces, el conflicto sobre la propiedad y su uso, y qué pesa más, si la labor de reconstrucción diaria y la pervivencia en el sitio, o el derecho de los expropiados a la fuerza que desean su antigua casa para sus descendientes. Algunos de los antiguos propietarios han retomado las casas por las bravas, tras dar tres meses a los ocupantes; otros han ofrecido vender. A Balbino le han pedido 12.000 euros, “absolutamente desproporcionado” según él, “y por otro lado” —recuerda— “hay que tener en cuenta que, después de cuarenta años de abandono, una casa se viene abajo. Las primeras goteras van pudriendo la madera de las vigas, que terminan cediendo al tejado”.

Así pues, estas tierras que albergaron oro hasta la llegada de los romanos y se lo llevaron todo o casi todo —si se hacen caso a los rumores—, patria chica de Doña Urraca, madre de Sancho de Castilla que dio renombre a Castelo —próximo a Vilar, hoy también ocupado— viven hoy un agitado presente. Benjamín, herencia viva de ayer y hoy, no pierde la sonrisa: “Ya sabía yo que volverían, si aquí se vive bien”.

EL ÉXODO RURAL Y EL BANCO MUNDIAL

Debido a la similitud del *modus operandi* del proceso de despoblación rural en casi todas las regiones españolas, estuve buscando durante muchos años un Plan Marco que hablase de ello. Tenían que estar escritas en algún lado las directrices de este fenómeno y de cómo forzar la despoblación en todo el país al mismo tiempo, pero que quedara en los ojos de la Historia como una migración voluntaria, un éxodo deseado. El mismo término “Éxodo”, así, con sus reminiscencias bíblicas de épico viaje a la ciudad —la Tierra Prometida— tuvo que estar pensado y debatido. Parece casi obra de un poeta.

Nunca encontré nada concreto, si es que acaso existió algo escrito. Quizás solo se transmitió de manera oral o quizás fue un documento ultra secreto, pero no me cabe duda, todavía hoy, en el 2015, de que existieron esas directrices.

Se repite en cientos de pueblos y comarcas y no puede ser casualidad:

- La compra de terrenos y no su expropiación para hacer imposible la reversión de esos bienes, bajo la mentira del “Vende ahora que si no te darán menos por la expropiación”, o directamente bajo la coacción y las amenazas.
- La negativa a construir pistas de campo y de montaña hasta que no vendiera sus tierras el último habitante, y construirlas luego para proceder con las reforestaciones.
- El aislamiento de poblaciones a las que le faltó un par de kilómetros de carretera o un puente para no quedar aisladas.

Crónica de un reportero profano

- La reforestación inútil en montañas y laderas que ya tenían masa boscosa y que forzaron la marcha de los lugareños al acabar con su medio de vida.
- La demolición física de los pueblos, bien a través de la Administración con palas excavadoras, o bien a través del Ejército a bombazos en maniobras militares, con la paupérrima excusa de que “Las casas se le pueden caer a alguien encima”, o incluso para que no se le caigan encima a una vaca.
- La intención manifiesta de no permitir la recuperación de pueblos deshabitados, de no ceder espacios a colectivos legales para su recuperación durante décadas, tanto en dictadura como en democracia. No fue una cosa de Franco, fue política de Estado.
- La desacreditación del patrimonio rural y su destrucción simbólica a ojos de sus mismos habitantes para que consideraran su propia cultura obsoleta y *paleta*.

El plan era que no se pudiese volver “quitándole el agua al pez”. El agua física y el agua simbólica. El plan era el Cambio Cultural, por lo civil o por lo militar. Literalmente.

Había que traer millones de campesinos a las ciudades, sí, pero entregarlos desarraigados, exiliados de su cultura, desnudos de sus creencias, debilitados y sin posibilidad de una vuelta atrás.

Hay mucha literatura sobre el desarrollismo, sus tres planes, la política de pantanos, la de reforestación, los polos de desarrollo, la concentración parcelaria, las suecas, el “milagro español” ¡Oh, cielos, el milagro español!

Pero se ha hablado poco del precio que se tuvo que pagar por ello. No interesa. Al fin y al cabo, nos convertimos en una sociedad moderna y europea. ¿Quién quiere acordarse ahora de aquellos pobres paletos llegando con un queso a la estación de Atocha y siendo timados con “la estampita” a la salida de ella? A aquellos hombres entrando a las fábricas y a aquellas mujeres al servicio doméstico se los has tragado el tiempo. Eso pertenece a la España negra, al “Landismo”, a Paco Martínez Soria.

No encontré ese documento que programó “el timo del Éxodo”, la letra pequeña del engaño, pero sí un informe interesante del Banco Mundial llamado “Economic development in Spain”, terminado en 1963 (pero empezado cuatro años antes), que planificó, de la A a la Z cada detalle del desarrollo económico que habría de suceder —y que sucedió— en España. El documento tiene nada menos que 456 páginas y estuvo dirigido por Sir Hugh Ellis-Rees.

Tampoco encontré en tan voluminoso informe, como era de esperar, detalles de esas presuntas directrices para “quitarle el agua al pez”. No es algo que se pueda defender públicamente con un mínimo de ética en el alma. Aunque desde luego sí que expresa la necesidad de que el Gobierno “anime activamente” el movimiento de población del campo a la ciudad (pág. 22).

Lo que sí me planteó el citado informe fue la génesis de este Cambio Cultural. Parece que no fueron exactamente López-Rodó y sus tecnócratas del Opus-Dei quienes decidieron el cambio. Parece que ellos siguieron unas pautas previas para el “Plan de Estabilidad” en 1959 y un exhaustivo guion de 456 páginas dictado por el Banco Mundial en 1963, en el marco de la operación de construcción de una unión europea, que hoy se llama Unión Europea.

El origen de la planificación del éxodo rural español habría que buscarlo, entonces, en el origen de esta construcción europea.

¿Cuándo surge, entonces, esa necesidad de crear un ente supranacional que pudiera dirigir los destinos de una Europa unida, industrializada y urbana, que hoy ya es una realidad?

Cronología revisada de la construcción europea

Llama la atención el libro que Arthur Salter publicó en 1931 llamado, nada menos, *Los Estados Unidos de Europa*. Salter era íntimo amigo y colaborador de Jean Monnet, banquero, acaudalado hombre de negocios (Europa, EEUU y Shanghai) y uno de los «padres de Europa”, que también fue Secretario General adjunto de la Sociedad de Naciones entre 1919-1923.

Un tercer hombre —Paul Henry Spaak—, más adelante, habría de poner otra idea fundamental en el camino de construcción europea, ese sueño hecho realidad. Spaak fue primer ministro de Bélgica tres veces (1938–1939, 1946 y 1947–1949), también fue el primer presidente de la Asamblea General de Naciones Unidas (1946-1947), primer presidente de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, embrión de la CEE, y segundo Presidente de la OTAN (1957-1961). Este hombre afinó la idea de que para la definitiva construcción europea, el primer paso (o reclamo) debía ser una unión económica, que luego cristalizó en las siglas CEE o Comunidad Económica Europea.

Siguiendo con esta cronología, habría que señalar la creación, el 16 de abril 1948, de la *Organización Europea para la Cooperación Económica* (OECE), organismo internacional (antesala de lo que lo luego sería la OCDE) fundado por Portugal, Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, Austria, Dinamarca, Noruega, Grecia, Suecia, Suiza, Turquía, Irlanda e Islandia, con el objetivo de administrar las ayudas del Plan Marshall. Su objetivo consistió en facilitar el comercio, conceder créditos y fomentar la liberalización del capital.

Se amplió cuando ingresó España en 1958 y, con el ingreso en 1961 de EEUU y Canadá, países no europeos, se convirtió en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) fijando su sede en París.

- Creación del Consejo de Europa, mayo 1948, La Haya (por eso el Tribunal aquí).
- Creación de la Asamblea parlamentaria europea 1949. Primer presidente Robert Schuman, otro “padre de Europa”.
- Creación de la Comunidad del carbón y del acero 1950, embrión de la CEE.
- Tratado de defensa EEUU-España, 1953.
- EEUU rompe el bloqueo y apoya a Franco, 1954.
- Entrada de España en el FMI, 1957.
- Creación de la Comunidad Económica Europea (CEE) en 1958
- Plan de Estabilización, 1959. Liberalización de la economía. Devaluación de la Peseta. Embrión del Desarrollismo.

- Se transforma la OECE en la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) en 1961 para coordinar la liberalización de los países ricos.
- “Desarrollo Económico de España” del FMI, 1963. La misión la encabezó el Lord inglés Sir Hugh Ellis-Rees, quien ya trabajaba para la OCDE. Este enlace de la web del Banco Mundial tiene el informe completo:
http://www-wds.worldbank.org/external/default/WDSContentServer/WDSP/IB/2002/11/15/000178830_98101901520435/Rendered/PDF/multiopage.pdf
- Planes de Desarrollo. 3 planes. Desarrollismo, desde 1964.
 - . Leyes antimonopolio.
- Crisis energética, 1973. Ruptura del patrón oro. Fin (anticipado) de los Planes de Desarrollo y comienzo de la Reconversión Industrial.
- España entra en la Comunidad Económica Europa en 1985 con la firma de Felipe González.
- En 1993 la CEE pasa a llamarse definitivamente UE, Unión Europea. Parece que la idea del belga Paul Henry Spaak, cincuenta años antes, era buena. Para la construcción de ese sueño de una Europa unida, el primer paso (reclamo) debía ser una unión económica.

PARTE II

EL TRÁNSITO

WOMAD 1998

A medio camino entre el campo y la ciudad, como su punto de encuentro, no han dejado de existir las ferias, los festivales y los mercadillos, en donde se sigue intercambiando la cultura de la tierra por las monedas de la ciudad. La gastronomía típica, la artesanía tradicional, el atuendo folklórico: ese espíritu étnico venido a menos florece, sin embargo, durante estos momentos festivos, eso sí, escondido bajo otro título. Ahora se llaman “fiestas medievales”, como si esa cultura que se intercambia fuera una cosa tan exótica que para encontrarla hubiera que retroceder mil años.

El WOMAD pasa por ser el evento de música étnica y de “rescate indigenista” más importante, no solo en España sino, probablemente, en todo el planeta. Aunque centrado en la música, el festival está arropado por todo tipo de condimento folklórico en forma de puestos, casetas y espectáculos, y en ese contexto natural muchos repobladores del campo y okupas rurales se mueven como peces en el agua. En estos lugares toma oxígeno su breve economía y toma cuerpo su cohesión social.

El WOMAD es una experiencia global, en el que todos los elementos que se hallan cerca, forman parte, de una manera u otra, del evento mismo.

La parte antigua de la ciudad de Cáceres se transforma entera en el escenario de una colosal fiesta medieval de la primavera; en el continente de un canto colectivo al arte, la música, la despreocupación... El WOMAD rescata de entre el grupo algunos valores de los que tal vez se habla mucho

pero luego no se ven tanto, que era eso de la tolerancia, el gusto por la diversidad. La fiesta sirve para regenerar la comunidad, empuja a un lado tabúes antiguos, facilita el reconocimiento social y remueve inquietudes nuevas.

Word of Music, Art and Dance (mundo de música, arte y danza). Nació hace veinte años del vientre de Peter Gabriel con la voluntad de luchar contra el racismo y de dar a conocer al mundo nuevos músicos excluidos de los sellos discográficos multinacionales. A partir de la recogida de multitud de sabores alóctonos se desarrolla esta fiesta interétnica a nivel mundial durante los tres días que dura el festival. Y es que muchos de los cuarenta mil asistentes traen consigo sus guitarras, bongos, flautas, trompetas, gaitas y demás instrumentos; traen malabares, fuego, museos enteros de artesanía. A qué negarlo, llegan con toda la buena onda del mundo, y muy poco dinero, eso sí.

El WOMAD de 1998 comenzó un viernes.

Se duerme donde buenamente se pueda, da un poco igual. Los parques son pequeños remansos donde la gente se desparrama plácidamente y dormita, charla o acompasa con un tambor lento el estado de calma generalizado. El aparcamiento del Parque del Príncipe hace de campamento base para los que vienen en coche, aunque también es un buen lugar para la intimidad.

Los conciertos se suceden desde las doce de la mañana hasta algo más de la medianoche, entre los tres escenarios que están montados en las Plazas Mayor, San Jorge y De las Veletas. Cuando termina un número oficial, la gente empieza otros quince, de manera extraoficial: tambores embaucadores, alguien que, en el centro de la plaza, hace volar un diábolo hasta el balcón del cuarto donde unas señoras miran el ajeteo. Más arriba, perdiéndote por las callejuelas, los muros de piedra caliza tienen en sus orillas una hilera continua de tenderetes, artistas y artesanos en permanente estado de oferta.

El sol brilló sin fisuras para los participantes, a quienes se veía con un encantador aire de alegría y despreocupación. De madrugada, a falta de conciertos programados, triunfaron los pequeños números de todo tipo

que iban atrayendo gente aquí y allá. La música la puso el que quiso en el rincón que le gustó, y esto sucedía a cada rato y en cada esquina.

De los cuarenta grupos oficiales que llegaron a Cáceres se podría hablar durante tres días con sus tres noches. Su pluralidad cultural queda reflejada en las procedencias de los artistas: Haití, Guinea, Argentina, Reino Unido, Francia, Irlanda, Australia, India, Somalia, Portugal, Camerún, Escocia, Nueva Zelanda, Zimbabwe, además de los seis grupos españoles. Aun así, el cartel no se presentaba especialmente estelar. Sólo Las Hijas del Sol y Trilok Gurtu, aclamado como mejor percusionista de la India, contaban con algún renombre en nuestro país. No obstante, la gran mayoría de “desconocidos” entusiasmó igualmente al gentío, y fue la norma contemplar los conciertos en las tres plazas a rebosar.

Pero, sin duda, fue el indio Trilok Gurtu, detrás de un círculo casi mágico de percusiones extrañas, algunas inventadas por él, quien más emocionó. En su número también sobresalía, en primer plano del escenario, la sonriente bailarina que se movía como una marioneta loca. *Trilok Gurtu no hacía caso a nadie. Ahora está provocando un viento del desierto, con tres dedos de la otra mano hace correr a un hombre entre la lluvia, con la boca redobla aún más rápido el ritmo de los dedos que ya parecía inalcanzable, los timbales le salen al paso con gesto de seducción y la tripa al aire, los platillos ya están temblando de nervios un segundo antes de que el brujo les dé un zarpazo, un mordisco o una caricia. Una gloria, el indio.*

Igualmente impactante fue la actuación de Maryam Mirsal, una de las voces más importantes de África. Con su aspecto de reina-madre, grande y poderosa, la somalí cantó la desgarrada odisea que ha sido su vida, teniendo que huir a pie con sus cinco hijos a causa de la guerra civil en su país, hasta que Gabriel dio con ella y extendió mundialmente su honda voz y el jazz que interpreta.

Cabría destacar, también, a Torres Strait Island, grupo australiano que puso en escena un espectáculo aborigen de asustar, a base de máscaras, bailes tribales y pies descalzos. El grupo portugués Lundum dejó constancia de algunos fados bellísimos y de otros temas en los que se

rescatan ritmos como las “mornas” o los “Chorinhos” originarios del tiempo en que los esclavos de África llegaron a Lisboa.

También cantó Luis Pastor, ahora en su versión más étnica, influido por su banda, algunos de los cuales proceden de Brasil y África.

Como complemento, el WOMAD ofrecía talleres abiertos y muy variados de carácter gratuito: música, arte visual, danza, artesanía, títeres, maquillaje artístico para la cara y las manos, máscaras.

Así las cosas, el festival fue llegando a su fin. Se puede decir que la interacción de tan variadas sensibilidades y procedencias creó un brutal contraste que nunca llegó a ser molesto, sino muy enriquecedor. A nadie sorprende, entonces, que cada año sea más gente la que se acerque a Cáceres por estas fechas, llegando a ser esto el principal inconveniente: la masificación, algo que se empezó a notar demasiado.

El cierre del festival fue, sin pretenderlo, algo apoteósico. Los últimos en tocar fueron los Boukman Eksperyans de Haití, grupo perseguido en su país por sus ceremonias vudú en escena y por sus letras revolucionarias que hablan claramente de un pueblo sometido por un régimen militar. Ellos eran el fin de fiesta, pero justo antes de empezar comenzó a llover a gritos hasta dejar desierta la plaza mayor. Unos segundos de fiasco hasta que un loco bajo una capa de agua corrió hasta el centro de la plaza, se puso a bailar desafortunadamente y, de repente, todo el mundo, contagiado, inundó la plaza de nuevo a bailar ignorando la lluvia. Salieron los haitianos con su magia negra y su ritmo embravecido y la euforia y la fiesta pusieron la guinda, dejando así un canto de cisne del festival realmente memorable.

Salimos de Madrid el viernes a eso de las cuatro. Decidimos el viaje y el reportaje a eso de las tres. Tenía dinero para pasar el fin de semana a duras penas, o sea que no había más opciones. Viaje en auto-stop y hotel improvisado, eso sí, bajo las estrellas.

El viaje empezó muy mal. Partimos de la gasolinera de Cuatro Vientos totalmente convencidos de que daríamos con el alma caritativa que nos llevaría a Cáceres. Siete horas más tarde, a eso de las once, abandonamos a pie la gasolinera muy desesperados. El WOMAD ya había empezado y nosotros andábamos por la A-5 a oscuras, con la

cámara y la grabadora más vacías que nunca. Llegamos a la siguiente gasolinera y todavía fue peor: los propios empleados nos impidieron la comunicación con los conductores. Seguimos andando. Si no llega a ser porque The Ibán, el fotógrafo, tiene más moral que el Alcoyano, yo me habría dado la vuelta. Ya era absurdo. Pero de tan absurdo se puso interesante. ¿Adónde llegaríamos?

El viaje, sin duda, había empezado y aunque todo eran desalentadores mensajes del destino, nosotros, como héroes de una tragedia griega, perseveramos en él. Siempre rumbo al Oeste. Andar por la carretera no servía para acercarnos a Cáceres, habríamos tardado días a pie. Servía para sentir el viaje, para creer en él.

A la una de la madrugada, estábamos ya cerca de Móstoles en un tramo especialmente oscuro cuando un vehículo pegó un frenazo espectacular atendiendo al pulgar extendido de Ibán mientras andaba, y retrocedió a toda velocidad hasta llegar a nosotros. Cualquiera mente cabal no se habría montado en ese coche. Nosotros subimos a él como niños en el coche de papá tras pasar quince días de mal campamento. Nada más salir, aprovechando el tirón de la euforia, le propuse al conductor que se viniese a Cáceres, que había una fiesta monumental esperándonos.

El tipo tardó treinta segundos en aceptar el plan. Hubo un gran alborozo. Nosotros tocábamos el cielo merecidamente, aunque algo raro vi en el tipo, pues cambiaba demasiado rápido la expresión de loca alegría por otra contenida y muy seria.

Al poco, nos dijo que primero debía pasar por su casa y sacar a los perros, si iba a estar dos días ausente. Claro, pensamos. Un pequeño retraso que compensa de sobra el posterior viaje directo. Al abrir la puerta de su apartamento en el centro de Móstoles se empezó a torcer la historia. El lugar era siniestro. Propio de una mente enferma. Sin más. Las paredes pintadas a bolígrafo, muebles rotos, un sofá al revés, una pecera vacía en el suelo, la moqueta negra de mierda y la cocina un vertedero ilegal. Dos perrazos exaltados campaban a sus anchas. Un poco más allá, deslumbraban por su tamaño sendas deyecciones caninas. Nos dijo que era domador de perros, que tomásemos asiento.

Para entonces su voz ya había adquirido un timbre más aflautado, un punto histérico, diríamos. En esos momentos de incertidumbre creciente en los que sabes que puede pasar cualquier cosa, te das mucha cuenta de que el guion de tu vida no está escrito. El panorama estaba muy feo. Lejos había quedado la preocupación de llegar al Womad, el único problema ahora era que estábamos en casa de un loco.

Ibán y yo nos miramos y nos entendimos sin una palabra. De repente sonó el teléfono, el loco lo agarró con ansiedad y comenzó una conversación delirante. Alternaba un silencio muy sumiso con argumentos exculpatorios muy infantiles. La gravedad de la conversación se acentuaba. Pasamos al desarrollo de una bronca.

Alguien al otro lado de la línea echaba un estupendo rapapolvo a nuestro loco, que se defendía malamente. Al colgar, por suerte, nos dijo; “No puedo ir al Womad”.

El aire que se respiraba estaba atrofiado, como saturado en helio. El sofá del revés salía reforzado de la escena, pues se demostraba que su postura no era accidental. El tipo se disculpó y se ofreció a llevarnos hasta la siguiente gasolinera a la salida del pueblo, pero antes quería que le acompañásemos a sacar a los perros; “No, mira, es que ya vamos muy tarde, fíjate qué hora es”. Que no. Nuestro loco nos había tomado cariño y empezaba a ponerse muy nervioso ante nuestra posible retirada.

Por otro lado, estábamos en el centro mismo de Móstoles y nos venía bien que nos acercara un poco. En fin, paseemos los perros de una puta vez.

Nos llevó a un descampado con casa en ruinas incluida y anduvimos un rato hasta que se paró. No dijo nada, estaba muy ausente. Pareció que iba a hacer algo, pero no. Insistimos por enésima vez en largarnos y a regañadientes lo conseguimos ¿Completamente? No, por supuesto, nos tenía preparada la última, el plan C, el último cartucho.

Escuchar una canción de Roberto Carlos (su preferida) sobre una loma dentro del coche y luego nos acercaba diez kilómetros. De muy mala uva le dijimos que no, por favor. Ni modo: no paró el coche hasta que llegamos a la maldita loma.

Acto seguido, presionó sabiamente la tecla “Play”. Tócala otra vez Sam. El loco se jactó del instante triunfal, perdió la vista en el horizonte

iluminado de Móstoles, extrajo un cilindro formidable de su pitillera mientras comenzaban a desgranarse los primeros acordes del gran tema, de ayer, de hoy y de siempre; “Quiero tener un millón de amigos”. Y yo lo que quería era morirme, o en su defecto, asesinar al loco.

Sin embargo, a mitad de canción me enterneció el tipo. Era todo demasiado surrealista. Casi lo empiezo a apreciar cuando insiste en que vayamos a un bar antes de irnos. En el siguiente semáforo en rojo nos bajamos de malos modos y le perdimos de vista para siempre.

Salimos de Móstoles por no sé dónde, agarramos una circunvalación pensando que nos llevaría a la carretera de Extremadura, y nos perdimos. La circunvalación volvía a la ciudad, de modo que tomamos la senda de la intuición, campo a través, hacia otras luces que delimitaban una carretera, a ver si era la maldita A-5.

Es desalentador perderse en un trayecto hecho para coches. No hay señales en kilómetros. Ves en la distancia luces de carreteras pero no sabes cuáles son. Pasa gente constantemente, pero demasiado rápido como para preguntar.

Eran las tres de la mañana, estábamos en el kilómetro 13 y seguíamos caminando sin saber siquiera si era la carretera buena. La noche, no obstante, era agradable. La oscuridad resaltaba las estrellas nítidas y no estábamos mucho peor que hacía una hora. Seguíamos viajando y en eso creíamos.

Al rato apareció la A-5 y con ella una sonrisa para nosotros. Parecimos tan ingenuos como dos náufragos celebrando el hallazgo de una bolsa de plástico.

Anduvimos otra hora larga ya rumbo al Oeste con el zumbido de los coches cada vez menos frecuentes. Ese sonido es a la vez un sueño y una condena. De una parte te adormece, enhebra el ritmo de los pasos y de la mente, fortalece el trance del caminante: tal vez pare uno de esos animales veloces y te lleve. Ese eco te abre el espacio hacia allá. De otra parte me recuerda que yo no estoy dentro de ese zumbido y que no llego con él.

Vimos, por fin, una gasolinera a lo lejos y un poco antes de llegar un vehículo deportivo pegaba un fenomenal frenazo atendiendo a un

pulgar extendido y retrocedía mansamente hasta nuestros pies como una alfombra roja desenrollándose. Accedimos como damiselas al moderno carruaje y nos lanzamos a 180 Km/h hasta un bar de Talavera de la Reina, 200 kilómetros más cerca de Cáceres.

Un joven empresario nocturno salía de Madrid y se dirigía a su bar de copas de Talavera. Acababa de abrir y no se fiaba del todo. Sus empleados no le esperaban.

Perfectamente arropado por el sonido limpio de un Disc-man integrado en el salpicadero de su estupendísimo automóvil, por el factor sorpresa que ejecuta y por su cómoda posición económica, nuestro héroe recorría con distinción las curvas de la A-5 y se encuentra con dos autostopistas en mitad de la carretera.

Fácilmente, el joven empresario podría haber echado levemente la cabeza hacia atrás en gesto de suficiencia y comedida sonrisa y no haber dedicado a los dos soñadores sin recursos más esfuerzo que un irónico parpadeo de luces altas y una mano extendida diciendo amablemente; “Hasta nunca, queridos”. Pero no. El tipo paró y nos puso la primera luz real en el camino.

Doce horas después, al fin, pasábamos del kilómetro veinte. En nuestra cara no habían más sonrisas. Nunca un coche me pareció una máquina tan formidable.

En poco más de una hora alcanzamos Talavera de la Reina, y ya en el bar abrimos un breve paréntesis profesional, dejando correr unas cervezas garganta abajo, a cuenta del simpático empresario, como merecido descanso tras las desventuras y los entuertos acaecidos. De esa guisa conocimos a los amigos de nuestro mentor, a quienes les pareció estupendo continuar la fiesta en Cáceres, aprovechando el festival. El mundo, repentinamente, se volvió bueno.

A las ocho de la mañana, dieciséis horas después, entrábamos triunfalmente en la ciudad vestida de fiesta medieval. Caímos como plomos en un bonito jardín lleno de durmientes festivaleros con la mala fortuna de que los servicios municipales hubieran modificado el programador de riego de todos los parques para que saltara automáticamente a las 9 am, justo al cabo de la media horita que llevábamos de sueño, que era desmayo.

Crónica de un reportero profano

No tocaba dormir. Nos encontramos con los amigos que habían iniciado el viaje a dedo con nosotros y empezamos el día. Cómo son las cosas: ellos demoraron treinta minutos en conseguir un coche que había parado y que nosotros, gentilmente, les cedimos, allá, en aquella gasolinera de Cuatro Vientos.

“Subid vosotros, con toda la gente que va a Cáceres, nos vemos allí en un momento”.

LA MUERTE DE UN CERDO

Asistir a la muerte de un cerdo, al amanecer —cuando suceden las muertes prescritas—, en una casa de monte que ha visto nacer y morir a siete generaciones de pastores entre sus paredes; enlazarse a las ocupaciones festivas post-mortem; contagiarse del vino, de la alegría, de la abundancia venidera, del olor a vida y del olor a muerte; asistir a esto, hace entender más la vida. Y entender más la muerte. Fue en el fértil y céltico valle de la Vera, entre Cáceres y Ávila.

Tiene muy poco sentido empezar el día para morir. Qué extraña costumbre la de ajusticiar al amanecer. Si estuviera condenado a muerte, mi último deseo sería morir por la noche, después de cenar, con el cosquilleo del sueño acuciando, con la coherencia de que se acaba el día y la vida. ¿Pero al amanecer?

Para los humanos es bueno matar el cerdo por la mañana para tener todo el día de elaboración y preparación del alimento. Para ellos, más que un rito de muerte es un rito de vida. Yo, al menos, me agarro a eso.

Llegamos por un camino cubierto de piedras por la escorrentía, atravesando un monte bajo de jaras, castaños y alcornoques, con el vaho temprano de un amanecer de invierno, con poco estómago para una muerte.

En la casa están una señora menuda, ancianísima, lenta y esencial, última descendiente viva de una familia de doce hermanos, tía-abuela de Dioni y Vidal, los dos hermanos que organizan la matanza; tres mujeres con sombrero de paja, atentas, hábiles y trabajadoras; otros tres hombres

que comienzan una relación fluida con el vino, y con un pequeño y recurrente debate en torno a la idoneidad del despiece y las mil variantes que, al parecer, ofrece el proceso; un sobrino de diez años, más gordo de lo usual, y una chica rubiaja, ruralmente desarrollada e inserta de pleno en los quince años de la primera rebeldía, los granos y el asunto con el otro sexo. Todos ellos, parientes o vecinos de los dos hermanos sexagenarios, cuya única vida fuera del valle se remonta al tiempo del servicio militar en Madrid.

Así entonces, dos reporteros de veintisiete, profanos en la materia, melencidos y urbanos, incrustados entre once personas —desde la anciana menuda, hasta el niño gordo— para acompañar el rito.

Conozco a Dioni y Vidal desde niño. Conocí a su madre, la Moniqui, que murió a una edad tan avanzada que ni ella misma recordaba, pero cercana a la centena. Fue una mujer vigorosa, de apariencia enclenque, con los ojos de viento, sinceros, la voz de alambre, casi un hilo, risueña, atrevida, espontánea.

Me regalaba castañas, higos; me ahuyentaba los perros de su casa, esos perros sueltos de campo que no se sabe bien si son muy dóciles o muy cabrones. Se enfadó mucho cuando le conté que había dejado a una novia, sin entrar a valorar si eso había sido bueno para mí o no.

Luego pensé que su actitud respondía más al drama de sus dos hijos que no se casaban y no se casaban, que es un reflejo, a su vez, del drama de extinción que vive silenciosamente esa cultura, que no se reproduce y que significa la muerte. En la sociedad urbana es también un problema no encontrar pareja pero no una falla fundamental del estilo de vida como es en la cultura de los cabreros de la Vera. Las mozas no les miran en las fiestas patronales, no por feos ni por bobos. No quieren ese estilo de vida, que ya ha caído en desgracia.

Así, Dioni y Vidal, a la muerte de Moniqui, ya solos en la casa, formaron una pareja de hecho, que no habría de dar descendencia pero que garantizaba la supervivencia de ambos. Por derecho natural, Vidal, el hermano mayor fue el único heredero de los bienes familiares pero

quedó obligado a mantener a su hermano mientras éste no consiguiera un nuevo lecho y una nueva familia. A cambio de vivir en la casa del hermano, Dioni, brega con las labores más duras, como sacar las cabras al monte todos los días del año, todos los años de su vida. Vidal se ocupa de la casa, los animales y la huerta, y administra sin contemplaciones la jerarquía que la costumbre le ha otorgado. Dioni es casi su siervo, pero lo acepta porque ese rol ya estaba inscrito en la costumbre de sus abuelos.

Sin embargo, el Destino equilibró la escena regalando al Dioni un carácter bondadoso, afable, tranquilo, observador, de fácil disposición a la risa, y a Vidal, todo lo contrario: pesimista, rencoroso y descreído. Le disgusta la vida, se queja siempre de algo y termina muchas frases con una coletilla demoledora; “¡Lástima que nací!”. Ni siquiera se libra de un agudo dolor existencial. Me decía; “¡Para qué estamos aquí, si nadie lo sabe, Federico el chico, nadie lo sabe, ni los curas, ni las universidades...!”. Enfrascado en tan negro pensamiento y vivir, Vidal se abrazó rápido a la botella, que sí le dio el consuelo del olvido y la inconsciencia pero también el martirio de la autodestrucción en soledad. Aun así, parece que, a veces, alcanza treguas con sus demonios y se muestra generoso, o tierno, o complacido.

Dioni, en las antípodas, saborea la vida con calma, se divierte y se sorprende de las cosas que pasan por su entorno. Hablar con él te hace sentir recién llegado a la Tierra: saca su vieja pitillera de cuero donde guarda tabaco molido, que era de su abuelo, y mientras va desgranando alguna historia, lía el pitillo y acuna el tabaco entre sus dedos. Pasa un rato largo hasta que moja el papel, en exceso, para cerrar el cilindro y, finalmente, tras varios amagos interrumpidos por su propia interlocución, le pega fuego al canuto, que sabe durísimo. Para entonces han pasado quince minutos, pero el tiempo está detenido.

El habla del Dioni, al igual que el de otros cabreros de la Vera, sin pretenderlo, está abarrotada de poesía. Las metáforas ocupan libremente todo el canal de la comunicación: el agua está “cruda”, las nubes “blandas”, la montaña “meona”, el color puede ser “tibio”, los excrementos son “la basura de las bestias”. Dichas metáforas no provienen del intento ornamental, literario o extraordinario en el lenguaje; ni del intento de profundizar en una idea y superponer, para ello, otra imagen, otro

ámbito, y establecer un segundo plano hacia donde proyectar y evocar el significado: nacen de ellos espontáneamente, pertenecen a lo ordinario de su lenguaje, no a lo extraordinario. Eso es lo extraordinario.

Este cerdo muerto significa un año de alimento para dos personas. Las casas vecinas aportan su esfuerzo sobre la base de una antigua costumbre solidaria y, al final del día, son recompensadas con algo del cerdo devenido en alimento. El evento lleva siglos convertido en fiesta de los grupos pequeños, su desarrollo conlleva la renovación de los mismos, la actualización de sus valores, símbolos, tabúes, relaciones, temores. El acto festivo también renueva el pacto social de la pequeña comunidad. En él se refleja el grado de cohesión del grupo, la transmisión cultural intergeneracional, la relación con el tiempo de hoy frente al tiempo ancestral que se revive. La llegada de la cultura industrial, en cambio, ha hecho que las matanzas se produzcan en grandes naves, exentas ya de cualquier carácter festivo y ritual.

En el caso de estos cabreros del fértil valle de la Vera, la fiesta de la matanza sí deja entrever la naturaleza simbólica espontánea del grupo, que está enhebrado realmente y cuya interdependencia garantiza su supervivencia. La representación de los roles es casi una fotocopia desde hace siglos. No es un evento turístico, no aparece en las guías de viajes, no se habla de ello fuera del entorno, y sin embargo es todo un mosaico de la cosmogonía rural, un gigantesco microscopio para observar la cultura de ese *sapiens-sapiens* preindustrial, ya en vías de extinción.

El cerdo llegó a la muerte sin aspavientos, sólo en el momento de izarlo a la higuera perdió la calma ya amarrado por una pata a la rama más sólida de la higuera, boca abajo, con la realidad del revés.

Una vez allí, fue acuchillado en el cuello y luego puesto a disposición del tiempo y la gravedad para que se fuese vaciando de sangre y de vida. La sangre saltó del cuello y cayó en el barreño como un jarrazo de vino, salpicando a la mujer arrodillada, que empezó a removerla enérgica y automáticamente como una marioneta programada, para evitar el coágulo. Todo en la misma fracción de segundo.

El cerdo chilló con pánico alguna vez, otras con miedo sólo, otras como por desacuerdo y, finalmente, con resignación. Ahí se desangraba más lentamente, como un bombón de licor abierto. Luego se quedó quieto, hasta que el gorjeo de la sangre también fue cesando y así, colgado boca abajo, como un fruto más de la higuera, delante de una casa de piedra, entre otros árboles frutales, con olor a rocío, empezó a estamparse el color insinuante de la primera claridad del día.

Trasladan al sacrificado a una mesa larga, panza al cielo y le abren el cuerpo con el mismo cuchillo antiguo de un corte ininterrumpido desde el cuello hasta el rabo, dejando dos mitades simétricas de cerdo. Ahí aparece el interior visceral entre una nube de vapor blanco y caliente, envuelto en un olor desconocido para mí, denso, previo al de la podredumbre, pero plenamente vivo.

Van separando cuidadosamente diferentes partes, al objeto de dejar la masa intestinal libre del resto del cuerpo. Sólo trabaja un hombre, los demás miran. Una vez exenta la tripa, que se mueve con la misma gelatinosidad que antes de la muerte, las mujeres con sombrero de paja y faldones remetidos al jersey se llevan las tripas en un balde para cocerlas y mezclarlas luego con tomillo, sal gorda y pimentón, antes de embutirlas. Parecen santeras.

El que disecciona, remangado y ajeno por completo al sentimiento de culpa, separa con finura la columna vertebral de la carne, y el costillar cae vencido hacia ambos lados, como una verdad al descubierto. De ahí se sacan largas tajadas que son colgadas como ropa mojada en la rama ancha de otra higuera. Los perrillos sumisos y hambrientos deambulan por allí, conteniendo las ganas de saltar a por la carne y huir. Su docilidad y su espera, en cambio, son recompensadas por pequeños despojos que caen improvisadamente a su alrededor. Esos chasquidos nerviosos de perro caníbal me dejan un poso de truculencia.

Cuando decapitan al cerdo, el manto de carne que se extiende del cuello para abajo se desvencija como un mantel por la mesa. La cabeza queda en un cubo de plástico encajada al fondo, con la cara hacia arriba, detalle que no advierto hasta mucho más tarde, por sorpresa y a quemarropa al asomarme al interior del cubo.

El rostro del cerdo mantiene la mirada del último pensamiento vivo. Tiene la vista puesta en algo abstracto, cerca de él. Se ve que está sorprendido. La mirada es reprobatoria sin llegar a ser agresiva, ingenua aunque consciente, denotaría un pensamiento simple y molesto aunque, tal vez, la piel de su cara se deformó mientras se escurría cubo abajo y le cambió el gesto, quién sabe.

La última parte del despiece la realizan simultáneamente un chico joven y hombre viejo. Para el primero, es su bautismo. Es visible su cara de gusto cuando separa limpiamente el magro de la grasa. El hombre viejo está algo contrariado; en principio iba a ser él quién llevase el peso de la matanza, luego, al comprobar que sería otro, se apartó dignamente del asunto y, sólo al final, accede a rebanar algunas partes, explicando, *ex magíster*, las diferentes posibilidades de la faena.

Mientras tanto, las mujeres preparan las tripas para embutir en una artesa larga de madera, la misma que ha visto a generaciones de tripas de cerdos removerse sobre sus vetas. Condimentan la mezcla, la amasan con energía y después la espolvorean de orégano. Queda entonces la artesa bellísima como una venerable canoa vikinga antes de ser echada al mar.

En ese punto, las tripas del cerdo son el inicio del nuevo significado del animal sacrificado. Empieza a tomar forma la reencarnación del cerdo en salchichas.

A la hora de comer, nos reunimos todos alrededor de una mesa, de pie, navaja en mano —todos tienen las suyas menos nosotros—, con chorizos y morcillas procedentes del cerdo muerto hace un año, vino de pitarra, queso, y una fritura de hígado y magro del cadáver reciente. Ahora están todas las generaciones juntas, inevitablemente alegres; se cuentan historias de otras matanzas, de pequeñas rencillas en el valle, se pasa el vino de mano en mano... Y los perros detrás de nosotros en espera sumisa.

Las mujeres trabajan más que los hombres, no es sólo cuestión de funcionalidad. Se las ha visto durante toda la mañana preparando cosas aquí y allá. Estas mujeres de caderas robustas tienen híper desarrollada la

capacidad de plegarse hacia adelante, sin duda acostumbradas desde tiempos remotos a la tarea de preparar alimentos, remover, cocinar en la hoguera, etc.

La mujer menuda y ancianísima se mueve por la escena apadrinando los actos, supervisando aquí, adelantando algo allá. También se pliega hacia adelante de maravilla cuando saltea el hígado y el magro, sentada en un taburete en un cuarto de la casa antigua, sin luz.

El niño gordo se pone tibio de chorizo.

La tarde se ha revuelto un poco y ante la amenaza de lluvia, las mujeres — de nuevo— se apresuran a embutir la vistosa mezcla de tripas, pimentón y orégano. Los hombres, conscientes de que la única labor importante que queda es esa, se relacionan más fluidamente con el vino, y comienzan, entre ellos y los dos reporteros profanos, a tratar temas tabú. El aspecto antropológico de este rito festivo toma más forma. Nos aconsejan sobre la relación hombre-mujer y reímos sobre ciertos vicios.

La máquina de embutir es un aparato de hierro que se fija en la mesa con una presa. En la parte superior se abre una boca circular dentada que va triturando la carne según se le da a una manivela. De ahí pasa a un tubo que comunica el estómago de la máquina con el exterior, en donde esperan las originarias fundas de los intestinos, cocidas y secas, para embutir los chorizos y las morcillas

Por ser explícito —y no malvado— comentaré que el gesto de embutir la mezcla de tripas en sus fundas es el mismo que el de desarrollar un condón a lo largo del pene. La chica rubiaja insiste en embutir ella, pero las otras mujeres se reservan la tarea: “todavía no sabes”, dicen entre risas, y entonces se conforma con mover la manivela. *No sé exactamente cuándo se alcanza la edad para poder embutir, pero por la conversación quizás está relacionado con la primera madurez sexual.*

Esta tarea se prolonga durante otras dos horas —al menos—, durante las cuales, el vino de pitarra ha dado lugar a las primeras manifestaciones de cánticos regionales. Es casi una ofensa no beber con ellos.

A media tarde aparecen felizmente las gallinas, liberadas del corral, como si fuesen un grupo de colegialas en la hora del recreo. Vidal las llama...: “¡Niñaas!”.

Crónica de un reportero profano

Hacia las seis de la tarde ya se ha embutido el último salchichón, que es colgado, como los anteriores, en unos clavos en una viga del interior de la casa que ellos llaman púas. Luego Dioni regala algunos chorizos y morcillas a los invitados, y en lugar de sacar alguna guitarra y cantar y bailar como antaño, nos vamos despidiendo. La fiesta se queda sin el último acto, ahora ya que hay poca gente con quien celebrar.

La chica de quince sigue un rato jugando a perseguir al niño gordo —le coge en dos zancadas—, el hombre mayor acumula todos los colores de la embriaguez a la altura de la nariz y sus alrededores; las mujeres de sombrero de paja se yerguen casi por vez primera, y ahí aparecen, culonas, vigorosas y alegres; el hermano mayor deja de beber el vino que tenía semioculto en el interior de la casa; y los dos reporteros se van alejando, de anochecida, por el mismo sendero de piedras que les condujo a una casa de cabreros, inserta en un monte, entre abejarucos y encinas.

BURROTOUR

Cosa impensable hace unas décadas, el burro es hoy una especie en peligro de extinción. Se calcula que en cuarenta años han desaparecido un millón de ejemplares del que fuera elemento esencial de aquella España rural, el mejor amigo del campesino, el altar de Sancho Panza, la musa de Juan Ramón Jiménez. Sustituido por el tractor, el burro se ha ido perdiendo por los caminos, abandonado a su suerte, ya inútil y prescindible.

Ahora, una empresa en la sierra de Gredos, con este reclamo, anima a los turistas a que se den un paseo en burro y, de paso, colaboren para que no desaparezca la especie.

Esta noticia es pequeña, insignificante. Su metáfora, gigante.

Antes de salir están los burros desnudos en su cerca, comiendo o mirando las cosas con esa indiferencia suya tan dócil, con esa actitud silenciosa de espera atemporal, del que no le inquieta la tardanza ni cree en tragedias. Él se adapta. Parece como si se tomara su vida de manera intrascendente. Como si todo fuesen cosas menores.

Esta es, probablemente, la sabiduría del burro.

Él te lleva al monte o donde haga falta, sin apenas cuestionar ninguna de tus intenciones; anda, se presta, comparte, acata, y luego sigue. No le preocupas, él marcha.

Da alegría entender que te traslada con la misma disposición con la que carga un fardo de leña. Así, entonces, te imaginas también que eres una cosa simple a la que llevan y te dejas hacer, contagiándote de la lenta sencillez de su paseo; de su leve torpeza al caminar, de su tripa gorda, del paisaje campestre a vista de Travelling...

Crónica de un reportero profano

A la mitad del camino hay un manantial a ras de suelo donde te bajas para recordar cómo era eso de andar, puedes tumbarte por ahí un rato sobre la hierba, no hace falta atar al burro porque no quiere irse; está por ahí, se agacha a comer, anda un poco, o se queda quieto, con la expresión de siempre.

Luego se vuelve sobre los propios pasos. De eso se trata.

Es muy sencillo.

Un paseo con él.

PARTE III

BAJO LA PIEL DE LA CIUDAD

EL SITIO INVISIBLE

No sé si el cambio cultural nos ha sentado muy bien. Te montas en el Metro, por ejemplo, ese ámbito tan metafórico de la cultura urbana, y ves nítidamente la discordia por el espacio propio y el espacio común. No ha llegado a calar la idea, el nuevo concepto, de “la soledad compartida”. Por eso hay mucha gente a la que le jode, sin explicación aparente, que le leas el periódico si vas a su lado. Hombre, qué más te dará. Pues no.

Yo creo que el tipo que pliega lentamente el periódico hacia sí apela a las condiciones del nuevo “contrato social” en un vagón de metro, que recuerdan que estamos solos allí, que podemos abstraernos totalmente, pues la presencia del otro es una mera casualidad intrascendente. Esas son las reglas. En el momento en que el otro estira el cuello para asomarse al periódico, renegociando —de facto— las condiciones del citado contrato, al tipo se le rompen los frágiles esquemas de la ensoñación de soledad que venía interpretando, y se turba. Es muy difícil así aceptar que uno está solo. No es mala sangre del tipo que cierra el periódico. Son ganas de una escena creíble en un contexto raro.

En el metro se hacen patentes muchas contradicciones que, arriba en las calles, se esquivan fácilmente.

“El sitio invisible”, cuando sucede, ofrece algunas significativas paradojas.

Se abren las puertas del vagón y entra la consabida tropilla de viajeros, con una velocidad algo excesiva y cara de ausencia. Hay tres sitios libres a la derecha y un montón de gente en pie a la izquierda, lo que genera la primera situación codificada.

Los viajeros que encabezan la tropilla pueden dirigirse hacia los asientos, en un movimiento mecánico, irreprochable, pero —de vez en cuando sucede— no lo hacen.

En los dos segundos que tardan en barrer el vagón con la mirada, entienden que ha de haber alguna razón que todavía desconocen (porque acaban de llegar) que explique por qué cuernos están los asientos libres pero la gente de pie. No lo saben, pero lo que perciben claramente es que si alguien puede sentarse no es ninguno de ellos, sino alguno de los que estaban antes aunque aún no haya ejercido ese derecho.

Ahí se produce una suerte de parálisis; la tropilla no acude a la proximidad de los huecos para verificar la razón. Puede tratarse de un chicle pegado o cualquier otro defecto de forma en el asiento, puede ser que algún viajero o viajeros de esa zona no sean muy deseables. Quizá tienen reparo en llegar de novatos, descubrir el percance y tener que retroceder indignamente ante la mirada superior de los demás. Estamos todos muy cerca, no hay ventanillas para distraerse, de modo que los errores son muy patentes.

Si nadie de la tropilla rompe el protocolo, el “sitio invisible” se hará más fuerte. Todos asumirán que no saben y se concentrarán en la parte del vagón más apretada, con vistas, eso sí, a los asientos libres para ir barajando diferentes hipótesis que les resuelvan.

A los tres o cuatro minutos sus sospechas se confirman. A los asientos no les pasaba nada. Han vuelto a caer en la trampa del “sitio invisible”, y ya es demasiado tarde para volver por él. Esta situación se puede prolongar varias estaciones, y las tropillas siguientes repetir el mismo amago hacia el hueco, recluir a la zona apretada y dejar, misteriosamente, que los asientos sigan vacíos. Nadie sabe por qué pero el consenso es total.

Necesitamos los consensos por muy raros que sean para ir tirando en este mundo urbano tan raro. El primero que lo rompa conseguirá su asiento y dejará en evidencia al resto, como el niño que señala el traje invisible del rey, pero habrá de soportar algunas miradas de los demás que parecen reprochar: “¿acaso no crees que nosotros también queríamos sentarnos?”.

La situación había empezado cuando se levantó alguien y los que tenían “derecho moral” al sitio, (siempre los más próximos al mismo) no se sentaron, y los demás, por respeto a esa extraña toma de conciencia,

tampoco se sentaron, con lo que echó a rodar la pelota, hasta que entra en escena nuestra tropilla, ya con la norma del sitio invisible mucho más afianzada. De ahí que huyeran hacia la zona apretada.

No se trata de cortesía porque, en la dinámica habitual entre los que optan a un asiento (recién habilitado) hay una pugna bastante egoísta. Existe todo un jueguito de pies adelantados, codos entremetidos como retazos cubistas, carpetas y bolsos separadores para ganar la posición, que más bien parece una jugada congelada en el área de una cancha de baloncesto. Es lo que tiene la soledad compartida: una entelequia de guion lógico y una mina de guion fantástico.

La trampa del “sitio invisible” no se da por cortesía. Se da por vergüenza al desconocimiento de las nuevas pautas sociales, por temor a que descubran que aún no las hemos aprendido. Revela ansiedad, más que deseo, por pertenecer al gran grupo. Ansiedad por acogerse al paraguas de la normalidad, por muy rara que sea. ¡Sea pues! Tengamos una nueva cultura, pero no me lean el periódico, que me la chafan.

Parecemos algo perdidos en la nueva cultura, que en teoría no es nueva sino la normal. Menuda locura. ¡Como para sentarse en el sitio invisible!

DIARIO DE UN COCAINÓMANO

La velocidad, la individualidad, la apariencia, la intensidad. La coca es la droga del éxito urbano. La toman los famosos en sus fiestas, los políticos incluso en el Congreso, los protagonistas guay de las películas, y quizá por eso la toma el resto de la sociedad: adolescentes, amas de casa, abuelos, ejecutivos... La “nieve”, igual que otras drogas, también ha llegado al campo, vestida de fascinación urbana. Todos los pueblos medianos tienen su “camello”, y se consume tanto o más que en las ciudades.

Decido seguir un día entero a un joven enganchado a la cocaína. El reportaje fue publicado en la revista DT.

“La farlopa me sienta de puta madre, por eso la tomo, no es que sea un descerebrado ni un inmaduro. Siento cosquillas en el momento de pensar que me voy a poner una línea. Noto un poco de calor en la saliva y el inicio de la excitación mental. Sé que va a ser inmediato, en tres segundos me siento poderoso, y el mundo, de repente, es un lugar sobre el que juego con ventaja”. José K sabe exactamente por qué se mete cocaína por la nariz, aunque sea la droga que más muertes produce al año entre los españoles (está implicada en el 66 por ciento de la mortandad por consumo de drogas, por delante incluso de la heroína), aunque haya visto el anuncio del gusano que reptaba hacia el cerebro para devorarlo. Por no ser muy precisos, diremos que K ocupa un sillón de bastante responsabilidad económica dentro del mundo del cine y la televisión, no llega a los treinta pero ya manosea entre tres y cinco mil euros al mes según la productividad. Cuenta con novia,

familia y amigos que le quieren. Duerme en un piso luminoso y reformado en Malasaña que combina una extrañeza de caos y lujo: plantas vivas y muertas, lasaña cara precocinada que se pudre fuera de la nevera, una soberbia estantería de compactos de música y películas junto a la pantalla de plasma en la que también trabaja, un sofá de cuero negro sobre el que se derrama ropa y unas deportivas Villabong. K es de los que no se desatan los cordones para quitarse los zapatos. Ese tipo de trámites le sobran porque vive directo al grano.

Después de la tez pálida se levanta en su rostro una mínima película de sudor que le deja la barba de seis días en el rocío, muda a gris por la sombra de las ojeras y luego brilla por el cráneo a través de una notable calvicie. La vista parece completamente perdida pero a punto de tenerlo todo controlado, o viceversa. Duerme tres cuartos de hora al día, cada dos o tres quizás descansa y, aunque parezca imposible, puede llevar una vida “normal”.

A las siete de la mañana ha empezado una frenética jornada más para José, su amante de polvo, y el resto del mundo. Accede a que le acompañe. “Nada más levantarme me he puesto una raya así”, y acota una distancia sobre el volante de diez inquietantes centímetros entre el índice y el pulgar. El recordatorio le ha encendido un brillo de ansiedad en sus bonitos ojos azules; yo diría que está pensando en ponerse otra igual. Son las 7:30 a.m. en Alonso Martínez, donde me recoge. Casi apetece adormilarse sobre la suave felpa del asiento de su coche moderno, entre el vaivén del tráfico previsible y la poca luz, si no fuese porque K habla con un ritmo excesivo, fuma uno detrás de otro (tres paquetes al día) y porque nos dirigimos a comprar clorhidrato de cocaína al poblado de Las Barranquillas, el escenario más decrepito de esta ciudad, abierto veinticuatro horas al día. Nos deshacemos de O’Donnell para embocar la M-30 dirección norte y tomamos el último desvío que aparece señalado como prohibido.

La película de “La noche de los muertos vivientes” no asusta tanto como el tránsito de semi-humanos desarrapados que caminan a pie hasta las primeras chabolas en busca de la siguiente dosis. “Tranqui, tranqui”, carraspean los que ejercen casi de porteros del poblado. Parece que transmitieran calma, pero están vendiendo Tranquilmazin. “Es para bajar el pedo cuando llevas demasiada marcha y poder dormir”, aclara José.

Demasiada marcha puede significar tres, cuatro, cinco días poniéndote sin parar. El narco-supermercado más grande de Europa gasta un aire de pesadilla al amanecer, el rosa de los primeros rayos lo envejece más. Se nota en el silencio de los que fuman, se pinchan o esnifan dentro del vaho gris sus coches. “Tú aquí no preguntes nada, no abras la boca y deja la grabadora en el coche, simplemente estate a mi lado”.

La caseta de la que K es habitual está pertrechada por tres yonquis que debaten algún aspecto financiero. Son los “machacas”, pseudo-esclavos de los vendedores. A cambio de una pequeña dosis cada cuatro horas están a su permanente disposición, bien para envasar papelinas, abrir puertas, captar clientes, bien para “dar el agua” (avisar a la policía) o hacer cualquier tipo de recado.

Entramos sin hablar con nadie y nos ponemos al final de una cola que desemboca en una habitación de techos altos, sin muebles excepto una gran mesa tras la cual un tipo calvo, abultado y sin expresión despacha de tres montones enormes de polvo blanco: base, cocaína y heroína. Parece la antesala del infierno. José pilla dos gramos por cien euros que subirán por su mucosa nasal antes de que acabe el día. Mañana vendrá otra vez y pasado también. “Es un poco coñazo venir a diario o casi, pero si comprara para toda la semana a lo mejor me dura dos días. Es una manera de racionarme”, admite K en un tono lánguido que llega a susurrante en la última frase. Yo me quedo con una micra (100 mg) para analizar su pureza más tarde. Ya en el coche, sobre la piel de la cartera, se pone esa línea de diez centímetros, gemela de la primera al despertar. No se entiende este deseo en este contexto, a esta hora de la mañana, pero son cientos los consumidores que pasan el ritual y, según la variable cilindrada de los vehículos y el aliño de sus conductores, desde luego no es toda población marginal.

La “nieve” arrastra personas de toda índole social, económica o cultural y, por supuesto, a jóvenes urbanos, independientes, de su buena posición económica, como K, que se encuadra dentro del perfil estereotípico más habitual en España.

Animado por el golpe de nieve y mis preguntas, José K repasa su inicio al consumo. Conduce rápido y de memoria, en quince minutos entra a trabajar. Agita un tema y luego otro pero con la precisión de un contable. “Conozco la coca desde los dieciocho (la edad media de inicio al consumo

está en 20.9 años, dato que ha bajado unas décimas en los últimos diez), en los noventa en el mundo de la noche se ponía todo, todo el mundo, vamos el que no se ponía era un *pringao*. Esto es así. Yo trabajaba de Disc Jockey en varios garitos y, aunque no cobraba la pasta que se gana ahora, siempre tenía *talegos* en el bolsillo para pegarme un homenaje e invitar a colegas”. Le pregunto si es cierto eso de que se liga más con la coca. “Hombre, si la tía también se pone y es un poco... (ríe), casi, casi, te la estás tirando en el baño a la segunda *loncha* que la invitas”. Quizá quiera impresionarme en este punto pero tiene buenos argumentos: “Estás más rápido, más locuaz, más ingenioso, parece que te comes a Dios por una pata, y eso supongo que ayuda. Yo creo que la coca también te pone más cachondo y a ellas igual, o incluso más”. El índice de consumo entre mujeres es notablemente inferior al de varones. Según los datos del Plan Nacional de Drogas para 2003 (los de 2004 aún no están listos), se desprende que mientras el 9.2 por ciento de ellos la ha probado alguna vez, sólo el 2.6 por ciento de ellas lo ha hecho. Ningún ratio aclara a quién le pone más cachondo.

Me bajo del coche en Avenida de América que ya luce su densidad propia de la hora punta, y posponemos la charla para las 2:30 p.m. Para entonces K ya se habrá “atusado” con cuatro cinco tiros entre reunión y reunión con otros miembros de su sección, en la soledad de su despacho individual, entre una llamada que amarra cuatro mil para su empresa y otras tres a su novia, en bajito, intentando explicarse de otro desencuentro. Me lo dice en la pizzería de la plaza del Dos de Mayo, detrás de una ensalada de pollo que va a dejar sin terminar, con la primera de las dos cervezas grandes. El 98 por ciento de los que toman cocaína también bebe alcohol. Se ha liado un porro bajo la mesa en cuestión de segundos y absolutamente nadie en la terraza lo advierte. El 79 por ciento de los inhaladores de cocaína también fuma cannabis. “Llevo unos meses a este ritmo que te digo; antes no iba tan fuerte, tomaba los fines de semana y en fiestas, pero luego te acostumbras a comprar más a menudo, a salir más con los colegas que también toman. Cuando no tiene uno, tiene el otro y si no vais a pillar juntos, y desde ahí empiezas la fiesta. Lo siguiente es ir a comprar solo y también ponerte solo”. Pero a continuación se defiende: “También hay mucho gorrón que nunca compra pero siempre acepta una raya, la gente es muy interesada y muy egoísta, entonces mola ir a tu rollo y flipar solo, pero

controlando; a mí me la suda”. No parece convencido, tal vez hoy no tenga un buen día pero sus comentarios sobre el resto del mundo tienen un gusto rencoroso de hastío. El 1.1 por ciento de la población española ha consumido en el último mes, y entre la franja de 14 a 18 años se eleva hasta el 3.8 por ciento, siempre según la muestra sobre 12.033 personas elaborada por Plan Nacional de Drogas, dependiente del ministerio de Sanidad y Consumo, en el 2003, y teniendo en cuenta la dificultad y veracidad de unas encuestas anónimas sobre una materia delicada de contestar.

K se ve obligado a mentir de continuo en su rutina diaria. No dice a nadie que se levanta una hora antes para ir a Las Barranquillas, ni que vuelve al poblado por la noche porque ya se le ha terminado, ni por qué está perdiendo peso. El desarreglo en el atuendo lo achaca a su carácter inconformista, su camiseta lucirá arrugada pero es de la marca Quick Silver. Nadie sabe que duerme tres cuartos de hora al día.

“Algunos compañeros de trabajo me compran y me dicen: joder qué buen camello tienes, pero no saben dónde la pillo”. Con estos mismos compañeros se corre la mayoría de las juergas; su profesión desemboca en la noche, por eso siempre tienen un puñado de invitaciones para inauguraciones, espectáculos y conciertos apetecibles donde ir. En este ambiente (y en tantos otros) no está mal visto, quizás al contrario, empolvarse de nieve, estar activo, lenguaraz, alerta e ingenioso, siempre que parezca que no estás enganchado. La apariencia es la espina dorsal que articula esta droga. Parece que estás contento, parece que puedes con todo, incluso con la rubita del final de la barra, después de siete horas seguidas de trabajo. Pero sólo parece. “Y tus jefes, ¿sospechan algo?; eso sería un problema, ¿no?”. Cabecea y ataja: “Sabén que unos cuantos en la oficina tomamos, pero pasan del tema. A ellos les interesa que curremos bien”. Y la cocaína eclipsa el cansancio, mete velocidad, te pone a funcionar. Laboralmente ser rápido y muy productivo es un punto a favor. Los efectos de la cocaína mantienen una sincronía con los valores de esta sociedad de consumo y de la apariencia. La imagen de éxito que proyecta y que tantos ejecutivos, famosos y millonarios coqueteen con ella no hace sino aupar su consumo y su aceptación social, todo ello, aun cuando al 96.4 por ciento de entre 15 y 64 años le parezca peligroso o muy peligroso tomar esta droga

habitualmente. Aunque José se refiera a los noventa como pico del consumo, entre el 99 y el 2003 se produjo el salto más notable, pasando del 4.2 al 7.5 por ciento en la horquilla masculina entre 15 y 34 años. La tendencia sigue al alza.

Últimamente, K viene sustituyendo las noches de fiesta con amigos por “homenajes” individuales, como él los llama. Tiene por delante una tarde agitada de trabajo en la que se volverá a ver las caras con cuatro o cinco tiros, quizá más, luego acudirá al poblado a reponerse de la bajada. Hoy tampoco queda con su novia, sigue mosqueada. En lugar de eso, otro batallón de líneas, o gusanos, verán su cerebro de cerca para mantenerle colocado, en la ficción de que todo marcha bien, o quizás sólo aliviarle la angustia de la abstinencia y, seguramente, para ver más la solución de sus problemas en otro tiro más.

SHOW GIRLS. MONÓLOGO A LA ENTREPIERNA

Existen en España muchos lugares donde se da esa seducción profesional femenina, y uno, a cambio de dinero, satisface la provocación; con diferente rango, distinta ubicación, calidad variable. Llámense clubes de carretera, barras americanas, bares de alterne, todos estos lugares responden genéricamente a un mismo proyecto: dejarse seducir, perderse entre los reservados, liberar la adrenalina acumulada, y olvidarse después, de cualquier vínculo emocional con la acompañante provisional.

Tan antiguo como la vida misma.

Sin embargo, ahora ha aparecido este nuevo tipo de seducción sexual. La misma provocación pero distinto objetivo. No se trata de llegar a ninguna posición horizontal. No se pretende que se toquen dos cuerpos.

Al final de la seducción, se termina el juego.

El Show Girls es una representación teatral en la que las actrices juegan a la seducción de la prostituta que al final se evapora. Si no lo sabes, te lo dicen a la entrada, o te lo aclara alguna de ellas si te pones pesadito.

No se toca.

Y en verdad se trata de eso: dejarse abrumar de carnalidad femenina hasta el límite y verse avasallado por hembras de proporciones dionisiacas que parecen desear comerte, crudo o quemado, vivo o muerto, en la salud o en la enfermedad, mientras tú intentas ser lo más parecido a un busto de bronce, y no por lo duro, sino por lo sordo. Sordo a la descarada y desquiciante provocación que, sorprendentemente, no enloquece a los hombres, ni les altera. Hay una suerte de consenso entre los hombres: nada de eso ocurrirá.

De ahí que el espectáculo del Show Girls consista en un monólogo a la entrepierna masculina. El placer parece encontrarse precisamente en el

morbo de esa impotencia. El mito del macho dado la vuelta. No imponer, mostrar, ofrecer, erigirse, dominar o eruirse. Al contrario. Quedarse pequeño, sumiso, encantado de la vida viendo a estas panteras virtuales dentro de su áurea insalvable deambular por ahí, o charlar a pocos centímetros de ti, o en su número en el escenario. Pero siempre ellas, no tú.

No se permite la subida de los clientes al escenario, y es probablemente porque la representación masculina ya está ahí arriba, en la configuración de esas barras de aluminio en permanente estado de erección, alrededor de las cuales ellas despliegan todo su potencial bélico.

Cuando se abre el telón, cada una encuentra su personaje y su seducción, pero invariablemente en torno a la idea de dominación, el juego equilibrista y la provocación.

De fondo tal vez suene la banda sonora de “Nueve semanas y media”, o algún tema lento muy amoroso; detrás hay un camarero impávido, impecablemente uniformado y, recostados sobre butacas de tacto suave se hallan los hombres, en silencio, expectantes, casi cabizbajos, deslumbrados, con la conciencia y la correspondiente actitud de quien no tiene que demostrar nada, aun cuando enfrente de él resbale despacio desde las alturas una equilibrista sexual con gesto de suficiencia, con las piernas abiertas hasta la locura, dejando frente a su sexo una barra tiesa.

Aún puede uno sofocarse más si solicita un baile privado que se cotiza por tiempo, y que se convierte en desnudo integral si superas los veinte minutos frente a la representación de la hembra poderosa.

Pero luego no hay más, o eso se asegura. Esta es la sugerencia: dejarse seducir hasta la brutalidad, mostrarse dócil, y luego irse a otra parte con el sueño de cien diosas a tu alrededor.

Bueno. Imaginación al poder.

Hay algo muy perverso en el Show Girls, no se sabe bien qué es. Algo extraño flota entre el escote de la vedette y la nariz del hombre sobrepasado por su incapacidad. Algo que sabe a derrota en la vida, a resignación. Asistir al Show Girls es como pasearse por un restaurante

caro, que te tiren a la cara sus más exquisitos platos y que no te dejen ni rebañar.

La triste metáfora que late detrás es la del sueño a tres centímetros, más inalcanzable que nunca. La bailarina que se te acerca moviendo las caderas es de humo. Sus insuperables tetas pasan entre tus dedos mientras tu saliva se marchita. Sus pies dejan una huella en un idioma desconocido para ti. No te reprime nadie pero no mueves un músculo. Tu deseo hierve a cien mil grados lejos de ti. No es tuyo ese pene entre tus piernas. No tocarás tu sueño.

“DOGGING”, SEXO SIN IDENTIDAD

Puede que uno de los huecos más tristes que ha dejado la cultura urbana en la nueva identidad, donde no se conoce ni se reconoce a los miembros que la habitan, se llame dogging. Por suerte es algo minoritario, pero la soledad sexual compartida de este nuevo invento remite a una íntima desubicación que asusta o, como mínimo, da qué pensar.

Esta misma noche, miles de personas en España, en grupos de tres o más, estarán haciendo *dogging*, es decir, manteniendo encuentros sexuales semi-públicos sin apenas conocerse.

Ese tipo que se pasea en pelotas por los alrededores de una playa sin que se sepa bien qué hace; esa pareja que descaradamente te ha visto y se esmera un poco más; ese coche que te da las luces o se acerca ligeramente en un apartado del camino; esa luz dentro de un coche en el que una pareja se ama. Todo esto podría ser el inicio de una situación *dogging*. El sexo sin amor, como tabú, se ha quedado ya muy corto. Lo que viene ahora es sexo sin identidad, y puede suceder así, de manera casual, como venía sucediendo, pero ahora Internet ha organizado y multiplicado la demanda que existía. *Dogging-spain.com*, *e-dogging*, o *doggingidiversio.com* en nuestro país, entre otros sitios, reúnen ya a más de 55.000 socios.

Está pasando en todas las provincias, cada una tiene su foro de *doggers*; también ocurre en toda Europa y en medio mundo, desde Argentina a EE.UU pasando por México y Brasil, en Japón y seguro que en muchos otros. ¿De qué va todo esto?

Nació en Inglaterra en los 70 a imitación del *cruising*, (del inglés; atravesar, ir de crucero) que es lo mismo pero entre homosexuales. No hay consenso para el origen del término *dogging*. En inglés literario se

encuentra con el sentido de “seguir” o “perseguir”, como aparece en Moby Dick. Según la escritora Jane White, sin embargo, se le dio este nombre porque los que se paseaban por los parques en busca de experiencias animadas parecían pasear perros invisibles, y otros lo explican porque la práctica sexual es similar a la de los perros: encuentros rápidos tras un mínimo contacto. Todas tienen buenos argumentos, la verdad. En hispano, además, se ha traducido como “cancaneo”.

Mantener sexo tras ninguna o mínima identificación era obviamente un deseo colectivo latente y, además, muy ramificado. El voyeur, el exhibicionista, el que intercambia su pareja y el varón a la caza de lo que sea estaban en el mismo barco y ahora ya lo saben y no se cortan un pelo. Esto es dogging. Una corporación de fantasías que quiere desembocar en orgía y que gana curiosos a paso de vértigo. Se dice que ya sucede en el 60 por ciento de los parques urbanos de Inglaterra. Generalmente se da entre una pareja, más uno o varios varones; o varias parejas y varios solteros, ya que es rara y muy cotizada la presencia de mujeres solas. De hecho, en los foros, cuando aparece alguna, se le presentan veinte páginas de saludos masculinos, las cuales —al menos en público— no obtienen respuesta. Pero se organizan “*kedadas*” con bastante frecuencia y, dado que es una práctica relativamente novedosa, desde el 2000 más o menos se sigue estableciendo el modo de relacionarse, porque no es fácil. No siempre cuajan los encuentros. A veces hay malentendidos, señas equívocas, torpeza o poca o demasiada desinhibición. El éxito o el fracaso de la aventura dependen en gran medida de cómo sepan canalizar sus deseos los aspirantes. Un paso en falso puede suponer el fin inmediato. No cabe duda de que el asunto es escurridizo.

Doggers casuales y doggers organizados

El dogger casual va por libre, acude sólo o en compañía a lugares que puedan tener actividad, movido por la pura adrenalina del encuentro fortuito. Si es una pareja, se pondrá a lo suyo moderadamente visible mientras espera visitantes, o se acercará a otro punto más activo para unirse al grupo. Si acude solo y le tiene fe al lugar se hará el

despistado hasta que aparezca alguna pareja; entonces tratará de ser invitado, se acercará y llegará hasta donde alcance la fantasía común. Muchas parejas confiesan que no fueron conscientes de que les daba morbo esta situación hasta que un día se sintieron observadas y se dejaron llevar. A veces sólo se permite mirar; a veces, también participar, dependerá del *feeling* que se dé; en muchas ocasiones grupos de mirones revolotean alrededor del coche como moscas a la miel y se masturban pegados a las ventanillas.

Efectivamente, amigo lector, esto es excitante para varios miles de personas.

El dogger organizado (que también puede ser casual) acude a “kedadas” que son de dos tipos: abiertas o restringidas a determinados miembros que se conocen, como círculos de amigos o grupos de parejas que van a por una fantasía más concreta. Puede que el dogging sea una obscenidad pero nadie dirá que no se guardan las formas. El tono de los comentarios en los foros es siempre educado: “Disculpa si me entrometí antes de tiempo...”, dice uno con toda delicadeza por mucho que su foto de identificación sea un solemne pene en estado de majestad.

No obstante, entre doggers casuales y organizados se han dado desencuentros, en general relativos al modo de aproximación deseable: se requiere algo más de tacto. No acribillar con destellos a una parejita, nada más ser descubierta y también (esto se repite mucho) no pegarse con mucha ansiedad al cristal porque los elevallunas se estropean.

Códigos de comunicación Dogging

Para iniciar o advertir un encuentro dogging existen unos mensajes básicos cuyo canal es el mismo coche según el estado de sus luces, puertas y ventanillas.

Una luz encendida dentro del coche de una pareja que se está poniendo morada es una invitación a mirar.

Una ventanilla abierta es señal de que se puede tocar.
Una puerta abierta indica que puede unirse todo el que pase por allí.
Destellos de luces (moderados) es una invitación a jugar.
Luces exteriores que se encienden y se apagan: estamos ante un coche de doggers.

Normas de etiqueta dogging. Qué se espera de los participantes.

En realidad, lo más normal es que ese tipo desnudo en los alrededores sea nada más que un nudista despistado, que a esa pareja dentro del coche se le olvidó la luz encendida y que el de los destellos que se acerca sigiloso es un tímido que se ha perdido. De ahí que la revista virtual *Dogging Central*, que pasa por ser la catalizadora internacional del fenómeno, proponga estas consideraciones y consejos para el mejor uso y disfrute.

Higiene

Siempre usar preservativos y mantener limpios los lugares dogging. En septiembre del 2003, la BBC citó el auge del dogging como una de las causas del aumento de algunas enfermedades de transmisión sexual. El Dr. Richard Byrne, de la Universidad Harper Adams, que dirigió un estudio sobre la tendencia declaró: “Hemos hablado con gente que hace esto, y están teniendo sexo sin protección con nueve o más personas por semana”.

Seguridad

Usar siempre un *nick* para los contactos y no dar información personal.

Mantener contigo en todo momento las llaves del coche y otros objetos de valor.

Organizar las kedadas fuera de zonas de tráfico de drogas o prostitución, lejos del público pero tampoco muy aislado por si hay que hacer una salida rápida o pedir ayuda.

Crónica de un reportero profano

No anunciar en foros públicos la hora y el lugar exactos de la cita, sino a través de mensajes privados.

Se recomienda a las mujeres acudir acompañadas de algún varón de confianza y no ser tímidas si alguien está yendo demasiado lejos.

Confianza

Las parejas deberían hablar antes de entrar en escena para tener claro hasta dónde quieren llegar, cómo y con quién, y establecer una palabra clave para parar cerrar la sesión.

Pregunta a otros doggers experimentados si tienes dudas. Estarán encantados de ayudarte si te muestras educado y sincero.

Sé puntual en tus citas y no lles amigotes que estén merodeando mientras tanto.

Sé discreto durante la actividad, si alguien se queja puedes meterte en problemas.

Muestra tu entusiasmo pero no dudes en levantar el campamento si alguien se pone pesado o te sientes incómodo. Asimismo, aclara cuando hayas decidido que el show se ha terminado.

Si ha resultado satisfactorio, agradece a los espontáneos su participación e intercambia teléfonos móviles por si quieres contactarles en un futuro

Para mirones y posibles participantes

Preséntate aseado.

No vayas de un sitio a otro sin objetivo. Averigua dónde puede suceder y espera por ahí sin llamar la atención, disimulando con esmero.

Si encuentras una pareja, déjales que entren en calor, espera un poco, deja que te vean y acude cuando se te invite. No vayas a hurtadillas, espera sus señales.

Si llegas a un lugar donde ya ha empezado la fiesta, sé buen vecino y no bloques la vista de otros doggers con tu coche. Tampoco es una invitación abierta para cualquiera que pase por ahí.

Lugares Dogging

El lugar donde va a producirse un encuentro dogging está apartado del paisaje público pero no mucho, está escondido pero sólo lo justo. Se trata de no ser interrumpido por quien no quiere participar pero, a la vez, ser accesible para el que sí. Puede estar sólo a cincuenta o cien metros de un lugar transitado, quizá un poco más visible que el picadero de toda la vida, pero también justo ahí. Tiene lugar en parques públicos, aparcamientos alejados, afueras de la ciudad, playas, caminos agrícolas o en desuso y otro sinfín de recovecos accesibles en coche.

Los socios disponen de planos exactos vía google.maps, pero la mayoría ya sabe dónde están porque ya han ido más veces. En ocasiones, las “kedadas” se producen en reservados de bares de amigos, cabinas de sex-shops o en locales liberales que cuentan con zonas “Glory Hole” (agujero glorioso) y/o “Swinging” (intercambio de parejas). El agujero es glorioso porque por ahí se mete el órgano sexual, y tras la pared en penumbra, alguien (sabe Dios quién), te practica una felación.

Pero casi cualquier lugar puede ya convertirse en base para un encuentro dogging. Está prosperando en España un modo de contacto, vía bluetooth, para saber si otro dogger está cerca o si, incluso, a un desconocido le apetece probar. El saludo que se recibe en la pantalla del celular, y que invita a participar, es “Toothing?”. De acuerdo con una noticia de Reuters, muchos extraños que van a trabajar en tren están encontrándose para tener sexo clandestino, y ya se cuentan por decenas en los trenes de Gran Bretaña. A esto hay que añadir el llamado “dogging virtual” en el que, además de no haber identidad, tampoco hay presencia. Se realiza a través de teléfonos móviles con cámara u otro tipo de dispositivos para hacer partícipes visualmente de las sesiones a personas que físicamente no pueden estar allí.

En fin, imaginación al poder, pero si no te va este asunto y sales con tu parejita por ahí en coche, mucho cuidado con las luces y las ventanillas. Un destello en falso y se te plantan seis animaos tras el cristal.

Yo no sé si esta variedad sexual es muy moderna o muy primitiva. Me parecen las dos cosas a la vez. En cualquier caso, tiene un fondo un poco triste. Es cierto que, al menos, se trata de personas que cumplen sus fantasías, que van buscando algo en concreto y, aunque a veces no salga bien, su finalidad es entrar en harina, no como el espectador del Show Girls, que es sólo un varón pasivo excitado para nada.

Sin embargo, el sexo compartido sin identidad tiene una resonancia más sórdida. No pude asistir a ningún encuentro dogging. He buceado por algunas cloacas de esta ciudad para investigar sobre armas, drogas, sectas y he visto y escuchado cosas muy desagradables, pero no sé qué tuvo el dogging que fue superior a mis fuerzas. Una mezcla de tristeza y asco le ganó la batalla a mi deber profesional, que era haber asistido. Nadie me lo exigía, pero en principio es el único periodismo en el que creo. Sobre la escena se hallan matices esenciales, pero ustedes me van a perdonar, todos nos imaginamos perfectamente a cuatro monos masturbándose contra un coche. Yo no encontré estómago para presenciar ni menos aún participar en semejante maniobra. Al inicio tenía claro que asistiría a algún encuentro. ¿Por qué no observar una pseudo-orgía campestre? Luego, cuando me apunté a una de las webs que se anuncian y estuve algunas semanas de voyeur sobre los voyeur me di cuenta de que no sería fácil observar sin participar llegado el caso, porque esa es la meta de cualquier dogger, y lo de involucrar a “mi hermano pequeño” en feliz comunión masculina no entraba para nada en mis planes. Para resultar creíble en ese contexto hace falta un rol. Pensé en representar el del pajillero solitario cincuenta metros más allá, o directamente vestirme de camuflaje y espiarles en serio, pero ambas me dejaban muy lejos. De modo que, para quedarme sin matices, mejor evitar el paripé. A pesar de ello, pude hacerme una idea bastante nítida de qué late bajo el dogging.

“Hacer el perro” es renunciar un poco a “hacer el humano”. El aumento de esta práctica, no como evento excepcional sino sistemático, sin duda deshumaniza más el sexo ¿Será mejor relacionarnos sexualmente como animales, sin preámbulos, sin seducción, sin psicología, sin conocimiento del otro? Quizás, para algunos, sí.

Particularmente me parece una debacle. Una imagen del fin del mundo. Gente frotándose como perros en público en vez de haciendo el amor como humanos. No me refiero a la intocable libertad y fantasía sexual de una pareja. Me refiero al amor, a ser posible, humano. ¿Dónde demonios queda el amor en todo esto? ¿No está? Yo sí lo vi. Pero disfrazado y disminuido. No le han invitado a la fiesta pero se cuela por las rendijas y aparece en los renglones de los chats, de vez en cuando, como pidiendo perdón por aparecer y, es que, aunque se vista de moderna perversión urbana, todo esto va de cariño. Cariño que quizás no se recibe, o no se sabe dar y que, de repente, encuentra una ventanita, un atajo, para intercambiar algo parecido.

El dogging pasa por ser una atrevida fantasía de gente sin complejos, pero de cerca, cuando te asomas a la legión de varones deambulantes que llevan meses o años chateando, ofreciendo la foto de sus penes flácidos o erguidos como toda presentación, el asunto parece más un mercado de salchichas abandonas, un refugio de identidades solitarias que intentan resolver su necesidad de querer y ser queridas jugando a que el amor no cuenta porque no saben, o no quieren, o no pueden establecer vínculos íntimos afectivos de otra manera.

LA OTRA CARA DE LOS HOOLIGANS

El fútbol nació al pie de las primeras fábricas inglesas, en el mismo instante en que la revolución industrial iniciaba la mayor transformación en los nueve mil años que llevamos como Sapiens-Sapiens. Fueron los principales damnificados quienes lo inventaron, quizá para escapar de la lógica deshumanizadora de la fábrica, de la despersonalización, del estancamiento mental. Contra eso, el fútbol inventó una finta aquí, rompió líneas, cadenas de montaje, enterró lo previsible, aupó la imaginación, el riesgo, la aventura, facultó lo imposible y creyó en la magia.

El resultado, fruto del esfuerzo colectivo, se comparte. Todos ganan y pierden con el equipo. Aunque del negocio se aprovechen los ricos hombres del ramo, el fútbol es, por origen, de clase obrera.

Casi no existe otra manera de pensar cuando uno se refiere a la afición futbolera inglesa. Violencia, alcohol, juerga y nulo sentido cívico. Cada vez que aparecen por nuestra geografía, las autoridades se echan a temblar, las fuerzas antidisturbios se ajustan los guantes, y los bares cavilan entre la posibilidad de hacer su agosto vendiendo ríos de cerveza o prepararse para una reforma si al final se arma. Las noticias sobre fútbol inglés aparecen casi en mayor medida en la página de sucesos que en la de deportes, y en realidad esto no se limita a las ocasiones en que los equipos ingleses salen a jugar fuera de su país. Allí mismo esta controversia se da un fin de semana sí, y otro quizás. No es necesario hacer un balance de todo el repertorio violento y/o ilegal que lleva rodeando el mundo del fútbol inglés desde hace ya varias décadas. Son de sobra conocidos los altercados, las detenciones, los destrozos, las borracheras monumentales, las muertes incluso, provocadas directa o indirectamente por

los *hooligans* ingleses. Hoy en día se denomina *hooligan* a todo grupo de aficionados futboleros ingleses: “Los temidos hooligans han desembarcado hoy en Barajas para ver a su equipo que bla, bla, bla...”, tanto es así, que hoy este término se refiere también entre nosotros, sin más, a un vándalo. Y sin embargo no parece realista considerar a la afición inglesa como una masa indefectiblemente violenta; o parece, al menos, la misma generalización que precisamente se produce al identificar a los vándalos (aquellas tribus, al igual que suevos y alanos, bastante pacíficas al parecer) con delincuentes.

A resultas de una competición europea, llegó a Madrid el Aston Vila y su tropa de 2000 incondicionales. Se les delimitó el Parque del Oeste como sala de espera (unas tres horas). Lo cierto es que de la temible conglomeración de violentos que se esperaba, sólo nos encontramos una tropa de nórdicos, rosados, de aparente carne blanda, ya felizmente borrachos, desparramados por desiguales puntos del Parque del Oeste, y cuya escrupulosa vigilancia por los uniformadísimos antidisturbios se parecía más a alguna rutinaria labor de pastoreo que al control de un posible foco de problemas. La estampa, con el contexto del parque, los pastores, y la manada despreocupada y ebria era, desde algún punto de vista, incluso bucólica.

Mientras tanto, compás festivo y borracho de espera. Un hombre de mirada rancia con sus dos sobrinos que dudan entre el gesto de alegría y el de distancia; una abuelilla hooligan que declara no haber faltado a una competición europea del Aston Vila desde el final de la II Guerra Mundial; una bandera grabada en la piel cuya orgullosa ostentación a la cámara ya ha quedado inmortalizada, una siesta colectiva al solete madrileño, unos solitarios cuernos a los periodistas desde el autobús que no implican ninguna amenaza porque tiempo habían tenido para hacerlas efectivas. Mucha y exhaustiva vigilancia —aeropuerto-parque, parque-estadio, estadio-aeropuerto, y a casa—, luego entonces quienes destrozan no son ninguno de este gran grupo sino otros que van por su cuenta. Mucho alcohol, muchas risas, 240 euros el paquete completo, y hasta luego. Luego entonces, ¿no se estará confundiendo a un rebaño alegre, borracho y dócil, con cuatro ovejas negras descarriadas que comen lobos?

Los hooligans que vinieron con el Aston Villa no eran en absoluto unos delincuentes; buenos bebedores y cantarines sí, pero ¿delincuentes? Aunque lo fueran, nunca habrían podrían ejercerlo. ¡Estuvieron custodiados cada segundo!

Y sin embargo, para todo el mundo, medios de comunicación incluidos, todos los hooligans son unos vándalos. Bastante injusto e infantil parece confundir de esta forma la parte con el todo.

Debido al espectacular interés por el fútbol en todo el mundo, los no aficionados e incluso muchos aficionados, como quien suscribe, detestan encontrárselo hasta en la sopa. No entendemos esa pasión descontrolada y, mucho menos, toda la violencia que rodea al fútbol. Cuando alguien llega a matarse si la pelotita va a otro sitio, hay que preguntarse de dónde viene esa ignorancia y pérdida de sentido común.

Porque el fútbol es un mensajero del estado de ánimo de una colectividad, un pueblo, una región o un país. No es sólo culpa del fútbol esta obsesión por el fútbol. Es un espejo de cada sociedad, de cada tiempo.

Hace cincuenta años, por ejemplo, apenas había policías en los estadios, los equipos de fútbol jugaban con cinco delanteros y hacer auto-stop, por ejemplo, era una práctica frecuente. Esto ha ido cambiando en la misma medida que la sociedad se ha ido atemorizando. Las leyes se endurecieron, hacer auto-stop es prácticamente ilegal y el fútbol también se ha vuelto así, con cinco defensas, rocoso, poco atrevido, plegado sobre sí mismo, como un nacionalismo. Igual que los tiempos que corren.

Pero, hablando del juego en sí mismo, veamos qué diantres puede tener el fútbol para enamorar así.

En este deporte, de entrada, ya tenemos la primera trasgresión fantástica cuando sanciona el contacto del balón con las manos.

El mundo ha de manejarse con los pies.

Esas extremidades ignoradas y maltratadas desde que nos bajamos de los árboles; condenadas a vivir en zulos sin luz ni ventilación, todo el día pisando en duro, son en el fútbol el fetiche más sagrado del cuerpo. Cada una de sus partes abarca una dimensión distinta del juego y genera infinitas combinaciones, que a su vez se doblan con el uso del pie izquierdo.

¡Cada centímetro es importante!, La tensión de sus articulaciones es vital, según se quiera amortiguar el balón, pasarlo a media distancia, o golpearlo con toda la furia. El pie puede crear efectos que se burlan de la lógica. El balón sale despedido en línea recta durante los diez primeros metros, seco como un cañonazo; de repente, la trayectoria se empieza a doblar —nadie entiende nada— cada vez más, como un meridiano escapado de un manicomio, y ien el último momento! —¿no estaba todo dicho?— dos metros antes de llegar a portería, desciende bruscamente, salvando la mano del portero en su vuelo bellissimo y estéril.

Durante todo el viaje la pelota no ha parado de girar sobre sí misma, como un planeta fuera de órbita. Esto puede hacerlo un pie y levantar la admiración de cien mil almas que, en un mismo segundo, se han convertido en cien mil niños.

En el fútbol sucede a menudo la utopía de la perfección.

Transgredir en el fútbol es sinónimo de jugar bien. Se necesitan rebeldes, indomables, libertarios de espacio, jugadores que rompan las líneas, que trasciendan su demarcación natural.

En el fútbol se ven porteros desesperados que suben a rematar un córner, delanteros que esperan al defensa para regatearle otra vez. Se necesita gente osada, ni siquiera valiente.

En el fútbol también juegan la mentira, el engaño, la burla, la humillación, la conspiración, la conjura. Un jugador está mintiendo cuando mira a un lado y pasa al otro. Se burla si le hace un caño a otro, o si le regatea tres veces en dos segundos, que sucede. Humilla cuando endosa cinco goles, o más, al adversario. Conspira en el vestuario, sin cámaras, con los otros diez hombres, con el resuello compartido de la fe en sí mismos, fraguando una conjura.

Es una lucha contra lo inevitable. Sólo resta agarrar al toro por los cuernos, porque ya está ahí. No lo saben o no se paran a pensarlo pero cada una de las cien mil almas que asiste al encuentro está viviendo un enfrentamiento personal con lo que tiene nombrado en su interior como enemigo. De eso bebe la angustia del aficionado cuando sufre con su equipo. Se identifica con los once héroes que mejor saben resolver los enfrentamientos con sus enemigos. Anhela que ellos hagan lo imposible

para que él pueda mantener a salvo su utopía. Los jugadores son los guardianes de los sueños.

La proyección personal que acompaña la vivencia de un partido de fútbol está inscrita en los mismos parámetros —de superación, de lucha contra el destino— que se encuentran en la vivencia ritual de las sociedades tribales y preindustriales. No es extraño, entonces, ahora que la cosmogonía rural ha caído en desgracia (o lo que es peor, en un museo) que muchas personas encuentren en el fútbol el rito de identificación colectiva que les falta, ahora que ya no somos de pueblos sino de ciudades.

El fútbol se parece mucho a una obra de teatro, pero es más complicado que ella. No tiene apenas guion, se debe improvisar. Los jugadores han de saber cuándo vestirse de princesa, de león, de aventurero, o incluso de apuntador. Pueden elegir salirse del escenario, pero saben que también les pueden echar, tanto el árbitro, como su entrenador, como una fea entrada. La obra siempre es una contienda.

El final no está escrito. Deben seguir el hilo argumental que empieza uno de ellos, rectifica el siguiente y retoma otro más. El balón le llega a un cuarto, pongamos un defensor, quien, de súbito, recomienza el universo. Arranca hacia el campo contrario en una decisión unilateral, que es inmediatamente apoyada por los demás. A cada paso se le abren siete opciones con sus siete mentiras. Un compañero se desmarca como una bala hacia el córner, pero tal vez no para recibir el balón sino para arrastrar tras de sí a su defensor y abrir un hueco por el que, efectivamente, se mete nuestro héroe, rompiendo el medio campo que ahora parece cuesta abajo. Su cabeza piensa ahora como un delantero, está alterado, avanza unos pasos más, aún no sabe qué va a hacer. Levanta el gatillo que es la pierna chutadora y percute con violencia la bola por su tangente, que saldrá disparada girando de fuera a dentro. El gol (del inglés goal, objetivo) es la culminación deseada, el éxtasis, la explosión y la liberación, y tiene una marcada pero inconsciente connotación sexual.

Federico Ruiz de Lobera

La celebración del gol se convierte en un acto de pasión: orgía de abrazos, cabriolas, besos, miradas enamoradas, emocionantes carreras, bailoteos con el banderín del córner...

¿Alguien se ha preguntado qué cosa fantástica puede producir tanto amor?

ARMAS EN LA CALLE

La aglomeración urbana hizo crecer la inseguridad y la delincuencia en las ciudades y, de la mano de aquellas, aparecieron las bandas y las armas en la calle. Era cuestión de territorio. Ha sucedido en todas las grandes capitales del mundo, desde París o Nueva York hasta Madrid o Barcelona.

“Hay mucha gente con armas por la calle. En este bar, por ejemplo, habrá cuatro o cinco pinchos y a lo mejor alguien con pipa. Pero, ¿de verdad tú no sabes esto?”. Quien habla así, llamémosle Mateo, duerme en la calle o en casas de amigos desde hace más de veinte años; ha visto peleas de todo tipo, con navajas, cadenas, barras de hierro, puños americanos, ondas y a balazos. Sin tener nada que ver con la violencia callejera —nunca ha llevado armas, su mirada es ingenua, casi dulce— ha sufrido en sus carnes agresiones de pandilleros y *skins* “por el puto morro, por estar durmiendo en la calle. Una vez me quemaron vivo, me echaron no sé qué y empecé a arder. Por suerte tenía una fuente al lado y me apagué”. En otra ocasión le llevaron a punta de pistola frente a un grupo de narcotraficantes. Le dieron una paliza salvaje para que confesara dónde tenía los tres kilos de coca (150.000 euros en el mercado) que él jamás había visto. Dio con sus huesos rotos en un descampado después de aclararse la macabra confusión.

Para el común de los tipos con buena fe —usted o yo—, adquirir, llevar encima o apoyarse en una herramienta que hace daño para solventar problemas con otro puede llegar a pasar por la imaginación pero raramente por las manos. Un arma, por ofensa o por defensa, viene a ser la sofisticación del deseo de matar, o de agredir o, cuando menos, de joderle la vida a alguien, y es siempre desagradable involucrarse en el deterioro

físico de otra persona. Sin embargo, después de husmear por las calles, entre las rendijas de la normalidad, por boca de macarras, pequeños traficantes, carrilanos y fuerzas de seguridad, uno advierte lo cerca que transcurre este anverso de los *mundos de Yuppi*, lo sencillo que resulta adquirir una de estas herramientas, las múltiples variedades que existen, y lo que es peor: todo lo que se utilizan o pueden llegar a utilizarse.

De ámbito legal hay en nuestro país 1.700.000 licencias de armas de fuego (la proporción más alta de toda Europa, sólo detrás de Francia) que, en teoría, son para cazar, sin contar las que poseen las fuerzas y cuerpos de seguridad públicos y privados. Por el podrido circuito del mercado negro también circulan un número alto y casi inestimable. Luego, existen las armas blancas, las legales y las ilegales (más de once centímetros de hoja); las armas de aire comprimido y de gas; las de imitación; y finalmente las de contusión, que van desde el bate de béisbol, las cadenas, pasando por las armas arrojadizas (ondas, tirachinas, etc...) y terminan con la variada panoplia de armas caseras y su maldito universo imaginativo.

Las tiendas de armas son la cara visible, la punta del iceberg y no les gustan los periodistas. Entramos en la primera. Considerable choteo contenido mientras me derivan de un dependiente a otro, el último de los cuales me remite a una conocida tienda de montaña. Mi incredulidad destapa una sonora carcajada del jovencito que no podía más. Celebro su buen humor y me marcho sin nada que llevarme a la boca. Según la asociación armera hay 20.000 puestos de trabajo fijo y varios cientos de miles más de eventuales dependientes del sector (entre armeros, fabricantes de ropa, armamento de vehículos, equipamientos, etc.), el cual factura al año 250 millones de euros. Vamos a por la segunda tienda. No me quieren enseñar ni las armas de fuego que tienen a la vista (estupendas ametralladoras de imitación y pistolas de aire comprimido), ni las navajas, ni nada de nada. Todas mis preguntas se disuelven en una mínima respuesta y arqueos de cejas, traducción de sus ganas reales de que me largue de una buena vez. No hago caso. Entra una chica en chándal muy resuelta: “¡Vengo a por mi revólver!”. “No faltaba más”, contesta la dependienta mayor en la misma línea alegre, intentando quitar hierro (nunca mejor dicho) al acuerdo. Mientras, dos tipos de musculatura excesiva hacen bromas pelín macabras sobre descuartizar a no sé quién.

“Mira, no queremos saber nada de reportajes, ¿vale?”, dice la dependienta. Me lo tomo como el inicio de un diálogo que no lo es: “¿Y eso por qué?, ¿Os han tergiversado otras veces”, pregunto con curiosidad entrañable. “Estamos como gato escaldado que cuando huele el agua caliente sale corriendo... pues eso”. No sirve de nada mi compromiso de enseñarles el reportaje antes de que salga, ni su oportunidad de restañar antiguas mentiras o falsos mitos a través de esta publicación. Según la Guardia Civil, legalmente hay en manos particulares 9.000 armas cortas, 200.000 largas, 2.500.000 de escopetas y 72.000 rifles de tiro deportivo. La tercera armería a la que entro resume el ambiente de las otras dos: entre la mofa mal disimulada y el silencio repelente. En la cuarta y en la quinta ya no soy periodista, sino un cliente que quiere algo, no sabe qué y necesita mirar todo. Funciona. Toqueteo las pistolas, los rifles, las ametralladoras, las de fogeo, sus dispositivos de seguridad y posibilidades de uso (tiro a tiro, en ráfagas): son todas de aire comprimido y gas. Imitan a la perfección los modelos profesionales. Son suaves y ergonómicas. Apetece cogerlas. Entran cinco o seis chavales con el uniforme del colegio, cierta avidez y un buen conocimiento de los modelos y su uso. Luego aparece un hombre con el buzo azul de trabajo y dos jóvenes acompañantes. Son instaladores de calefacción. El hombre se pavonea unos minutos ante sus ayudantes sobre el manejo y las posibilidades de distintas armas y termina con un inquietante: “Estas son de juguete, cuando seáis mayores os enseñe las de verdad”.

Me llevo un catálogo (12 euros) y una breve charla con el vendedor. “En España las leyes son demasiado estrictas, no te dejan hacer nada. En teoría no puedes ni en el campo, ni siquiera puedes disparar a los pájaros. Sólo en los polígonos de tiro pero, claro, cómo te vas a presentar allí con un arma de aire comprimido”, resopla y termina: “se ríen de ti”.

Aparte de la cuchillería, el único arma no de fuego que se vende es el spray anti-violadores (entre 12 y 15 euros); existen cinco modelos distintos, dura dos exposiciones o una larga y se lo llevan mujeres principalmente. No se pueden tener en lugares de reunión social, recreo, esparcimiento u ocio, al igual que cualquier otra herramienta peligrosa, aunque sólo fuese como intimidación, según el Art. 146/7 del Reglamento de Armas. Son armas prohibidas los puños americanos, los recubiertos de

arena, cualquier arma con la apariencia de otra cosa (bastones-estoque, bolígrafos-navaja, botas con pincho, etc.), las porras eléctricas, las de acero extensible, las estrellas *ninja* o “arañas”, los tirachinas perfeccionados, los *nunchakos*, las navajas automáticas y los puñales de doble hoja inferiores a 11 centímetros (por ser más fáciles de ocultar). Su tenencia, no digamos ya su comercio, es un delito regulado por el Código Civil en sus artículos 563 y 564 que, según las circunstancias, puede llevar a la cárcel, a pesar de lo cual, hay gente que las lleva por la calle. Proviene de países asiáticos o de Europa del Este principalmente, aunque parece que ciertas tiendas paramilitares ligadas a la ultraderecha también las suministran, según revela Antonio Salas en su libro “Diario de un skin”.

“Algunos vigilantes de seguridad portan porras extensibles y puños de arena”, me dice Roberto, un fornido segurata del Metro de Barcelona que ha sido legionario, escolta, portero de discoteca, sabe artes marciales y quiere ser guardia civil, ya que en su trabajo “se siente vendido porque no le respetan sin armas”. Un ángel de paz, vamos. Él utiliza sólo las reglamentarias por temor a la sanción que conllevan las prohibidas, no tanto porque no las estime útiles. También me cuenta que algunos vigilantes se reúnen en polígonos industriales para probar armas caseras. “He visto porras transformadas en escopetas. Se vacían por dentro y se instala un percutor que dispara cartuchos”, luego me cachea un poco y me pregunta: “¿No me estarás grabando, eh?”. Las empresas privadas de seguridad en España poseen 28.000 armas cortas y 4.000 largas.

Por la misma senda de las manualidades armamentísticas ilegales, doy con “*Perla*”, un pequeño traficante de coca y de armas, larguirucho, peinado según la almohada e intachable aspecto estereotípico de macarra de barrio. Su abuela le fabricó una defensa especial: “Es una bola de marfil dentro de una media, con dos nudos y otros dos para agarrarla por el otro lado. No veas cómo se reparte con eso. También se le puede meter una bola de billar”. Me habla del “Sinai”, una katana redonda de fibra de carbono con dos ranuras en la punta unidas a dos gomas que al tensarse gana una dureza suficiente como para romper un hueso. Ha visto ballestas pequeñas, porras de acero extensible “que utilizan muchos escoltas”, y otro artefacto compuesto de un tubo con unos muelles y un disparador interno que lanza bolas.

Las armas de aire comprimido no precisan licencia alguna, sólo su registro en la alcaldía correspondiente, y no se pueden llevar por la calle a menos que sea por traslado necesario. Las armas que imitan a las de guerra no se pueden sacar de casa ni disparar en ningún lugar fuera de tu propiedad debido a su potencial intimidatorio; no obstante, son las que más se venden. “Es una moda a raíz de las películas de acción”, dice con cierta extrañeza el Subteniente Liza de la Guardia Civil desde su despacho de la Central de Intervención de Armas y explosivos. Obviamente, son pocos los que se conforman con usar su ametralladora AK-47 de imitación (150 euros) en el garaje de casa o contra el pobre árbol del jardín, de ahí que “este tipo de armas sean las que más se estén requisando”, aclara el Subteniente. Las de imitación disparan bolas de PVC de 6 milímetros que no tienen capacidad de penetración en la carne, sólo provocan pequeños hematomas. Claro que si te da en un ojo te lo vacía.

Las armas blancas decomisadas por el Centro de Intervención de Armas y Explosivos de la Guardia Civil hasta el primer trimestre de 2005 suman 90.000. Las que no son armas blancas pero tampoco de fuego (puños, bates, caseras, etc.) llegan a las 33.000. La mayoría de ambas se destruirán como chatarra o se venderán en pública subasta, excepto las que retiren los propios dueños si presentan la acreditación que les avalen legalmente.

Las licencias de armas son las más restrictivas de Europa. Para obtener un arma corta hay que pasar un examen psicotécnico, tener un historial limpio de antecedentes penales y una necesidad razonada, valorada por la Guardia Civil. Esta necesidad suele ser esgrimida por banqueros, hombres de negocios, farmacéuticos, joyeros, jueces, etc.

Armas de fuego en el mercado negro

De la mezcla pirotécnica de salitre, azufre y carbón iniciada en China hacia el siglo XI aparecieron las primeras armas de fuego y empezaron a llegar a Europa a través de los científicos árabes un siglo más tarde. Hoy en día, en cambio, la mayoría de las ilegales viene de Rusia, de países de la Europa del Este, o de Centroamérica. Hablamos con “Perla”, el pequeño

traficante que coloca en la parte negra del mercado desde cámaras robadas, navajas, cocaína hasta armas de fuego. Vende pistolas entre 600 y 1.000 euros, puede conseguir distintos modelos. “Las que están manchadas (con las que ya se han cometido delitos) son un poco más baratas, pero la gente las compra igual”. Dice que tiene en su casa una Magnum 44, un revólver 38 especial (los que usa la policía), una Vereta y una Rémington (rifle repetidor para matar elefantes, con 3.5 milímetros de correaje). Es un macarra de barrio respetado de una pequeña ciudad del norte de España. Se ha liado a tiros en la calle más de una vez, conoce todos los coches de la policía secreta e incluso bromea con ellos, trabaja solo porque no se fía de nadie, no tiene antecedentes y sí, en cambio, una risa confiada y socarrona que a uno, al intentar sostenerla, se le hielan las encías en una sonrisa estúpida. Dice que hay muchas armas por la calle: “Tiene pipa todo el mundo: los moros, los rumanos, los negros, los sudamericanos...” ¿Y quiénes son los más malos? Pregunto. “Nosotros”, ríe. Aun así, matiza: “Los que tienen licencias de armas no son unos santos, ¿eh?, que muchos palos se dan con armas legales. Compran dos armas iguales, la que disparan nunca la presentan. Si hay algún marrón presentan la otra que está limpia”. Cuenta también que la mejor pistola es la HK, hecha entera de fibra de carbono, por lo que no pita en las aduanas, que dispara ráfagas y que es la mafia rusa la que dispone de la mejor infraestructura de venta. “Vamos, es que te traen un bazooka en piezas si se lo pides”. Contactamos con Tomás, un semi-indigente, expresidiario, que puede conseguir un arma por 200 euros. Está borracho de ordinario y le falta la última falange del pulgar. Apunta lo sencillo que es deshacerse de una pistola. “La dejas en la papelera de al lado y ya está. ¿Las huellas?, son del basurero, o de cualquiera que la pudo haber tocado después...” Por si acaso, me hunde el muñón del dedo en la boca del estómago y me dice roncamente: “Tú no irás de poli, ¿no?”.

Algunas armas prohibidas

Puños de arena. Se trata de unos guantes de cuero aparentemente normales sobre cuyo revés, en un nivel escondido, se superpone una capa de arena

Crónica de un reportero profano

con un grosor de 5 Cm que se extiende hasta los dedos. Machaca el hueso que alcance el puñetazo. Lo usan algunas escoltas y porteros de discotecas.

Porra eléctrica. Artilugio de unos veinte Cm compuesto de un mango que termina en boca. Se acciona con un interruptor cuando el objetivo se encuentra entre los dos polos de la boca y hace masa. Mete un trallazo de 200.000 voltios que paraliza a la víctima, o la deja inconsciente o le provoca un paro cardíaco si tiene problemas de corazón. Algunas de estas porras tienen la forma usual de la defensa de goma con mango perpendicular y se cargan eléctricamente agitándolas en el aire antes de pegar. No están prohibidas para los cuerpos de seguridad del Estado, quedando a su prudente decisión su uso o no. La Guardia Civil, por ejemplo, no las estima útiles.

Botas con pincho. Manipulación casera que consiste en añadir a una bota de cuero con punta reforzada una hoja triangular que está oculta bajo la suela y emerge accionando un tirador normalmente instalado en las inmediaciones del talón. Parece ser que lo utilizan algunas bandas y *skins*.

Bolígrafo-navaja. A lo James Bond pero en macarra. Al apretar el muelle superior sale un pincho por su extremo inferior, o bien una hoja triangular por el costado. Se han decomisado algunos en tiendas de “Todo a cien”.

Porras de acero extensible. Oculto en un mango ancho de goma no superior a los 20 centímetros de largo se halla un ensamblaje de cilindros de acero que se despliegan agitando el mango con decisión hasta formar una temible barra de un metro de largo. Se dice que la usan algunos escoltas.

“Arañas”. Parecido a una estrella ninja pero con más puntas y muy afiladas.

Nunchacos. Dos cilindros de madera unidos por una cadena. Se utiliza en distintas artes marciales y los hemos visto en las películas de Bruce Lee.

Tirachinas de precisión. No hablamos del juguetito de plástico que usan o fabrican los niños sino de un artefacto metálico de boca ancha en “U”,

dotado de una goma de tubular súper extensible que puede disparar bolas o piezas de hierro. Se ven en protestas de lucha callejera.

Pensé demasiado rápido que podía hacer este reportaje. Tanto material como emocionalmente. En realidad, no conocía a nadie relacionado con las armas, ni siquiera con las legales, ni me gustaba nada ese asunto, pero como periodista sentía que debía meter la nariz ahí, aunque sólo fuera una vez. Espero que no sea nunca más.

Este es uno de los reportajes más dolorosos que he hecho. Estar todo el día escuchando e investigando historias sobre cómo perjudicar a tu prójimo con un arma es bastante descorazonador, y lo peor es que hay cien mil maneras. Cada agresor te cuenta los detalles de sus hazañas, sus planes, su sed de violencia, su justificación, y también te amenazan. De una u otra forma, todos lo hacen. Es un recordatorio por si se te ocurre irte de la lengua un poquito. No apetece nada ubicarse en la órbita de las amenazas de muerte con personas cuyo criterio está gravemente inclinado al mal, incluso si uno no piensa decir una palabra. Quién sabe lo que puede llegar a deducir un tipo que se pasa diez horas al día borracho como una cuba, qué paranoias le pueden tomar al asalto. No creo que olvide fácilmente ese dedo cortado en mi esternón, como advertencia. Es mucho peor que te amenacen con un muñón a que lo hagan con el dedo normal. Las consecuencias de lo que te va a pasar ya están sugeridas e implícitas en el mismo muñón. Funciona como un avance informativo palpable y tiene maldita la gracia.

El caso es que, como no conocía a nadie que pudiera hablarme del turbio mundo de las armas ilegales, me lancé —de manera harto optimista— a los barrios turbios de esta ciudad en las horas turbias de la madrugada, en busca de encuentros fortuitos. Sé que parece una temeraria insensatez, pero yo tenía la intuición de que algo podía conseguir y, de todos modos, ¿qué otra cosa podía hacer si no tenía ninguna fuente?

Llegué dando un paseo a la Red de San Luis, que es una zona poco recomendable entre semana de madrugada, y no sucedía nada especial. Mucho silencio, a veces entrecortado por pisadas lejanas de noctámbulos

o prostitutas y poco más, pero yo seguía creyendo en ese momento de inspiración en el que suceden las cosas y, sin previo aviso, se abre alguna puerta. Anduve por las calles dejando sin prisas que ese momento llegara. Y, aunque yo creo que lo hice bien, el momento no llegó. Pero yo estaba lleno de fe y no iba a dejarme abatir tan fácilmente. Se me ocurrió hablar con las prostitutas. Ellas saben muy bien qué está pasando por la noche.

El problema es que no se lo van a contar a un periodista por las buenas, además de que están trabajando. Lo intenté con varias sin éxito, hasta que entendí que era un asunto de dinero. Si me acaba de decir que me la chupa por 30 euros, seguramente por 10 euros acepta charlar conmigo sobre armas. Fantasías más raras habrá visto.

Dicho y hecho. Se me acerca una yonqui con pocos dientes, espantosa y simpática, le propongo el trato y acepta. 10 euros por diez minutos de charla. Nos llegamos hasta la siguiente esquina, le doy el dinero y empieza a contarme. Me fijo en su rostro agrietado. No soy capaz de atisbar su edad. Al poco, aparece una amiga suya. La llama. Me explica: “Es la Carmen, una colega, ¿le das a ella otros 10 euros y te cuenta lo que sabe?”. Le digo, no, mira es que no tengo más dinero. Ella insiste y le digo, no, mira... y cuando voy a repetírselo, me suelta, “¿Sabes lo que te digo? Que me voy con tus 10€ y no te cuento nada más, por agarrao”. Y, efectivamente, se marchó con la Carmen y mi dinero, calle abajo.

De modo que me quedé solo, sin dinero, sin historia, a las 5 a.m. y, lo peor de todo, sin una gota de optimismo mientras volvía a casa. Esto no va a ser tan fácil, pensé.

Por suerte, luego conocí a toda la galería de personajes que habitan este reportaje y me dieron material de sobra, incluso para llenarme alguna que otra noche con sueños horribles.

Por supuesto, no puedo decir una palabra de cómo ni dónde les conocí. Ya saben qué podría pasarme.

MÁGICAS PALAS DEL BLUES. Mágico teatro negro de blues *underground*

No hay manera de quitarle el arte al Homo Ludens que somos.

Por mucha opresión, desarraigo, empobrecimiento o injusticia a que se nos someta, estamos pensados para la lucha por la felicidad, moldeados para el arte, la creatividad, para reírnos de nuestras desgracias, resurgir, aprender cantando y, por eso, vencer.

El arte se abre paso siempre, aunque nos quiten el tiempo, el paisaje y el paisanaje, aunque nos den una fábrica siderúrgica como instrumento. La poesía es un arma contra el poder, cargada de presente —más aún que de futuro—, porque está fabricada con el mismo material que la libertad y, de alguna manera, como si estuvieran conectadas por vasos comunicantes, cuando la libertad se reduce, la poesía se agiganta y toma el relevo de su lucha, su contestación y su rebeldía.

El Blues floreció del pueblo afroamericano, por encima de la esclavitud en el campo, y también llegó aquí, por encima de la deshumanización en la ciudad.

Las Mágicas Palas del Blues, con su música como rescatada de una fantasía onírica industrial, conjuran —sin pretenderlo— el silencioso drama del Éxodo y le ponen arte donde antes sólo se escuchaba ruido.

Sucede en Malasaña, en lugares de cuyo nombre no quiero acordarme, dos horas más tarde de lo previsto, al final de una nube de hachís, y al principio de una juerga instigada por tres sujetos con atuendos negros, de evidente aspecto sospechoso.

Entre ellos se tratan como si existiese algún tipo de conflicto turbio no resuelto, con el que involucran al público lo quiera o no.

Manejan palas de cavar, cubos viejos, latas, tablones, y antes de empezar lo arrojan con rabia por ahí. No es sencillo estar en primera línea.

Darían la impresión de que están buscando alterarte.

Se llevan irremediablemente mal con el técnico de sonido. Y cuando empiezan a desesperarte, se da la vuelta uno de ellos (que debe de ser el cabecilla), una especie de duende negro, feo y burlón, con gorra de contrabandista, se planta con suficiencia y dice al micro: “Hay personas que se dejan engañar, y hay otras... que no. Yo no me dejo engañar ni aunque llames a mi puerta con un diamante azul”. Y se pone a bailar muy contento y contagia a todos porque ya ha quedado claro algo. No sé sabe muy bien qué, pero es algo muy definitivo.

Del ruido de chatarrería en jornada de trabajo que se escuchaba antes, empiezas a adivinar un ritmo (redoble de la cadencia del corazón), que empuja a removerse. Ahí asumes que no es a ti a quien hablan si no a lo que late debajo. Esos tipos necesitan de la rabia colectiva como marco de su expresión. Lo que dicen es un grito de Blues, suburbano, festivo, inquietante e hipnótico, porque tras lo tosco y ruidoso viene ese gallo arrogante que le dicen Murfy y se te acerca a tres centímetros para que huelas y sientas su menuda genialidad, para seducir y provocar, mordiendo como en beso de enamorado rabioso alguna de sus armónicas a las que hace gritar como locas, con su voz de niño alcohólico desengañado, su aspecto de pequeño traficante de barrio y su gesto de bribón portuario.

Pero Murfy es la Rana y el Príncipe al tiempo. Murfy es el que se acuesta con la Muerte las noches que no hay concierto. Bajo su gorra se halla un tipo honesto, un intérprete agrio que grita su vida en temas ardientes de verdad y de Blues: “Me sabía a chantaje”, “El enterrador del Blues”, “Trata de blancas”, “¡Liberad a los animales!” o “Un conjuro conmigo mismo (es un pacto con la eternidad)”.

Atrás, semioculto por una trinchera de percusión y cacharrería, está Carlos, eléctrico, enloqueciendo, azotando los objetos como una araña tensa que se electrocuta; y a un lado Diego, ceñido a su guitarra por cinta de embalar, marca el tiempo y la melodía, a veces pellizcando las cuerdas en sonido de bajo, a veces en los momentos de silencio como nexos del

siguiente tema, otras veces en plena batalla como un epiléptico para terror de sus cuerdas.

Las mágicas Palas parte del ruido para hacer su música; ruido de andamio, de bronca en una cacharrería, de fábrica siderúrgica, para llegar a un ritmo casi tribal y una interpretación ritual, como la que ocurre cuando los tres se alejan del escenario y bailan una danza desconocida con las palas, como en una demostración atávica de alegre identidad étnica.

No conocía al grupo aquella primera noche de concierto, pero el impacto fue tal que escribí el reportaje a la mañana siguiente, sin apenas documentación previa ni entrevistas. Mi vieja Olivetti, coloreada sabiamente por Alfonso, recogió el aluvión de imágenes que se proyectaban fragmentadas en mi cabeza aturdida de exceso nocturno y poesía.

El texto gustó a la revista Rock Sound, que lo publicó en su número especial de verano de 1998, y también a Las Mágicas Palas, que se lo llevó por Cádiz en su periplo estival.

Las Mágicas Palas es un grupo imposible, increíble, son tantas las estrafalarias historias que le rodean que es más bien una leyenda. En una ocasión resolvieron enterrar los instrumentos y el equipo de sonido bajo la arena de la playa al no encontrarles acomodo en ningún lado, utilizando, cómo no, las palas, símbolo de su identidad indomable. En otra, en pleno concierto se embalaron con cinta aislante, instrumentos incluidos, y cayeron desde el escenario a dos metros hasta el suelo como un inmenso fardo. De manera imposible nadie se hizo daño, ni los instrumentos. No se sabe si lo que sucede es en serio, en broma, está ensayado o es una improvisación. No se sabe si hay truco pero sí hay magia y, por momentos, dosis de genialidad

Desde hace un tiempo no se les oye por Malasaña, quizás se han disuelto, pero no lo creo. Suele ser así: no sabes nada de ellos hasta que vuelven a aparecer como el Ave Fénix. Todos los conciertos parecen el último.

Pero no lo creas, en cualquier momento puede aparecer el Murfy, entre la neblina de Malasaña besando su armónica o una botella, en el

Federico Ruiz de Lobera

baile del titubeo tan suyo, para recordar que todavía vive la leyenda de las Mágicas Palas del Blues.

CORRUPCIÓN EN PAMPLONA

Vi en Pamplona graves infracciones, negligencias, recalificaciones especulativas del suelo y verdaderos ataques contra el Patrimonio Histórico. Desde hace dos décadas —por lo menos—, parte del legado que dejaron los primitivos vascones, los romanos, los visigodos, los cristianos medievales y todos los sucesivos hasta el siglo pasado, fue dañado, destruido, “remodelado” u olvidado. Los responsables de su protección, el Ayuntamiento y la Diputación foral, desde sus respectivas concejalías y consejerías, están inequívocamente señalados.

Otra forma de destrucción de la memoria colectiva es acabar con los símbolos arquitectónicos que la sustentan. Pasó en los pueblos, pero también en las ciudades. En el camino del Viejo Orden Mundial al Nuevo, cientos de elementos del “Pasado”, han sido borrados del mapa por mucho que estuvieran catalogados como Patrimonio Histórico, incluso aunque, como en este caso, se trate de una ciudad de arraigada ideología conservadora y católica.

El cien por cien del espacio público no edificado del casco histórico, que guarda un extenso yacimiento de restos arqueológicos, fue removido, a ritmo de excavadora en muchos casos, hasta su nivel freático impermeable —a cuatro metros de profundidad—, para la realización de aparcamientos en el subsuelo, y plazas y calles nuevas en el exterior.

En el año 1991, un bando municipal descatalogó un 60 por ciento del Casco Antiguo declarado Conjunto Histórico (en 1968). La estrecha vinculación entre las principales constructoras y el equipo de gobierno (UPN, Unión del Pueblo Navarro), y una creciente desconfianza y

reprobación ciudadana, que se plasmó con 25.000 firmas contra las actuaciones institucionales y el secretismo de las excavaciones. El caso de Pamplona refleja muy a las claras, entre otras cosas, la importancia de la asociación ciudadana para la defensa de su Patrimonio.

Pérdidas o “transformaciones” del Patrimonio Histórico en Pamplona

1- Demolición de la última ermita medieval que quedaba en la ciudad.

Se hallaba en la Plaza de la O. Esta pequeña rareza del siglo XIV, que conservaba una talla de la Virgen labrada en piedra, fue sorprendentemente derribada. En su lugar se construyó una torre moderna y, de paso, se rehízo la plaza entera.

2- Transformación del adoquinado del casco urbano.

El primer proyecto del Ayuntamiento en la reconstrucción de las calles programaba la retirada de todo el adoquinado del casco y su sustitución por losas. El valor de ese adoquinado es millonario. Cuando la ciudad de Montevideo (Uruguay) se enteró quiso comprar el centenario pavimento. Al final no cuajó la venta, en parte por la movilización ciudadana contraria al proyecto, que consiguió que se modificase parcialmente. Se optó por una solución mixta: respetar parte del adoquín y casarlo con placas de losa formando “dibujos” geométricos.

3- Derribo del Caserón de Bergara del siglo XVIII.

En 2001, en el barrio de la Rotxapea, fuera de las murallas, el Ayuntamiento autorizó el derribo de este edificio, que era uno de los últimos supervivientes construido en piedra fuera de las murallas, ya que en el siglo XIX los propios gobernantes destruyeron todas las construcciones susceptibles de ser utilizadas por el enemigo como fortín contra el perímetro de la ciudad. El Caserón de Bergara sobrevivió a sus autoridades. Han tenido que ser las del siglo XXI, de Unión del Pueblo

Navarro (UPN), quienes hayan permitido que se ponga fin a esta rareza extramuros.

4- Demolición de parte de las murallas de San Francisco en la Plaza del mismo nombre, 50 metros de las murallas del Rincón de la Aduana del siglo XII, más los restos de la Muralla de los Burgos, para hacer aparcamientos.

Las excavaciones en la Plaza del Castillo, la más emblemática de la ciudad, despertaron de nuevo el descontento ciudadano hasta el punto de que durante todos los días del verano de 2001 se estuvieron repitiendo manifestaciones en la misma plaza, junto a las obras, pidiendo un referéndum para que fuera la población quien decidiera si quería o no el polémico aparcamiento en el lugar donde se supone que se encuentran enterrados el Castillo Viejo del siglo XIV, el Castillo Nuevo del siglo XVI, el convento de los Dominicos del siglo XIII, parte del barrio medieval de Zurriburu, y según las últimas catas, un barrio romano.

La creada “Plataforma por el Referéndum” recogió las citadas 25.000 firmas (que supone un 25 por ciento del electorado pamplonés) y se opuso tanto al fin como a los medios de la obra. A pesar de que el Ayuntamiento y la Diputación Foral explicara que se estaban tomando todas las precauciones necesarias para la delicada tarea, desde la Plataforma se vio con recelo: “Tenían un plazo de ejecución demasiado corto (18.000 metros cuadrados en 60 días) para todo el legado arqueológico que hay debajo. Fue lo de siempre: no dejaron entrar a nadie, ni como arqueólogo, ni como representante de una asociación ciudadana”.

Durante las manifestaciones diarias contra el aparcamiento, los arqueólogos eran insultados por dar el visto bueno a la obra, que realizó Fomento de Construcciones y Contratas (FCC). El Ayuntamiento concedió a dicha empresa la gestión del aparcamiento bajo la plaza durante un periodo de ¡75 años! En este sentido, cabe apuntar el estrecho vínculo del gabinete arqueológico “Trama” con los órganos de Gobierno, y su feliz trayectoria desde que fue fundada por María Ángeles Mezquiriz, que fuera directora del Museo de Navarra, órgano dependiente de la Consejería de Cultura “Príncipe de Viana”. “Trama” fue la adjudicataria de todos los concursos de la Administración para obras de excavación en Pamplona.

También para la del aparcamiento bajo la Plaza del Castillo. Nunca emitió informe contrario a cualquier intervención en el subsuelo donde habían aparecido restos arqueológicos. Casi, casi, habría sido un problema doméstico ya que la directora general de la empresa era Mercedes Unzu, esposa de Luis Zarraluqui, quien ocupaba la Dirección General de la Ordenación del Territorio del Gobierno de Navarra. Hoy, Zarraluqui es el consejero de Fomento de la Diputación Foral.

5- Derribo de uno de los Baluartes de la Ciudadela.

Izquierda Unida (IU) presentó a principios del año 2002 una denuncia en el juzgado nº 3 del Tribunal de Justicia contra cuatro concejales, el secretario del Ayuntamiento y el gabinete arqueológico “Trama” por el derribo ilegal de parte de uno de los Baluartes de la Ciudadela, fortín militar de 1850 de gran valor monumental, uno de los pocos en toda Europa que se encuentra dentro de la ciudad. Lidia Biurrun, de la corporación municipal de IU se extrañó de que, durante la excavación, primero se localizara, luego se limpiara y al día siguiente apareciera en el suelo buena parte del Baluarte.

La sentencia de dicho caso terminó por exculpar a la institución alegando que la afección al volumen del Baluarte fue necesaria por razones de seguridad laboral.

Es insólito —pero de nuevo ocurre— que una excavación arqueológica derribe, por seguridad, lo que está intentando rescatar.

Desde la asociación “Iniciativa ciudadana para la defensa del Patrimonio” sospecharon abiertamente del Ayuntamiento y de la Diputación Foral. Peio Iraizoz no dudó en afirmar que “la zorra está cuidando las gallinas” en referencia a las actuaciones institucionales de protección sobre el Patrimonio Histórico “Además de demoler lo antiguo para construir de nuevo, dejaron que se cayeran casas, palacios, no actuaron, o lo hicieron después de un largo abandono, cuando la reparación era más cara. Recalificaron terrenos descaradamente especulativos”.

El referéndum contra el aparcamiento bajo la plaza del Castillo se celebró el mes de Septiembre de 2001. A pesar de que UPN hizo un llamamiento para que no acudiese la gente a la votación popular, se

registraron casi 20.000 papeletas, un 98 por ciento de las cuales, contrarias al *parking*. No sirvió para nada.

Vínculos sospechosos

En el mismo capítulo de los sospechosos vínculos entre UPN y constructoras, cabe señalar el buen negocio que hicieron determinadas empresas inmobiliarias, entre ellas *Avanco* (relacionada familiarmente a Yolanda Barcina, alcaldesa de Pamplona en aquel entonces y hoy Presidenta de la Diputación Foral) y *Andía*, en el caso del “Plan Ezcava” en el barrio de La Huerta. El proyecto era una iniciativa institucional que partía de la expropiación de una serie de edificaciones para la construcción de Viviendas de Protección Oficial.

Curiosamente, los residentes de estas edificaciones recibieron una interesante oferta de compra —de aquellas empresas inmobiliarias—, iunos meses antes de la expropiación! Una vez declarada ésta, los residentes vendieron sus casas a las empresas, cuyas ofertas eran sustancialmente mejores que las del Estado.

De manera inaudita, el equipo de gobierno de UPN, con el apoyo del PSN (Partido Socialista de Navarra), sustituyó la catalogación de “Protección Oficial” de un 68 por ciento de las viviendas proyectadas por la de otra figura urbanística que no existe en el actual ordenamiento jurídico y que llamaron “viviendas libres de precio pactado”, que en la práctica significó: vía libre a la construcción de viviendas más caras. Conclusión: las empresas consiguieron unos beneficios de unos 33 millones de euros tras construir chalets de lujo. La alcaldesa Yolanda Barcina defendió la catalogación municipal y aseguró: “Hay mucha gente que no ha tenido acceso a este tipo de vivienda oficial por superar el tope de ingresos exigidos”. El tope para ser beneficiario era no ganar más de 3.700 euros al mes. Curiosamente, el Ayuntamiento pensó que alguien con ese sueldo, cinco veces superior al salario mínimo interprofesional, no podía acceder a una vivienda libre en el mercado.

Uno de los alcaldes de UPN, retirado de la vida política desde 2007, fue Alfredo Jaime. Era conocido en los mentideros de Pamplona con el

significativo apodo de “Míster 10 por ciento” por las presuntas comisiones, como sucedió “presuntamente” con la recalificación del llamado “Solar de la Intendencia”, en donde se allanó el camino para que El Corte Inglés, único aspirante a la subasta, adquiriera el terreno por unos 20 millones de euros cuando su valor comercial superaba los 60.

Remodelaciones y adaptaciones

Museo de Navarra, antiguo Hospital General del Reino, al que recubrieron su fachada por unas llamativas placas negras de granito brillante, traídas de Sudáfrica. El mismo Jefe del Servicio de Patrimonio de Príncipe de Viana, Carlos Idoate (hoy Director de los Servicios de Archivos y Patrimonio Documental), declaró: “Las placas eran una posible solución, personalmente no me gustan nada”.

El Palacio de los Reyes de Navarra fue reformado por el arquitecto Rafael Moneo, al igual que otros muchos edificios en la ciudad, de una manera que a “Iniciativa Ciudadana para la Protección del Patrimonio” le pareció contraria a todas las normativas dados los volúmenes y las alturas del modernizado edificio. Desde el Ayuntamiento, Enrique Maya —uno de los técnicos que colaboró directamente en la descatalogación del Casco Histórico en 1991— especificó que “todo es perfectamente legal”. Este edificio también llevaba varias décadas abandonado, en las que sufrió un acusado expolio hasta hace diez años, momento en el que se acometió su reforma.

Insólito, sí, pero menos cuando se tiene en cuenta la larga descripción de anomalías y ataques contra el Patrimonio Histórico de la ciudad por parte de las instituciones que, en teoría, debían velar por él.

EL VIAJE DEL ÉXTASIS

Metilendioximetanfetamina. El mimo elevado a lo espiritual. Se llama MDMA, éxtasis en polvo, cristalizado, o simplemente, cristal, y te pone muy cariñoso, muy táctil y muy blandito. El mundo parece una nube de algodón dulce, un seno materno donde no hay peligro, ni problema, ni crítica. Los otros son una extensión de tu afecto, son adorables. Todo es adorable. Las luces son un baño de espuma, la música es caliente, reptante, y tu chica, tu ligue o tu proyecto están envueltos en la piel del deseo. Todo tacto es una caricia. La realidad se ha vuelto sensual. Así es la “droga del amor”, ahora que el amor, de tanto extrañamiento social, se ha puesto tan difícil.

El éxtasis es una base sintética derivada de la feniletilamina y relacionada estructuralmente con la sustancia estimulante psicomotora anfetamina y la sustancia alucinógena mescalina. Fue sintetizada por primera vez para unas investigaciones sobre el apetito, en los laboratorios Merck en Alemania a principios del siglo XX de manera tan accidental que ni siquiera se le prestó atención. No se experimentó con ninguna de sus propiedades. Se desechó, hasta que medio siglo más tarde el químico norteamericano Alexander Shulguin, como buen científico, lo probó él mismo y del estupendo globo que obtuvo empezó a dar cuenta en diversas publicaciones científicas, apuntando los beneficios de su uso médico. Empezó a aplicarlo en terapias de pareja, en cuadros de depresión y más tarde contra la esquizofrenia “para armonizar el contacto con la realidad por la tremenda empatía que desarrolla el compuesto”, explica el psiquiatra José Miguel Gaona, experto en drogadicciones.

“Parece que era útil, pero cuando pasaban los efectos de la droga, si el paciente no tomaba otros derroteros la cosa terminaba mal”. Corrían los años 70, EEUU (y el resto del mundo) se debatía entre el pacifismo *New Age* y el puritanismo más conservador. En ese contexto, en que la marihuana y el LSD ya eran muy populares, la gente empezó a coquetear con la nueva generación de anfetaminas, y aunque fue prohibido pocos años después —unos estudios clínicos lo relacionaron con comportamientos criminales—, el consumo del MDMA no ha parado de crecer hasta nuestros días.

El éxtasis llegó a España en los ochenta envasado en cápsulas, a razón de 20 a 30 euros cada una, asociado a las fiestas *tecno*, las *raves* en el campo, Ibiza y el baile hasta el amanecer, de ahí que también se le conozca como *dance drug* (droga de baile). El consumo provenía de una clase media alta, pero enseguida se extendió como la pólvora por todos los segmentos sociales. El volumen de negocio gestó nuevos distribuidores y ello una bajada de precios.

Aparecieron las pastillas (12-18 euros) de distintas formas y colores, troqueladas según una amplia gama de diseños: caritas sonrientes, hojas de trébol, personajes de tiras cómicas y símbolos asociados con marcas comerciales como Mitsubishi, Nike y Mercedes. Eran los tiempos del llamado *tecno máquina*, el *acid house*, aquello de “éxtasis, exta no, exta me gusta me la como yo” y, cómo no, la Ruta del Bakalao entre Valencia y Madrid, por la que circulaban no sólo jóvenes profesionales sin estudios, parados y colgados, sino también directivos de empresas, universitarios y ciudadanos de cualquier estirpe o condición social.

La edad media de inicio de consumo se ha mantenido en torno a los 20 años desde 1995. Hacia el 2001 se empezó a comercializar la MDMA en polvo con un fantástico marketing que le otorgaba una mayor calidad, “éxtasis puro”: “cristal”, se le nombró y casi todo el mundo lo creyó, cuando en realidad se trataba exactamente de la misma sustancia que contenían tanto las viejas cápsulas como las pastillas, también llamadas “pirulas” o “rulas”. “La única diferencia que existe entre una pastilla y la MDMA es la presencia de aglutinantes y excipientes en las primeras, cuya función sólo es dar consistencia al comprimido”.

“El principio activo es el mismo”, aclara Eduardo Hidalgo, desde Energy Control, ONG que analiza drogas en festivales y discotecas: “Se vendió como un producto más selecto, más caro, pero presenta el riesgo de ser *cortado* más fácilmente con otra sustancia. Fue un negocio redondo para productores y distribuidores, porque aparte de ahorrarse la costosa maquinaria para hacer pastillas, el transporte y almacenaje se hizo más rentable”.

Hoy los precios han caído en picado: una pirula cuesta 5 euros y su equivalente en MDMA (unos 70 miligramos) un poquito más. Según el momento y lugar de adquisición, el gramo de cristal ronda los 50 euros. De modo que hoy en día tomarse una dosis de éxtasis, en pastilla o en polvo, cuyo efecto durará entre cuatro y seis horas, sale más barato que tomarse una copa.

Según el Observatorio Español sobre Drogas (OED) 300 miligramos de éxtasis costaban 22,96 euros en 1995, 18,03 en 1996, 14,27 en 1997, 14,05 en 1998, 13,67 en 1999, 11,52 en 2000, 11,35 en 2001, 11,24 en 2002 y 10,28 euros en 2003. Estima el informe que “no es fácil apreciar tendencias claras de consumo de estas drogas ni en la población general ni en los estudiantes de Enseñanzas Secundarias de 14-18 años, aunque el consumo no parece estar aumentando. Más bien se aprecia cierto descenso en los años más recientes”. En cuanto a los problemas asociados, se observa un aumento del número de tratamientos por éxtasis (pasando de 226 en 1996 a 452 en 2002), y de las urgencias en que se menciona su consumo (pasando de 1,6 por ciento en 1996 a 6,3 por ciento en 2002). Por edad, la mayoría de los casos se centra en el grupo de 25-29 años, mientras que en la población escolar (entre 14 y 18 años) el consumo en los últimos 12 meses se mantiene igual que en 1998.

Cinco amigos se han reunido en un piso para consumir MDMA en esta noche de eclipse de luna llena. Yo les voy a acompañar en su viaje psicoactivo por la ciudad.

Sobre la mesa camilla del salón reposa un plato con unas tostadas de “Nocilla” espolvoreadas con éxtasis. La composición química del chocolate incluye la feniletilamina, que es prima hermana de las anfetaminas, potencia los efectos de la MDMA y le da un punto más estético al ritual. Eso

sí, como tapa no tiene futuro. La metilendioximetanfetamina sabe amargo como cuerno de demonio. Hay una variada muestra entre los asistentes. Jerónimo de 37 años, su vida es la pintura, el sexo y las drogas, visceral, dominante. Lleva siete meses consumiendo a diario el equivalente a cuatro pastillas. Se confiesa enganchado “no al MDMA sino al MDMA con sexo. Lo uso para follar”. Mientras, pinta, fuma delgados canutos de marihuana y escucha Bach, Led Zeppelin o Tom Waits. Hace un tiempo pasó un año tomando hongos alucinógenos cada día. Él trajo la mercancía.

A pesar de lo que dice Jerónimo, el Dr. Gaona estima que “es un mito el presunto efecto afrodisíaco del éxtasis. De hecho, dificulta el orgasmo en los hombres y retrasa los periodos refractarios que sienten las mujeres entre orgasmo y orgasmo. Lo que sí sucede es que aumenta la sensualidad, pero no la sexualidad”.

Anselmo es malabarista argentino, hoy experimenta el “equis” por primera vez, no parece muy convencido o quizás es sólo discreto. Estuvo una temporada enganchado a la coca. También están Dealisi, 29, traductora de ruso, seca y bella, que lo ha probado “alguna vez”, y su novio Chema, sociólogo, alegre y risueño que ha consumido M “algunas veces más”. Un poco más tarde nos encontraremos con Wolfgang, profesor de inglés, viajero y vividor, que está en el cine.

Salimos hacia el Observatorio Astronómico de Méndez Álvaro, donde han instalado una pantalla gigante con la secuencia del eclipse en vivo, con la idea de experimentar “el subidón” viendo el espectáculo. El compuesto tóxico se demora 30-60 minutos en hacer efecto. Ahora está viajando por el aparato digestivo hasta asimilarse a las proteínas plasmáticas del torrente sanguíneo.

Nos sentamos en un banco frente a la luna en sombra rojiza. Hace frío y nos apretamos un poco, el cuerpo de al lado se hace esponjoso. En este momento la MDMA debe de estar empezando a adherirse a los neurotransmisores de serotonina, hormona que regula el estado de ánimo y, junto con la dopamina, la percepción del placer y el dolor, el frío y el calor, el apetito y el sueño, entre otras. La alteración de la química cerebral ha comenzado.

La neurobiología del Éxtasis

Aparece en el grupo la risa floja con un punto de euforia cuando Chema empieza a parodiar al entusiasmado locutor del eclipse que no ha parado de hablar un segundo y pronuncia mal una de cada tres palabras: “La amósfera es ececional”, “se ven perfetamente los pedruscos en la parte achicharrada de la luna...”. Al son de la risa las pupilas empiezan a crecer. Anselmo acusa el frío pero piensa que aún no le ha subido nada, podría ser que haya tomado algo que no era MDMA. Algunos adulterantes utilizados son la parametoxiamfetamina, (MDA, conocido como Eva), cafeína, ketamina, otras anfetaminas, acetaminofén, mescalina, y otras piperazinas, que son antidepresivos retirados del mercado a causa de sus efectos secundarios.

Jerónimo ha reconocido el acelerón cerebral “pero a mí me afecta mucho menos por la costumbre. Nunca vuelve a ser como las primeras veces”, extremo que confirma el Dr. Gaona.

Dealisi ha cambiado su humor, lo que antes era seco se vuelve dulce, sonríe y bromea, aunque sus pupilas permanecen minúsculas. También siente más frío. Una sutil sensación bondadosa empieza a rellenar partes de mi cuerpo; al caminar hacia un gran telescopio mis pasos me parecen más flexibles, como liberados de una porción de gravedad. La sombra arqueada de la tierra se desliza por la luna como una gigantesca marea y va quedando el otro lado iluminado... “achicharrado”, como dice el bueno del locutor.

Un poco más allá está Saturno, cuyo anillo se aprecia nítidamente y tiene a Chema hipnotizado, mal que le pese a la fila de curiosos que también quieren mirar.

Antes de tomar el coche, el cristal ya nos tiene colonizados, nos reúne, nos invita al pensamiento del otro, a su círculo de afecto y su risa. Pero lentamente. No cabe un asomo de pugna. Chema y Dealisi acusan el magnetismo, se cosen unos cuantos besos, nos dejarán un poco más tarde para continuar su viaje sensual en la intimidad. Anselmo se mantiene en su plano discreto o tímido, afable, integrado pero sin euforia. Le vi pensativo tras digerir la Nocilla como si no las tuviera todas consigo, quizá se removieron algunos recuerdos de aquel enganche con la coca o su reciente

separación. Aunque no se le ven los síntomas típicos de la alteración del estado de ánimo, en sus ojos brillan dos esplendidos eclipses de pupila. Tengo la clara impresión de que nos conocemos de hace mucho tiempo.

Cada individuo descompone el complicado metabolismo de la MDMA de manera diferente, de ahí que a unos les suba antes y que los efectos puedan ser variables o incluso radicalmente distintos; no hay patrones fijos, pero según informan desde Energy Control, “una dosis normal estaría entre los 50 y los 150 miligramos en una sola toma dependiendo de la persona y las pautas de consumo. Por encima de esta cantidad pueden aparecer más efectos secundarios: ansiedad, agarrotamiento mandibular, mareo, visión borrosa”.

Una pastilla contiene unos 70 miligramos de MDMA de media según las estadísticas que maneja la ONG.

Nos juntamos en el calor del coche de camino a Lavapiés, donde se incorpora Wolfgang que no ha salido muy católico del cine, la película “Babel” le ha puesto triste: “las tragedias son lo único que nos une”, dice, y piensa en irse a casa. Finalmente moja el dedo al fondo del saquito de cristal y se lo lleva a los labios. Tarda escasos quince minutos en desparramar sus pupilas por todo el ojo y olvidarse del drama de Iñárritu. Para nosotros la tristeza o el drama son conceptos teóricos, el relato del profesor de inglés es comprensible, pero tan lejano: ¿cómo era eso de estar alicaído?

Son las 2:15 a.m., hace dos horas que el equis ha alterado nuestros niveles de serotonina, y tras la subida nos encontramos en la fase que se llama “meseta”, que durará dos, tres o cuatro horas. La visión se está difuminando, hay un sutil encharcamiento de ojos, la realidad parece un cuadro al óleo saturado de pintura, los pasos siguen perdiendo gravedad, la sonrisa es perenne. Pero la MDMA no es una droga benigna. Puede producir una variedad de efectos adversos a la salud, incluyendo náusea, escalofríos, sudoración, contractura involuntaria de los músculos de la mandíbula, calambres musculares y visión borrosa.

En caso de sobredosis los síntomas pueden incluir hipertensión arterial, sensación de desmayo, ataques de pánico y, en casos severos, pérdida del conocimiento y convulsiones. El éxtasis provoca concentraciones de serotonina que luego vas a echar en falta. Esa felicidad,

sorpresa y entusiasmo momentáneos serán recortados de instantes futuros, de modo que determinados hechos placenteros que sucederán al día siguiente, o durante la semana, serán vividos con menor intensidad, en un grado muy variable según la persona y cuánto, cómo, dónde y con quién se consume, pero “en principio —continúa Eduardo Hidalgo— la MDMA no tiene porqué presentar síntomas muy negativos en los días posteriores, muchas personas incluso se sienten más fresquitos y de buen rollo, aunque hay otros casos de gente que, a mitad de la semana, dos o tres días después de haber consumido, están en un estado apático, depresivo, atolondrado, puede que con poca memoria, aunque estos síntomas se dan principalmente en consumidores habituales”.

Tomamos rumbo a una de las discotecas más famosas de la ciudad, donde me han dicho que casi todo el mundo va puesto de éxtasis. No haría falta buscar demasiado: según los datos de Energy Control, esta droga la consume un 30 por ciento de los que van a botellones, un 51 por ciento de la zona de bares y un 71 por ciento de los de la discoteca madrileña, a la vez que un 19 por ciento declaraba haberla consumido esa misma noche en las discotecas de Barcelona. La prevalencia es altísima, aunque el 67,5 por ciento de encuestados por el OED considera que consumir alguna vez MDMA puede acarrear muchos problemas y el 97 por ciento lo mismo sobre consumirlo habitualmente.

Jerónimo se retira por dos buenos motivos: no le gustan nada las discotecas y ha quedado con una modelo para fotografiarla. Espera tomar un poco de equis con ella y lo que siga. La chica entra por la puerta del bar con un candor irresistible, parece un ángel, blanca, estilizada, tímida. Se despiden y se alejan.

Chema y Dealisi también salen para volver a casa. Ella quizás ha perdido algo de humor y denota un cierto apalanche, sus pupilas se mantienen normales; él está nítida y suavemente colocado. Nos abrazamos largo y tendido, ya sólo quedamos Anselmo, Wolfgang y yo.

En 2003 un 4,6 por ciento de la población española (el 6,6 por ciento de los hombres y el 2,5 por ciento de las mujeres) había consumido éxtasis alguna vez en la vida, un 1,4 por ciento en los últimos 12 meses y un 0,4 por ciento en los últimos 30 días.

Son las 3:20 a.m., atravesamos la puerta de la discoteca. La primera impresión es en extremo alucinante, parece una fantasía erótica endulzada de ritmos que golpean el pecho, hace calor entre la muchedumbre entusiasmada.

Cruzan como venidas de un sueño espectaculares mujeres, maquilladas en detalle, elevadas sobre tacón de aguja y escotadísimas. El tacto accidental es un escalofrío de placer. Una punta de ansiedad benigna me recorre el cuerpo. Mis compañeros experimentan sensaciones similares. Es un rebrote del efecto químico. Anselmo cae definitivamente en brazos de la emoción, rompe a sudar, baila, charla, se ha evaporado su inhibición. Wolfgang padece tres cuartas de lo mismo, se ha perdido por ahí entre bailoteos risueños, cazado en el cebo femenino, y yo aprovecho para hacer entrevistas, lo que no deja de ser un experimento arriesgado.

La metilendioximetanfetamina me reportará, por un lado, ventajas evidentes para la obtención de datos por la facilidad de aproximación al otro y su comprensión emocional y, por otro, me recortará buena parte del análisis racional, crítico y creativo. La MDMA no regala nada, lo intercambia. “Sí, aquí mucha gente está puesta de cristal” —me dice un tipo de pelo cortito y camiseta prieta— “yo no, yo voy de coca”. Me fijo que todos los tipos son de pelo cortito y camiseta prieta. No me dan las neuronas para juzgarlo, sigo muy contento y me fijo en ambos lados del escenario, donde se contornean dos bailarinas diabólicamente sexys. Sus piernas de bronce me quedan a la altura de mi vista difuminada, soy todo piel despierta.

Uno de los riesgos del consumo de éxtasis es el síndrome hipertérmico, aumento de temperatura sin ser consciente de ello, ya que el compuesto deshidrata rápidamente el organismo. Puede provocar fiebres altas y excepcionalmente atención médica urgente. Es preciso beber bastante agua aunque no se tenga sed. Mala suerte, el agua de los baños está cortada y una botellita cuesta 6 euros.

Dos horas después del ingreso en el “Templo del Escote”, a pesar de mi poco raciocinio, hago balance de las entrevistas realizadas y obtengo un resultado curioso: todos los hombres se han mostrados receptivos a la charla, que fue cordial y próxima, y todas las mujeres exactamente lo contrario, apenas he podido intercambiar tres o cuatro frases con alguna de ellas. Mucho antes de poder explicar el motivo de mi trabajo y sacar algo

de información, la inmensa mayoría de ellas —altas o bajas, feas o guapas— entiende que lo del reportaje es una excusa tan mala como otra cualquiera para ligar y corta la comunicación con desdén propio de emperatriz ofendida, y parece pensar: “Cielos, ¿cómo te atreves siquiera a acercarte a mí: no te has dado cuenta de que soy Victoria Beckham?”. Mira que cuesta poco ser amable, y más puesto de éxtasis pero ni asomo. Anselmo y Wolfgang me cuentan algo parecido: “¿Pero qué coño les pasa a las tías?”.

El buen rollito no me impide ver que estamos mascando una contradicción poderosa. En realidad, la comunicación es mínima, no flota el cariño ni la empatía entre los asistentes: flota un exhibicionismo vacío de intereses. No se ven abrazos ni conexiones de nuevas parejas, sino exclusividad. Seducir tanto para luego negar todo podría ser cinismo o hipocresía pero la cosa huele más a nihilismo. Las gogó aquí dentro son la referencia moral del género femenino: asistentes disfrazadas de princesas que también quieren ser intangibles como un sueño y por eso no te dirigirán la palabra, porque los sueños no hablan.

A las 6:30 la disco cierra sus puertas y el gentío se retira sin haberse tocado, con los afectos huecos. La droga del amor hervía pero en organismos aislados hasta que se ha ido secando. Qué lástima de ebulliciones inconexas, qué despilfarro de serotonina. “Yo no vengo más” —se queja un chico, ya en la calle— “estoy harto de que siempre me hagan el vacío, ¿quién se creen que son?”. Wolfgang me cuenta que tuvo unas sensaciones parecidas en la isla tailandesa de Kho Pha Nghan durante las multitudinarias fiestas de Luna Llena: “Casi todo el mundo va de pastillas y se ve el mismo rollito superficial y las tías que van de reinas”.

Sin embargo, la gente sigue volviendo un fin de semana tras otro, repitiendo el ritual de parecer fantástico pero inaccesible, flipar en soledad y en exclusividad, lo contrario del objeto de la droga que se están metiendo. ¿Dónde están los abrazos, la empatía, todo lo que naturalmente desarrolla la MDMA? Tiempos extraños. “Obviamente hay muchos entornos donde se está consumiendo cristal y no siempre son tan exclusivos como cuentas, el mundo de las discotecas (y no todas), quizás sí”, me responde Hidalgo. “Algunas chicas nos han contado que agradecen no tener que aguantar los típicos ataques a la yugular porque los tíos están más a su bola y si sucede algo es de forma más espontánea”. Pero admite que ha escuchado esta

queja de muchos usuarios y piensa que quizá se deba a “que se ha generado una cierta culturilla que partiendo del respeto por la intimidad del otro ha podido llegar a un punto exagerado que hace que, en determinados ambientes, se vivan sensaciones de insociabilidad o sociabilidad reducida al propio círculo o a la pareja en detrimento del desconocido”.

Es decir, que en determinados ambientes, la reacción al éxtasis estaría provocando sensaciones opuestas a la empatía que pretende, cuando menos, con el otro desconocido. Algo estaría fallando en la ecuación del éxtasis. La experiencia, en algunos entornos, se vive en gran medida con frustración, sobre todo por los varones en su deseo de comunicación con el otro sexo (de follar ni hablamos).

LA CIENCIOLOGÍA, TU ALMA Y TU BOLSILLO

“Tú puedes tener felicidad y éxito. Tú puedes alcanzar tus metas. Si te preocupa tu trabajo y tu situación laboral. Si te sientes inseguro o no sabes hacia dónde te diriges. Encuentra la fuente de tus miedos, inseguridades irracionales y dolores que implican una acción de la mente sobre el cuerpo (psicosomáticos)”. Aunque tenga el estilo de un gabinete psicológico, este es uno de los reclamos de la Iglesia de la Cienciología, impreso en octavillas, que se distribuye últimamente por los alrededores de su sede: tu superación personal es el foco de la cuestión. Ninguna alusión a Dios, al culto, a lo ancestral. De entrada, la parte religiosa no se ve. (De salida tampoco, pero de eso más adelante).

No hay nada más fácil que entrar en Cienciología. Basta con traspasar sus cristalinas puertas y dejarse aconsejar por alguna de las señoritas que revolotean en el espacioso centro, de modo que llego como un simpático economista que busca un nuevo credo después de que la religión católica le haya defraudado, pero no por tener inseguridades, miedos o enfermedades, a ver por dónde salen. Enseguida me recomienda varios cursos, libros y conferencias de auto-ayuda, pero yo insisto en que mi vacío es sólo espiritual, el resto de mi vida me sonrío: mi novia me ama, mi jefe me promociona, mi familia y mis amigos cuentan cariñosamente conmigo. Le digo que tengo problemas, claro, pero sé cómo solucionarlos o posponerlos. Ahí la conversación se traba unos instantes en los ojos de Ana, la señorita vestida de azafata de congresos, porque la primera piedra de Cienciología es que a ti te pasa algo, test mediante, y ellos tienen la respuesta. Ana se remueve algo incómoda dentro de su uniforme. Le han cambiado el guion y le está faltando cintura para atraer a un perfil como el mío. Sólo pido argumentos espirituales, pero ella se enroca en los cursos:

“Bueno, quizás ahora no sepas lo que te pasa y creas que eres feliz, pero después de los seminarios lo comprendes y te sientes mucho mejor”, y termina con un brillo de sospecha: “Esto no es sólo para gente con problemas, ¿eh?”.

Omito la charla y me intereso por el centro y sus exposiciones. Avanzo por el espacio a ritmo de visita de museo entre muebles y suelos de madera, paredes de color crema cálido, los marcos con ribetes, las repisas con recargados adornos en hierro. No falta un detalle. Si no fuese por el gran cartel de la entrada nadie diría que estamos en una iglesia sino en una fundación, en un gran gabinete, o en la entrada de un hotel. Incrustados en la pared hay monitores de alta resolución con impecable sonido en los que veo algunos de sus videos promocionales: el de la gente guapa que cuenta lo bien que le va la vida, el de los gráficos animados sobre los ocho anillos de conciencia que puede alcanzar el hombre, las explicaciones sobre la inseguridad personal, etc. “(...) La integridad es lo que tú sabes. Y lo que tú sabes es lo que tú sabes”, reza una de las leyendas de la exposición al término del pasillo. No parece muy profunda pero nadie dirá que no es contundente. La frase, al igual que el ideario y todo el sistema de creencias de Cienciología pertenece a su malogrado prócer y fundador, el estadounidense Lafayette Ron Hubbard, quien es considerado, por unos el hombre más grande que jamás haya vivido y, por otros, un mentiroso compulsivo y un estafador peligroso.

Sin ánimo de pincharles el globo a los unos ni quitarles motivos a los otros, sí habría que hacer notar algunos datos sobre Ron y su doctrina. Su propio hijo declaró que el 99 por ciento de lo que dice su padre es mentira. Su segunda mujer le denunció por secuestrar a su hija, someterla a experimentos científicos y a sistemáticas torturas. No fue un importante físico atómico como él dice sino que nunca pasó del primer curso. Dicen que ha escrito más de 500.000 folios. Se preciaba de ser un héroe en la guerra del Vietnam, galardonado con dos “Corazones Púrpura” pero en el Ejército de los EEUU no tienen constancia de ello. No es médico ni psicólogo pero, en 1950 publicó *Dianética*, un libro terapéutico que asegura poder curar todas las enfermedades físicas y psíquicas, incluso la ceguera y el cáncer. Se convirtió en *best-seller* y en las sagradas escrituras para los científicos.

Imaginó que la vida en la Tierra fue creada hace 75 millones de años por un monstruo galáctico llamado Xenu para aliviar una superpoblación de almas (*thetans*) en otras partes del Cosmos. La criatura lanzó bombas de hidrógeno para solucionar el problema por las bravas pero no le salió del todo bien y sobrevivieron unos cuantos, que dieron lugar a los humanos, los cuales arrastramos malas vibraciones (*engramas*), de ahí la necesidad de los cursos. Esta teoría te la cuentan cuando ya has avanzado unos años dentro de la doctrina.

Ron era escritor de ciencia ficción. Imaginación, desde luego, no le faltaba. Sí, quizá, un poco de rigor científico aunque sólo fuese porque lo más antiguo parecido a un humano data de hace sólo ocho millones de años, y vida en la tierra existe desde hace más de 600 millones.

Todos los domingos a las 13 horas celebran un servicio dominical, y me enrolo para el siguiente. Sucede en una sala de conferencias dotada de un pequeño púlpito, flanqueado por la estrella de ocho puntas de Cienciología y el busto en piedra de Lafayette R. Unos cuarenta o cincuenta bancos. Somos veinte. El que oficia es un tipo afable, viste de chaqueta pero guarda un punto informal, voz redondeada y bien impostada, pero la falta de micrófono con rever le quita el aire sacramental de los prelados. Mientras nos sentamos, estamos en penumbra para dar mayor cobertura a otro video promocional de Cienciología que muestra imágenes salteadas de manifestantes con pancartas por la libertad, por los derechos de los niños, contra los medicamentos; desfiles con mayorettes y gran pompa; imágenes de Hubbard saludando exitosamente, o explicando algo desde la tribuna, o ataviado como capitán de barco desde un gran yate con marineros de blanco inmóviles y alineados a lo largo del puente.

Todo es fiesta y éxito entre la animada música de fondo con el estribillo: “We are on top” (Estamos en la cima). Colocan un segundo video que tarda en arrancar y provoca un pequeño nerviosismo en el flaco de delante. Es en inglés con subtítulos en castellano: diferentes personas en edad, sexo, raza, en primer plano, hacen una declaración de los supuestos principios de la iglesia: que todos tenemos derechos elementales, que el Hombre es bueno y que el campo de la salud mental no debiera estar nunca en manos de personas ajenas a la religión (la psicología y la psiquiatría son duramente condenadas y perseguidas por la doctrina oficial).

Hay una buena mezcla entre los asistentes: un chaval de unos quince, alargado pero aún con cara aniñada; un tipo en chándal de unos treinta; una mujer de cincuenta y tantos que mastica chicle con la mirada abiertamente perdida, que antes de entrar rellenaba crucigramas y parecía muy sola; otro tipo de cuarenta y algo, atuendo de colores apagados, algo separado del resto, que bosteza y se estira sin complejos; un par de adolescentes quizá sudamericanas que ríen mucho; un argentino que trabaja en una empresa de marketing en Bilbao y sigue un curso para no tener altibajos; un señor de unos sesenta, bien vestido, voz sonora y decidida; una chica toda de negro, de unos treinta, delgada y tímida; el flaco de delante.

El predicador comienza con la lectura de un capítulo del libro *Dianética* de Hubbard: declaraciones básicas sobre lo que es la integridad personal: no tener miedo, opinar y poder criticar libremente, ayudar, ayudar a ayudar. Cada muy poco se aclara la voz con un vaso de agua escondido bajo el atril y esas pausas dejan algo frío el ambiente. No ostenta buenas maneras de orador, le falta carisma y espontaneidad. Sólo lee. Llegamos a lo que él llama “auditación”. “¿Sentís el suelo?": “Sí”, afirman todos al unísono. “¡Genial!”, responde el director espiritual con demasiado esfuerzo, y sigue: “Ahora quiero que os toquéis la punta de la nariz con el dedo índice”. Lo hacemos y en ese punto siento que se está empezando a romper alguna lógica primaria. “Muy bien”, nos conforta. “Ahora, interrumpid el contacto”. No es complicado pero el capellán nos lo vuelve a valorar: “¡Genial!”.

Repetimos el mismo ejercicio unas veinte o treinta veces más. No es broma. La gente se va animando y los síes van ganando en confianza, como si al principio no estuviesen del todo claro. Aunque parezca imposible durante los siguientes treinta minutos nos dedicamos a ejecutar esta y otras órdenes similares: “¿Veis la pared de la derecha?”, “Siiii”, “¡Genial!”, “¿Y la derecha?": no la vamos a ver, si está ahí. “¿Y el techo?”, insiste inasequible al desaliento. Luego nos tocamos un ojo, luego el otro, con una mano con la otra, con las dos. Veinte o treinta veces por cada mandato. La gente no huye ni agrade al predicador sino que disfruta la extenuante tortura. Se ve que les satisface responder correctamente, así se lo pregunten un millón de veces. O quizá se trate del placer de acatar una orden sencilla,

de la morbosa subordinación al absurdo. Quién sabe, el caso es que yo me siento algo mareado de tanto taparme un ojo y luego otro. Parece una técnica de hipnosis.

Vamos saliendo —no veía la hora—, y el capellán nos estrecha la mano al estilo norteamericano antes de cruzar el quicio de la puerta. “¿Qué tal el primer día?”, “Ah, muy divertido”, miento y me escurro hasta el patio umbrío a ganar algo de realidad con un cigarrillo. Hasta allí me sigue el flaco nervioso que empieza a gastar modos de captación. Resulta que es italiano. Maneja ojos pequeños de rata, abundante castigo de cráteres en la cara pálida y barbita rala. Parece sacudido por una descarga de fragilidad. Me cuenta que puedo trabajar para la iglesia a tiempo parcial (20 horas a la semana) o a tiempo completo (52 horas/semana). No tiene claro cuánto pagan, si 50 o 100 euros, pero todo apunta a que finalmente se trate de servicio voluntario como luego me aclararía María, una de las chicas de uniforme que rondan la untuosa entrada del inmueble.

Antes de largarme hablo con el que bostezaba sin complejos. Es de natural afable, parece un solitario niño grande sin secretos. Lleva veinte años en esto y le encanta la simplicidad del procedimiento. “Esto es como un juego. Jugar a ganar”, dice.

La Cienciología encuentra la solución a todos los problemas personales, y de paso, la salvación del alma. Claro que el bolsillo sufrirá un durísimo varapalo y tal vez pases años trabajando gratis para ellos. Dentro de la Iglesia existen tres grandes niveles progresivos de “conciencia” o “claridad” que se van alcanzando según asimilas las sagradas enseñanzas de Lafayette R. H. administradas en los cursos.

Al principio llegas como “pre-claro”. Ron utilizaba el calificativo de “carne cruda” para definir a los recién iniciados, quienes —según esa lógica— se van cocinando en este nivel durante diez cursos intensivos de “auditación” de 25 horas llamados “Reparación vital”, “Purificación”, “Nueva era de Dianética”, etc., que según organizaciones de ex miembros (RobertoDíaz.org, Xenu.net, etc.) cuestan alrededor de, ojo al dato, 10.000 euros cada uno.

Para llegar al siguiente nivel, el “Claro”, ya te has despedido, por tanto, de unos 120.000 euros. Ten a mano la billetera porque esto sigue. Hay que llegar al último nivel del “Thetan (alma) Operante (OT)”, con otra

tanda de quince cursos durante los ocho subniveles que tiene OT, así que son aproximadamente 200.000 euros más. La factura, entonces, por el llamado “puente”, desde “Carne cruda” hasta OT VIII se eleva a los 320.000 euros. Dado que sólo Tom Cruise y otros pocos tienen a mano este dinero, el grueso de la feligresía trabaja a tiempo parcial o total, por no menos de diez años, de manera voluntaria en la venta de libros, conferencias, cursos, “auditaciones” y captación de nuevos miembros para ir costeando parte de los cursos y las herramientas necesarias, la más curiosa de las cuales es el “E-meter”, una especie de detector de mentiras que sale por unos 3.500 euros. Hay que comprarse dos por si uno falla.

En ese punto preclaro del OT VIII te empiezan a hablar de Dios. Hasta entonces, sólo teníamos a la bestia galáctica y a Ron, pero ni palabra de Dios, más allá de que era la “infinitud”.

Centrémonos en la superación personal y en los números. Teniendo en cuenta estos precios, la exención fiscal por estar constituidos como asociación cultural sin ánimo de lucro (el Tribunal Supremo les denegó la denominación de Iglesia) y el buen número de trabajadores voluntarios, no es raro que estén asentados en un inmueble de cinco plantas, junto al Congreso de los Diputados, de 3.800 metros cuadrados, valorado en unos 25 millones de euros.

El actual presidente, David Miscavige, dice contar con diez millones de miembros en todo el mundo y mil millones de dólares de patrimonio (el voto de pobreza no está entre sus dogmas).

La justicia contra Cienciología

En 1984 la segunda mujer de Ron y otros once directivos de la organización pasaron cuatro años en la cárcel acusados de estafa masiva, amenazas, delitos contra la salud pública y espionaje contra el FBI. El juez Latey, regente en el Alto Tribunal de Londres, declaró que “Cienciología es corrupta porque se basa en mentiras y engaños y sus verdaderos objetivos son dinero y poder para el Sr. Hubbard. (...) Es peligrosa porque puede capturar personas y lavarles el cerebro llegando a ser cautivos hasta ser retirados del pensamiento común, la vida y las relaciones con los otros”.

Cienciología estuvo prohibida en Australia. El juez Anderson de la Corte Suprema de Victoria estimó que la organización: “Es perniciosa; sus técnicas son perniciosas; su práctica, disfrazada como terapia mental, es una amenaza grave a la comunidad, médica, moral y socialmente”.

La Corte Suprema de California en 1982 dictó: “(...) Una persona sometida a Cienciología puede desarrollar graves y a veces irrevocables desórdenes físicos y psiquiátricos tales como la esquizofrenia, la auto-mutilación e incluso el suicidio”.

Las evidencias citadas por el juez Breckenridge consistieron en unas 10.000 páginas que formaban parte del material de archivo personal de Hubbard, incluyendo sus diarios de adolescente, de una ceremonia de magia negra llamada “el ritual de la sangre” y cartas de y hacia sus tres esposas. Las conclusiones son demoledoras: “(Cienciología es) una vasta empresa dedicada a extraer la máxima cantidad de dinero de sus adeptos por sus pseudo-teorías científicas (...) y ejercita una clase de chantaje contra personas que no desean continuar en su secta. La organización es claramente esquizofrénica y paranoica y esta combinación extraña parece ser un reflejo de su fundador Ron Hubbard”.

Un jurado de Los Ángeles concedió 30 millones de dólares en daños a un ex miembro.

En 1986 un grupo de 400 ex miembros inició demandas judiciales de mil millones de dólares contra la Iglesia.

En España, la Iglesia fue llevada a los tribunales por ex miembros en 1988. El juez Honrubia ordenó la entrada y registro de todos los centros de Cienciología con la acusación de estafa masiva, falsificación, centros ilegales de enseñanza, simulación de delito, lesiones, coacciones, amenazas, delitos contra la salud pública, perturbación de la labor de las Cortes, amenaza a un miembro de ellas y asociación ilícita. Trece años de litigios después, Cienciología pagó una importante suma de dinero a los demandantes, quienes se retiraron de la acusación. Están registrados como asociación cultural, ya que la justicia les negó la adscripción de “religión”.

El Parlamento Europeo la califica como “secta dura” y la considera especialmente peligrosa; en Francia se condenó a Hubbard por fraude y tiene prohibido su asentamiento; en Alemania se le ha negado el reconocimiento debido a sus “objetivos expansionistas” aludiendo sus

propósitos comerciales, presuntas relaciones con el crimen organizado y por ser considerada una amenaza para la sociedad.

La iglesia de la Cienciología dice contar con diez millones de miembros repartidos en cinco mil centros en setenta países de los cinco continentes y ser la religión que más ha crecido en el pasado siglo, aunque otras fuentes aseguran que esto es una exageración

Otras sectas

Las 8 Reinas.

Juan Alfredo Unger, fundador de “Por un mundo mejor” o “Las 8 Reinas”, desarrolló sus actividades en Buenos Aires. Ofrecía cursos de control mental, bioenergía y conducía un programa de radio sobre autoayuda. En 1990 varios padres lo denunciaron por corrupción de menores y abuso deshonesto. El fiscal solicitó doce años de prisión por “una intensa y constante acción psicológica de desvalorización y ataque de su autoestima, su moral sexual y su entorno familiar directo, provocando una honda perturbación psíquica”.

Escuelas del Cuarto Camino.

Se basan en las enseñanzas de un maestro esotérico de origen ruso llamado George Gurdjieff y su discípulo Ouspensky, que expresan la idea de que los seres humanos, con raras excepciones, viven en un estado análogo al sueño. Para superar esta modorra se debe despertar acordándose de uno mismo a base de súper esfuerzo, entrenamiento psicológico, movimientos rítmicos, danzas rituales y otras tareas que ordena el maestro. Por su parte, Ouspensky pensaba que la única salida que tenía el hombre era a través de las Escuelas y de las enseñanzas del maestro y en esa evolución el discípulo podía elevarse y tomar conciencia hasta llegar al número 7, la escala más alta para un hombre.

Iglesia del reverendo Moon.

La Iglesia de Unificación nació en 1954 en Corea. Su líder, Sun Myung Moon, se presenta como el Mesías, el continuador de Jesús. La

doctrina del grupo expresa que Dios se divide en dos partes, una exterior a Él (el universo) y otra interior e invisible (lo espiritual). El pecado llegó a causa de que Eva tuvo relaciones sexuales con Lucifer y luego con Adán, de ahí que los adeptos deban aceptar a sus verdaderos padres, que no son otros que el reverendo Moon y su esposa. También deben aceptar a Corea como el nuevo Israel, la tierra del Mesías.

En su afán de luchar contra Lucifer, encarnado en el comunismo, apoyaron las más sangrientas dictaduras de América Latina e invirtieron importantes sumas de dinero en ello. Solamente en Uruguay son dueños de un banco de crédito, dos hoteles internacionales, un diario y una imprenta.

Misión de la Luz Divina.

El gurú Maharaj Ji comenzó su fama desde muy pequeño. A los trece años y con el apoyo de su familia viajó a Occidente. Su doctrina enseña la reencarnación y la práctica de tres ejercicios para acercarse al conocimiento de lo divino: la visión de la luz divina, la escucha de la música celestial y la degustación del néctar divino.

El grupo, que tuvo su auge en los años setenta, comienza a declinar a mediados de los ochenta cuando su líder se casa con una rubia azafata y ante la oposición de su madre, éste la expulsa del grupo. Es famoso por vivir en la opulencia y por la gran cantidad de Rolls-Royce que posee.

Niños de Dios.

Nacen en EE.UU en 1969, fundado por un pastor evangélico llamado David Berg. La doctrina se basa en la Biblia y la particular interpretación de su líder, también conocido como Moisés David o Padre Mo. Odian al Sistema, son apocalípticos y dan una gran importancia al sexo, como un regalo de Dios. En 1972 comienzan a tener problemas con la justicia norteamericana y pasan a la clandestinidad en la mayoría de los países occidentales por las denuncias de corrupción de menores y prostitución.

Volviendo a la Cienciología, hay que añadir que también obtienen financiación de los programas de desintoxicación llamados NARCONON.

Cuestan éstos 2.500 euros al mes. Coinciden bastantes denuncias de exmiembros en la Red en que las condiciones internas son sórdidas: suciedad, comida podrida, ausencia de médicos y, algo que me sonaba familiar, “auditaciones” en las que dos personas sentadas frente a frente se repiten órdenes absurdas durante horas. Algunos califican su estancia de “secuestro”, otros muchos ingresan como nuevos científicos. La terapia de desintoxicación también fue creada por Hubbard.

Vuelvo a la Iglesia a los dos días con ánimo renovado y decido apuntarme al curso de “Anatomía de la mente humana”. El ponente, por supuesto, no es psicólogo ni psiquiatra pero nos habla durante dos sesiones de hora y media en dos días según varios capítulos de *Dianética*, que es en realidad un gran manual de auto-ayuda terapéutica donde los términos tradicionales están sustituidos por otros inventados: en vez de conflicto “enturbulación”, en vez de resistencia “comportamiento reactivo”, en vez de problemas “engramas” y en ese plan, de modo que la forma de la charla tiene un halo de novedad pero un contenido bastante reconocible.

Sí resulta más original la idea de la existencia de pasadas vidas, en las cuales se gestaron los malvados “engramas”. Por ejemplo, una mujer científica descubrió, después de las “auditaciones”, que su inconsolable tristeza provenía de haber sido la amante de su padre en otra vida. Otro miembro que padecía fuertes jaquecas recordó de repente que había sido un centurión romano durante la batalla de Canaán en el 216 a. de C., donde recibió —¿averiguan qué?— una patada en la cabeza. (De hecho, Hubbard cree que determinados perros o caballos muy inteligentes fueron alguna vez militares de rango o importantes ministros. También que la psoriasis en un enfermo pudo ser debida a la mala digestión del animal que le comió unos milenios atrás).

Antes de hacer cualquier curso, registran en su ordenador todos tus datos, que me voy inventando sobre la marcha pues no imaginaba tal rigor, y debes firmar también una declaración inquietante donde se pide que afirmes cosas como: “Las donaciones hechas a la Iglesia no podrán ser exigidas de vuelta”; “Ni yo ni mis familiares hemos demandado nunca a la Iglesia de Cienciología, ni tenemos intención de hacerlo”; “Los cursos no curan enfermedades físicas o mentales”. Inocentemente, hago saber mi

extrañeza a la señorita, que me aclara: “Es para cubrir tus espaldas y las nuestras”. A mí me parece que sólo cubren las tuyas, pero en fin.

“El hombre desconfía de todos los ofrecimientos de ayuda. Con frecuencia se le ha traicionado y se ha destrozado su confianza. Con demasiada frecuencia ha dado su confianza y se le ha traicionado. Nosotros podemos errar, pues construimos un mundo con astillas rotas. Pero nunca traicionaremos su fe en nosotros mientras seas uno de nosotros. El sol nunca se pone en Cienciología”, decía L. R. Hubbard.

La proliferación mundial de sectas está íntimamente relacionada con el desarraigo social, cultural y familiar sucedido en la segunda mitad del siglo XX en casi todo el mundo.

Una secta es una familia, un refugio frente al mundo que se vuelve ajeno y hostil.

La destrucción y desprecio de la identidad cultural rural, aquí en España y en medio mundo, han favorecido la suficiente debilidad en millones de personas como para que hayan caído y sigan haciéndolo, en estas y otras redes pseudo-religiosas alienantes.

PARTE IV

EL CAMPO EN LA CIUDAD

FIN DE MILENIO EN MARRAKECH

Hay ciudades en el mundo que no han podido absorber la cultura tradicional del migrante rural tras un éxodo masivo. Como si no hubieran calculado un bocado demasiado grande, se han visto fagocitadas, al final, por la misma fuerza de la cultura del campo y casi han dejado de parecer ciudades para ser gigantescos pueblos-embudo con que asimilarla en condiciones de debilidad en su cultura moderna dominante urbana.

Más allá del informático efecto 2000, lo cierto es que el mundo occidental acaba de vivir una fiebre de resurrección ligada a esta fecha que da comienzo al flamante milenio dos. Reconvertirse, pasar página y entrar en el nuevo milenio con la magia y la fuerza que se le presume a esta fecha. Como si a partir de entonces las cosas y uno mismo hubiesen hallado causa suficiente para cambiar de rumbo. Dejémoslo, quizá, como la fiebre colectiva y el deseo de propiciar esos cambios y el advenimiento de tiempos mejores. Intención tan saludable como estrictamente simbólica que, a pesar de todo, indica voluntad de armarse para el futuro, y sacudirse de paso esas malditas profecías que auguraban el horror para este final de milenio. Frente a la bonita piscina del hotel *Le Marrakech*, se puede constatar. El mundo aún no ha terminado.

En la búsqueda de un contexto suficientemente grande para soportar el peso de esta fecha, muchos viajeros han llegado a la eterna Marrakech, capital del sur del reino alauí, crisol espeluznante de hombres y culturas, acogedora siempre de todos los extranjeros sedientos o no de trascendencia, porque seguro que es intercambiable por *dírhams*.

De esta manera, la ciudad fundada hace mil años por el sultán almorávide Yusef Ibn Tasfin, arrasada por los almohades ciento cincuenta

años después y capital del imperio unas cuantas veces, se ha encontrado con la celebración occidental del año 2000 sin atender a su relevancia pero con el interés de quien acoge a unos invitados adinerados. Y, sin embargo, corre por aquí el noveno mes del calendario musulmán, durante el cual los fieles (el 95 por ciento de la población) deben abstenerse de comer, beber, fumar y mantener relaciones sexuales durante el día. El Ramadán es un tiempo de sacrificio físico en el que se conmemora el mes en que Mahoma recibió la revelación del Corán. Teniendo en cuenta que lo que se pretende con ello es el fortalecimiento de la voluntad y la sumisión del cuerpo al espíritu, resulta curioso que otras culturas vengan aquí a celebrar la juerga, el esparcimiento, la carnalidad y la sumisión descarada del espíritu al cuerpo y sus placeres. Cuando el mundo musulmán se pliega sobre sí mismo, a partir del sacrificio para revestirse de su identidad religiosa-vital más profunda, los extranjeros llegamos para lo contrario, para alterarnos y que la fiesta y el viaje nos convierta en otros.

Esta convivencia de opuestos significados transitando por las mismas calles y callejuelas en la ciudad de la luz más blanca, chirría en ocasiones, cuando los turistas exhiben con ese aire suyo tan ingenuo y tan autista las tentaciones prohibidas para los marroquíes. Los establecimientos de comida están secos, y al comprobarlo, la mirada local, esa que desnuda al instante tu condición foránea, recuerda que el viaje está sujeto a sus normas.

La idea del viajero usual que llega a Marrakech en fin de milenio no pasa por ausentarse y abstraerse de las formas y tradiciones que acontecen a su alrededor. Más al contrario, el verdadero sentido del viaje implica una inmersión suficiente, aunque seguir esta línea conlleva la anulación de buena parte de los placeres que se pretenden. Una bonita ilógica en la que cada cual ha de buscar el sentido para no perder el respeto local, ni las ganas de celebración.

Marrakech no aguardaba el desenlace de este milenio y, en verdad, le trae al fresco todo este aditamento existencial del que ha sido dotado. Ni desde el ayuntamiento, ni desde ninguna otra institución oficial se había organizado nada para la última noche. Y es que aquí no viene Papá Noël, ni los Reyes Magos, ni se comen doce uvas. No hay pregones, ni abundancia en las celebraciones familiares que, cuando se dan, es de manera discreta entre algunos pocos familiares y amigos.

Y sin embargo, la Navidad cristiana trae turistas, esos tipos que desde hace ya bastante tiempo vienen alimentando, fraudulenta o legalmente, la maltrecha economía local, y que simbolizan aquí, sin duda, las cosas materiales que nunca se tendrán.

Hay una cierta pasión, al margen de la necesidad económica, por hacerle el lío al turista, rebanarle aunque sea un *dírham*, o convencerle de algo en su favor. Ríen mucho con los mil pequeños palos y con la picaresca cotidiana a turistas, que no sacan de la pobreza a nadie pero que parecen salvaguardar su orgullo y su habilidad para el trato. La milenaria sabiduría árabe siempre encuentra un punto de apoyo para darle la vuelta a la tortilla, salir ganando y hacerte creer, además, que tú has ganado más.

El día 31 de Diciembre en Marrakech amaneció con tanto sol como el día anterior y probablemente, como el día siguiente, repleto de gente en camino, con mil acuerdos y tratos a los que llegar, y sin detenerse un momento en esa eventualidad construida de fin de milenio. Solo las discotecas de los grandes hoteles ofrecían una cena-espectáculo absolutamente previsible y orientada, francamente, al turista más impersonal. En lugar de eso, Marrakech: media luna árabe, los gatos y los jóvenes en las azoteas al oscurecer; la legión de hombres ociosos a punto de alcanzar un acuerdo contigo; los secretas disfrazados de vendedores de hachís, disfrazados, a su vez, de limpiabotas; las mujeres que no rehúyen la mirada, las mujeres ocultas, los niños ladrones, los huevos duros y esas tortas delgadas de mantequilla y miel

Salimos a la calle buscando ese imposible sentir festivo autóctono. Al cabo de unas horas de hechizo urbano, nos enteramos de una fiesta en una discoteca para la última noche. Mezclarse en ese ámbito, pero sin ir acompañado, pues la legislación marroquí impide a los locales pasearse con turista alguno por la calle. Esta tarea está reservada a los guías oficiales, empeño de las autoridades por preservar al acosado extranjero.

La plaza de Djamaa el Fna es una especie de agujero negro de espacio y de tiempo, todo es absorbido y convertido, y nada es más espectacular que lo que está sucediendo a cinco centímetros: los niños acróbatas con chándal rojo, cuyo entrenador hace trampas y baja el palo justo cuando ellos saltan; los encantadores de serpientes que más bien son lanzadores de las mismas al paso del turista; los espectros fantasmales de los aguadores,

a los que el agua corriente ha convertido en las presencias más fotografiadas del mundo; las niñas que tatúan con henna con la técnica “ya empecé” del limpiador de cristales en semáforo.

Nos detuvimos ante un grupo en cuyo centro, un hombre viejo con bastón forrado de lana, narraba en árabe, pausadamente, algo que debía de ser definitivo y concerniente a todos los presentes. Estos grupetes con orador en el centro son otra constante en la plaza más famosa del país. A diferencia de otros acontecimientos en los que prima el deslumbramiento-engaño a los turistas —lo que la antropología llama “etnicidad reconstruida”— existe en Djamaa el Fna el verdadero sabor de lo propio, y esto sucede porque son los mismos marroquíes quienes se quedan boquiabiertos ante los adivinos, escribanos y hombres santos que hablan con fe. También los comedores laterales de la plaza rebosan de acento árabe, donde uno encuentra lo más sorprendente y extraño. Un anciano que regala inhalaciones nasales de tabaco del Rif me ve solo y se sienta a mi lado. Sólo habla árabe pero no deja de contarme cosas, llegan algunos jóvenes y se desternillan con lo que me dice el hombre. Yo sigo pacientemente la escena a ver adónde llegamos. Al cabo de un rato, me comenta entre risas que es homosexual, un poquito pederasta y no sé qué más.

Bereberes del alto Atlas, nómadas saharianos, estudiantes locales, comerciantes de los valles pre-saharianos, turistas y diversas especies de listillos atentos a la que salta, conforman este gran bestiario humano, hechicero e hipnótico, envuelto, cómo no, por la música de trompetillas, tambores y mil percusiones, entre el humo de los puestos ambulantes y el paseo milagroso de cien mil almas en tránsito por entre el tráfico rodado.

Parece que la humanidad en pleno se ha dado cita en la plaza de Djamaa el Fna deseosa de observar, conocerse, comerciar, charlar y convencer. Aparte de dos disfraces de Papá Noël con más cara de horror que de lo otro, en el ambiente no hay nada en concreto que haga recordar que estamos en el último día del milenio, aunque la trascendencia que se respira aquí se justifica por sí misma. Los occidentales en Marrakech somos tan visibles y notorios como un grupo de colegiales perdidos en un centro comercial. Aquí uno nunca puede dejar de ser extranjero.

Enfundarse en las chilabas, en cualquier caso, y salir por las callejuelas desiertas y oscuras sea de día o de noche, permite mezclarse un poco con ellos y jugar a ese engaño tan suyo.

Aunque el monopolio de los engaños es para ellos. Sucede a cada rato y es irremediable. Es la otra cara de la misma moneda de la plaza de Djamaa el Fna en ebullición. Mientras escuchas a los profetas te limpian el bolsillo, o te dan gato por liebre, o te convencen de algo. Luego te compras algo y a los dos minutos viene alguien que te ofrece lo mismo más barato. Pero después, nada más que para que te dé un poco de rabia, te despistes y te embarulles la cabeza con precios, intenciones, panderetas, frituras de carne dudosa, imágenes, olores, sensaciones que remiten constantemente a otro entendimiento. Este es el fin de milenio. La pérdida de lo que uno es, en beneficio de lo que se puede ser. Luego, de ahí, saltas a un *tajin* hirviendo y de ahí a una mujer bellísima, pretendida estudiante, otra trampa más.

Si el año 2 000 ha de significar un cambio importante, no es mala idea que lo sea en un lugar tan distinto, donde lo importante y lo trivial se están cambiando de sitio a cada poco, y donde el caos de vida parece a la vez una tragedia y un milagro, porque al final las cosas resultan.

El frío de Marruecos en invierno te acompaña a todos lados. Lejos de las estufas de leña todo es invierno. Las calles, los bares, los baños, las camas. Por eso los momentos de calor son celestiales como el baño en el hamam o la primera comida tras el ayuno: la harira. Introducirse en estos legendarios baños árabes es abstraerse del tiempo que transcurre. Te tumbas en el suelo caliente del inmenso fogón del sótano. Los sonidos, empapados de humedad, van rebotando por las paredes y las bóvedas, como burbujas de palabras desleídas. Parece que el sonido se ha hecho trascendente, extiende tras de sí un eco mojado y solemne, y las palabras, por el contrario, no se encuentran. Apenas se pronuncian, se deshacen y se convierten en música líquida derramada por el aire. Las palabras ya no dicen nada. En su lugar aparecen como un redoble las cascadas desde los cubos para formar el agua tibia. Se sacan de un pilón central donde mana agua caliente y fría. Con el primer cubo de agua por la cabeza uno se redime de golpe de todos los momentos de frío, que se recuerdan en un

segundo. Para entonces la vista ya está fundida con el vapor de agua y la lluvia mínima. Marchar por las frías callejuelas, pero desde dentro de la chilaba, con el cuerpo templado, te hace sentir muy dentro del grupo y del pueblo que habitas. Eres bienvenido al punto de placer local contra el frío. El efecto de calor dura hasta el día siguiente. El baño en el hamam tiene un doble sentido. Es un acto físico y, a la vez, religioso. La suciedad que se desprende simboliza, también, las miserias, los malos pensamientos y los malos sentimientos de uno. Ha de hacerse todos los días.

La harira es la sopa nacional. Es la primera comida tras el ayuno y sabe a todos los alimentos a la vez. Marruecos entero se mete dentro de una taza de harira a las cinco de cada tarde del mes de Ramadán. Yo la probé casi con la misma hambre que cualquier feligrés, no por religión, sino por ser la única comida que alcanzamos tras cruzar la frontera y parar el autobús tres horas más tarde, ya de madrugada. Tomé dos tazas seguidas y al poco creí que había comido una vaca. La harira tiene un sabor denso, agrario, rudo. Además de amortiguar el impacto del alimento en el estómago hueco, te calienta todo el cuerpo. Se toma casi hirviendo y, efectivamente, es una bendición.

La harira y el hamam son dos placeres que comparten el doble sentido físico y religioso durante el Ramadán. Se desarrollan en la misma alegoría, en cuyos dos planos la vivencia reconforta a la persona. El viajero también está invitado.

CRÓNICAS DE EL CAIRO

Hace falta determinación en la vida para cruzar una calle de El Cairo. Hay que creer subjetivamente que esa travesía es posible, aunque no lo parezca, aunque los coches, las mulas, los camiones, las furgonetas, las bicis y las motos ya estén tan apretados entre sí que atravesar esa maraña parezca una broma pesada (es una broma pesada). Hace falta optimismo y fe en la humanidad. En un principio no hay huecos, aún no estás y no cuentas: objetivamente no se puede cruzar nunca. El tráfico no adquiere su individualidad hasta que das el primer paso y te enfrentas a la revolución industrial, al estrépito de búfalos que viene por ti como diciendo: “A ver cómo te las arreglas para no hacerme perder ni un segundo de más”. El movimiento ha de ser ágil pero no nervioso, decidido pero no arrogante, sabiendo claramente que ellos son lo importante y ellos no se paran. Todo el mundo lo sabe. La duda te puede condenar a la broma pesada o directamente al hospital. Si no sabes lo que vas a hacer, la corriente te lleva consigo. Menos de los que la razón indicaría, pero hay atropellos en El Cairo.

La heterogénea manada cabalga al margen de las normas occidentales de conducción: los intermitentes son ese chiste que nunca recuerdas, los carriles en la calzada son una abstracción matemática, la cebrera que inventó los pasos nunca volvió por aquí, y las distancias..., cielos, las distancias son una quimera. El primer beso no fue tan cercano como las distancias en El Cairo. En esta lengua, distancia y roce deberían ser la misma palabra. Aquí el sentimiento de pertenencia lo da el roce, uno se hace de las cosas que toca y que le tocan; en las tiendas, en los mercados, es inevitable. Además, no se quiere evitar sino favorecer: hombres y mujeres se buscan —sólo entre el mismo sexo—, se abrazan y se besan y se pasean de la mano. Enseguida tienes un brazo encima, un niño que se

esconde de una pelea en tus piernas, una presentación. Parece que no hay desconocidos en El Cairo.

Cruzar una calle, entonces, es atravesar un estómago de vaca y salir limpio, es pasar por el río sin mojarse, y como eso es imposible, para cruzar una calle, como para vivir en El Cairo, hay que rozarse, buscar la pintura oxidada de la chapa del auto, acariciar el pelo del caballo macilento en su galopada, oler la madera de la carreta destartada que viene detrás, abrazar el humo de los escapes, y entonces..! encimarlo todo con fe. Asomar la nariz más allá y no cruzar en línea recta, sino abrir el ángulo de cara a la corriente, serpenteando. Es importante marcar los tiempos: dejar pasar un coche, ganar tres metros y esperar a que pase otro. Por el trasero acaba de silbarte un camión prehistórico y por delante viene un repletísimo microbús con oreja porque el crío que trabaja con el conductor viaja por fuera. Paradójicamente, dentro de la marabunta uno siente menos el peligro de muerte, flota una suerte de tregua en la que se adivina que vas a salir de esa. Son las endorfinas de alerta que se pasean con regusto por la escena. Ganar la acera contraria es la primera demostración de pertenencia a la ciudad, te encuentras potente y con más vida por delante. Pero sólo tu subjetiva sutileza te va a salvar la vida.

El claxon de los coches es un diccionario entero, un idioma, un complejo tratado de usos y costumbres que todavía desconozco. Fascina su voracidad de comunicación. Pitan si van a acelerar, si van a frenar, si te dejan pasar o si no lo van a hacer, pitan para preguntar: “¿qué haces?”, o “qué has hecho”, “qué vas a hacer”, o incluso “¿cómo estás?”; tocan la bocina si van a adelantar, o si van a dejar hacerlo, si les ha molestado algo, o incluso si les ha molestado pero no mucho. Y otras veces, en realidad la gran mayoría, no sé por qué pitan. No había ningún coche o peatón cruzando, ni cambio de rumbo, ni nadie con quien hablar, y en ese punto el cairota aprieta la bocina como hablando consigo mismo, como dirigiéndose al universo mundo y quizás recordándole: “yo sigo aquí”, “todavía estoy”, “oye, que sigo existiendo”.

Hacer sonar el claxon es ser de El Cairo. Si no hace falta pitar, aprovechemos el hueco para recordar con un pitido lo que nos gusta el pito, o reflexionemos en voz alta, o vete tú a saber. Seguramente los cairotas tienen un problema de adicción con la bocina y no exageraría si les calificara de bocinómanos (no lo voy a hacer, pero si lo hiciera no sería

exagerado). No pueden aguantar la tentación de escurrir unos centímetros el pulgar y pulsar el botón retráctil que inmediatamente transmite la orden, su específica nota musical entre el bosque inmenso de jaleos metálicos. Tócala otra vez, Ahmed, quiero oír esa bocina una vez más, ¡ah! En muchos casos, el pulgar sobrevuela al ras el espacio del claxon, lentamente, como seduciéndolo, ansioso por aterrizar cuanto antes. En otros casos, la bocina se acciona con dos dedos atrayendo una palanca a la derecha del volante, que en nuestros coches haría saltar agua sobre el parabrisas y, aquí, el gesto repetido toma la extraña forma de una invitación a venir.

Esta ciudad pertenece al claxon, se despierta con sus murmullos, transcurre en su enjambre, se duerme con sus trompetazos. El sonido de claxon es el ejército de la ciudad, está formado por diez millones de milicias que se representan y luchan, cada una por sí misma, pero que comparten un método y un fin: “juntarse un poquito para llegar hasta allá“. Con el claxon se escribieron los diez mandamientos de la circulación en El Cairo y bajo su amparo nacieron los primeros hábitos. Lo cierto es que de los mandamientos ya no queda nada en pie y hoy se abraza otra verdad. “La resolución de problemas se aplaza hasta el último momento (volantazo) y ahí ya se verá. Tienes derecho a usar el pito cuándo, cuánto y cómo te de la real gana. Para el resto.., no sé, búscate la vida”.

Lo bueno es que fruto del roce, las personas se aprecian y no quieren matarse, ni siquiera hacerse pasar un mal rato. No es nada personal, es que estás en medio.

Sólo el muecín, unos minutos al día, se atreve a proclamar la grandeza de Alá por encima de la marabunta de sables, variación infinita de un La Mayor según la oxidación del instrumento.

Una mujer gorda de negro cruzaba la calle condensada en coches y no había hueco para ella, parecía un naufrago en la marejada. Los cuarenta grados del sol se hacían del infierno dentro de su armadura negra, fantasmal. Ahí dentro sólo se respira por los ojos, que ven a medias. Extendió el brazo hacia la jauría y la mano reunió el extremo de sus dedos en un punto y se meneó lentamente, en un gesto muy típico de la cultura latina que significa desaprobación e incredulidad: “¿De qué cuernos me estás hablando?” o quizá: “¿Qué coño haces?”, vendría a decir. Entendí claramente la rebelión de la mujer enlutada, limitada, obstaculizada y

acalorada que se enfrenta sin miedo a la tropa apretada de mulas y camiones entre el humo, con el encanto de una cierta arrogancia. El taxi dobló por una calle y perdí el final de la escena heroica: un símbolo. (Poco después me enteré de que ese gesto aquí significa simplemente: “Espera”).

El hombre de largo blusón azul pálido sostenía en su cabeza un tablón más grande que una puerta completamente tupida con una atalaya de panes. Una mano sujetaba el tablón y otra el manillar de la bicicleta en la que viajaba. Con un pie en el suelo y otro en el pedal, lo vi cruzando una calle. Parecía un montaje, un truco. El hombre esquivó todos los vehículos que venían por su izquierda y al enfrentar el otro carril se encontró con una mediana de separación de cemento, de medio metro de alto por uno de largo. Un obstáculo endiablado, inasumible, porque la bicicleta nunca queda estable y hay que rectificar el tablón todo el rato para que no se desparramen los panes. El tipo desenfundó sus movimientos con suavidad y chorros de sangre fría, primero una rueda, luego la otra mientras la primera ya está bajando.

Cuando llegó a la otra acera, el equilibrista no saludó al público ni celebró la pirueta. Se perdió enseguida entre las calles, los agujeros y la gente, con su panadería en la cabeza.

Federico Ruiz de Lobera nos ofrece en este libro —resultado de dieciocho años de reportajes de investigación sobre el campo y la ciudad— unos relatos vibrantes y comprometidos acerca del Éxodo rural que nacen desde la curiosidad incansable, el atrevimiento y la pasión por la verdad frente a la ocultación. El autor bucea por entre el paisaje y el paisanaje de una España rural abandonada para poner en tela de juicio la versión oficial de la despoblación y mostrar que a menudo se trató de un exilio forzoso. Después salta a la ciudad y rastrea en ella vacíos culturales dejados por ese desplazamiento obligado.

“Entre la crónica personal y la antropología en directo, Federico Ruiz de Lobera, dibuja la línea —o cicatriz— de una transición cultural entre dos mundos y saca a la luz dos corrientes encontradas, del campo a la ciudad y de la ciudad al campo. Con blanca ironía abiertamente subjetiva, los reportajes aquí incluidos narran el viaje por un país exótico, el nuestro, en el que nos hemos liberado de muchas cadenas para quedarnos también sin amor”

Santiago Alba